



Javier Vidal-Quadras Veiga

## Memorias de vivencias que los años no apagan

La Guerra Civil española  
tal como la suerte me reservó participar

**Javier Vidal-Quadras Veiga**



«Hitler sin embargo quería algo. Una prueba de mayor solidaridad de España con Alemania. Se negoció entonces que se formaría una División (de diez a doce mil hombres) que sería equipada en Alemania e incorporada a la Wehrmacht para actuar allí donde el alto mando alemán la necesitase. Fue, como se supo después, destinada al frente ruso, del cual, al final de la guerra, volvieron, por suerte, aún bastantes de aquellos “voluntarios”. Otros se quedaron, aprendieron la lengua, formaron una familia y se acostumbraron a su nueva vida y a los intensos fríos de los inviernos. Esa División española fue llamada oficialmente la División Azul o, en alemán, la Blaue Division.

De los que regresaron, una vez finalizada la guerra, muchos habían aprendido a hablar alemán y ruso. Fue una sorpresa general que de los que volvieron, muy pocos se quejaron de malos tratos, cuando, en España, se imaginaba que los capturados por los rusos serían sumariamente fusilados. Tras un tiempo como prisioneros de guerra, eran luego repatriados, salvo aquellos que optaban por su nueva ciudadanía y se quedaban en Rusia por haber encontrado trabajo o formado una familia».

Memorias de vivencias que los años no apagan





**Memorias de vivencias  
que los años no apagan**

## **Memorias de vivencias que los años no apagan**

---

La Guerra Civil española  
tal como la suerte me reservó participar

**Javier Vidal-Quadras Veiga**

Edición: Mónica Monteys  
Diseño: Rosa Lladó

© Mónica Vidal-Quadras

Imagen de cubierta:  
J. Vidal-Quadras en el puerto de Río de Janeiro,  
1948-1949, de autor desconocido.

Imagen de contracubierta:  
J. Vidal-Quadras en su despacho en Praça Mauá,  
Río de Janeiro, 1948-1949, de autor desconocido.

Solapa:  
J. Vidal-Quadras a los sesenta años.  
Nueva York, septiembre de 1978.  
Fotografía de Mónica Vidal-Quadras.

Imagen de interior:  
J. Vidal-Quadras en 1936.

Edición no venal  
Impreso en España  
Febrero 2016



Javier Vidal-Quadras, a los dieciocho años,  
en 1936, al estallar la Guerra Civil española.

**PRIMER EPISODIO**

---

Ibiza, verano de 1936

Aquel verano —vacaciones escolares de mediados de junio a finales de agosto— también habíamos «decidido», por deseo de mamá, pasarlo de nuevo en San Antonio, Ibiza, repitiendo los anteriores veranos de 1934 y 1935. Tenía yo entonces dieciocho años y mi hermano Coco (Alejo), diecisiete.

El viaje era muy agradable y nos parecía siempre nuevo. Los barcos de la Compañía Transmediterránea, blancos, bien cuidados y limpios, ofrecían confortables cabinas y un buen servicio de restaurante. Se zarpaba a las ocho, o a las nueve de la tarde, de la Estación Marítima de Barcelona. Se tomaban las cabinas reservadas con el billete y, más tarde, sonaba la campanilla para avisar al pasaje de que el comedor estaba abierto para la cena. El restaurante, pequeño, reunía no más de veinte o treinta pasajeros (de primera), donde nuestra madre y nosotros dos nos sentábamos a la correspondiente mesa. La comida, simple, era cuidada y apetitosa, servida por camareros de chaqueta blanca.

Un último paseíto antes de ir a dormir permitía ver un mar calmo en noche clara y algunos grupos de gente que se preparaba para pasar la noche en cubierta, disponiendo col-

chonetas y mochilas o *chaise longues*, entre mantas y abrigos improvisados. Eran jóvenes turistas o pasajeros con pocos medios.

Repetíamos en este viaje la rutina de los anteriores: la noche bien dormida entre impecables sábanas y, al día siguiente, los avisos de siempre —en el bajo diapasón de la sirena— anunciando la próxima llegada del barco, para dar tiempo a los pasajeros a preparar su bajada a tierra, y a los servicios portuarios de apertrecharse para la descarga. Eran las siete de la mañana y la luz ibicenca, diáfana y brillante, ya deslumbraba.

El muelle se había convertido en un ajetreado espacio ruidoso y vociferante, donde imperaba el chirrido metálico de poleas y cordajes que producía la operación de bajar la escalera de desembarque hasta que ésta lograba finalmente apoyarse en tierra. Los primeros vehículos, camiones, furgonetas, incluso carros de campesinos tirados por mulas, con sus equipos de trabajadores, se afanaban por cargar fardos, cajas, embalajes varios, etc., y retirarlos del lugar.

En tierra, todavía con la sensación del balanceo de a bordo, teníamos ante la vista la «vieja» Ibiza, que, diseñada casi como una gran pirámide, se alzaba en blancos escalones de casas, sembradas de ventanas y terrazas, hasta el pie de la maciza masa pétreo, ocre y gris, constituida por las antiguas murallas, el fuerte y la iglesia, cuyo conjunto remataba el vértice de esa pirámide, con sus torres y campanarios.

La parte nueva de la ciudad se extendía a la derecha, al mismo nivel del puerto, mostrando calles en disposición cuadrículada, y su principal avenida, Vara del Rey, ornada de palmeras y jardines —mal conservados, evidenciando falta de agua para riego—, ennoblecida por una estatua, sobre un portentoso pedestal con inscripciones, del hijo ilustre de la

isla, Vara del Rey, en atuendo militar y ademán heroico, cuya historia, confieso avergonzado, nunca supe ni tuve curiosidad por conocer.

Un pequeño autobús, lo que hoy se llamaría microbús, en cuyos laterales indicaba en letras doradas: «Hotel Portmany-San Antonio», nos esperaba. Subieron también otros pasajeros, algunos, por su aspecto y ropas veraniegas, se adivinaban que eran extranjeros; otros, por sus trajes formales negros o grisáceos y sombreros de fieltro eran, evidentemente, locales (*pagesos*) que retornaban a sus pueblos o fincas y aprovechaban el vehículo del hotel para poder volver gratuitamente a sus casas.

La distancia entre Ibiza y San Antonio era de quince kilómetros a través de una carretera asfaltada que cruzaba campos —secos en esta época—, aunque abundantemente sombreados por árboles frutales, cuya producción constituía la base agroeconómica de la isla: aceitunas, cítricos, melocotones, albaricoques, cerezas, almendras, etc. Poco antes de la llegada, desde una pequeña bajada, podía vislumbrarse el pueblo, su puerto, todo enmarcado por la gran bahía de Portmany (el Portus Magnus de los romanos), casi cerrada por el islote de Conillera (Conejera).

El pueblo de San Antonio Abad se hallaba en el norte de la isla, en el lado opuesto al de Ibiza que miraba hacia el sur. Estaba formado por cuatro o cinco calles que, partiendo de la explanada del puerto, subían de modo imperceptible en dirección a unas colinas cercanas, al fondo. Era un pueblo de pescadores, básicamente, pero muchos de los vecinos (hombres y mujeres) también iban a trabajar en los campos circundantes, y recolectaban las cosechas según las estaciones, o procesaban el secado de los albaricoques, en verano. Esta tarea se realizaba al aire libre, entre los árboles pero a pleno

sol, esparciendo la fruta —abierta por sus dos mitades— sobre tablas ensambladas, apoyadas en caballetes y que hacían las veces de secaderos ambulantes. Era curioso y bonito ver el espectáculo de aquellos numerosos secaderos cubiertos de fruta, y a las mujeres vestidas con sus ropas campesinas de trabajo: anchos sombreros de paja y faldas hasta los pies, calzados éstos con elegantes alpargatas de rafia trenzada, típicas de la artesanía doméstica ibicenca de aquella época.

El Hotel Portmany —cuyo propietario era un tal señor Roselló, una persona importante en el pueblo— era un hotelito simpático, más albergue que hotel, amueblado de forma muy sencilla, pero que, no obstante, respetaba lo esencial, tanto en las habitaciones como en el comedor. Nuestra habitación, provista de balcón, se asomaba al muelle y al fondo de la bahía permitiendo ver, a la izquierda, la playa en forma de media-luna y un mar turquesa. Se contaban tres o cuatro casas en esa playa con el Hotel Ses Sabines en su extremo más distante, medio oculto entre árboles rastreros pero frondosos, llamados precisamente «sabinas». Se veía gente con niños en la playa.

Desde el balcón vimos con alegría «nuestro» velero amarrado al muelle. Lo considerábamos nuestro porque, desde el primer verano, lo alquilábamos a su propietario. Se trataba de un falucho algo mejorado, aunque conservando su vela latina, con un foque para incrementar su velocidad. El dueño, propietario de otros dos o tres barcas de pesca, sacaba sin duda mayor rendimiento por el alquiler de «nuestro velero» que con la pesca.

A los pocos días llegaron unos amigos que no habían podido resistirse a nuestra entusiasta descripción de lo que ofrecía Ibiza en las vacaciones de verano. Eran salvadoreños.

Tenían ligeros rasgos indios, y se llamaban Sagrera, nombre catalán. Supimos que en El Salvador, el padre era el propietario de unos almacenes de comestibles con una gran instalación central donde se manipulaban los productos y se distribuían por todo el país. Era, efectivamente, catalán, creo que de Barcelona mismo, y deseaba con nostalgia que sus hijos —dos muchachos y una chica, además de Berta, su mujer— se instalasen en Barcelona para aclimatarse al nuevo país y sus costumbres. Mientras, él pasaría temporadas entre El Salvador y España, pues, según entendí, no estaba, por aquel entonces, en situación de abandonar totalmente sus negocios.

Los rasgos faciales de Berta, la madre, eran ligeramente exóticos y mostraban cierta ascendencia indígena centroamericana que, de forma menos acentuada, se repetían en Berta, la hija mayor, Willy, el segundo y Chepe, el más joven.

Al ser de nuestra misma edad y amigos asiduos en Barcelona, su llegada, prometida y cumplida, nos alegró con la perspectiva de una buena compañía para salir a navegar a vela y explorar las distintas calas y playas que, como la cala Bassa y la cala Graciò, se hallaban a media o una hora en barco, en el interior de la bahía.

Paseando un día por la playa de los alrededores, entre el puerto y Ses Sabines, me detuve con mamá en una de las pocas casas en la que colgaba el letrero de: «Se alquila, razón señor tal..., y tal dirección». La casita era encantadora, de estilo ibicenco, blanquísima, con esquinas redondeadas y un jardincito alrededor, aunque seco, pero casi sobre la misma arena, o sea, realmente con *les pieds dans l'eau*.

Mamá no dudó en ir al encuentro del señor en cuestión, que era el dueño de un bar frecuentado por turistas extranje-

ros a quien el propietario de la casa había depositado su confianza —y las llaves— para que enseñara la casa y negociara su alquiler. Resultó que el alquiler era mucho más barato que el hotel y, además, nos daba libertad de comer lo que quisiéramos sin tener que estar sujetos a horarios. Contratamos una sirvienta jovencita que llegaba para preparar el desayuno y se iba al atardecer. Y estábamos en la playa...

Los días transcurrían entre la vela, caminatas por senderos vecinales, un poco de bar con música, *flirts* con algunas chicas procedentes de Madrid, con otras danesas, alemanas, etc. Efectivamente, en esos años la isla estaba siendo «descubierta» poco a poco, y ya atraía a yates que, de tanto en tanto, anclaban delante del puerto. En botes o lanchas bajaban a tierra personas que evidenciaban una posición social y que, para satisfacción del comercio local, frecuentaban los bares, los restaurantes, la farmacias, etc. Constituían, además, una gran variedad con respecto a la gente del pueblo que observaba, pasmada, los *forasters*: las mujeres en pantalones —algunas en shorts—, e inclusive algún que otro automóvil inglés con ocupantes vistosos y señoras con vestidos ligeros y estampados de vivos colores.

Los chicos Sagrera formaban parte de nuestro grupo en esas inocentes andanzas, y pudimos, mediante la convivencia, conocer mejor su *background*. Ambos habían sido educados en un buen colegio, en Londres. Hablaban perfectamente inglés, y se les notaba —así como a su madre y hermana— que procedían de un ambiente holgado, y daban a entender el papel de muchos americanos típicos que buscaban reintegrarse en sus raíces.

También formaban parte del grupo dos muchachos de Madrid y dos chicas madrileñas (una de ellas hija del pin-

tor Anselmo Nieto), mayores que nosotros, con quienes nos encontrábamos casi a diario en el bar de Herr Bauman, un judío que había escapado de Alemania, como tantos otros que se refugiaron en Ibiza, donde sobrevivieron con pequeños negocios.

En esas tertulias, se ponían de manifiesto posiciones políticas contrarias: ellas, profundamente de izquierdas y los dos muchachos, completamente en el otro extremo. Nosotros no teníamos ideas concretas sobre política, pero yo, por lo poco que leía los diarios, me daba cuenta de que, desde hacía unos meses, como consecuencia del triunfo del Frente Popular, los ánimos iban exacerbándose. Recordaba las manifestaciones en Barcelona, los miembros de las Juventudes Comunistas (con pañuelos rojos anudados al cuello) que recorrían en grupos las calles gritando, abriéndose paso casi a empujones y forzando la venta de su diario. Recordaba y leía sobre los reincidentes episodios, huelgas, o, por el contrario, sobre propietarios que cerraban sus fábricas e industrias por falta de condiciones de trabajo. La inseguridad, algunos tiroteos callejeros provocados por los falangistas o dirigidos contra ellos, un insignificante grupo político, pero el único que plantaba cara a esa oleada que nos parecía subversiva. Se olía en el ambiente que un desenlace inminente se estaba preparando. Pero ¿cómo?

Los chicos de Madrid sacudían la cabeza y, ante cada nueva noticia en los diarios, repetían: «Aquí va a pasar algo gordo, el país no puede seguir así. Cada día hay nuevos sindicatos y grupos políticos, todos de izquierdas. La derecha anda despistada. No saben qué hacer. Dentro de poco tiempo será el socialismo o, peor, el comunismo».

Las chicas rebatían esas opiniones y sostenían que ya era hora que, en España, se pusiera fin a la injusticia social, era preciso llevar el proletariado al poder, redimir la miseria del campo y distribuir la riqueza de la clase alta entre todos.

Me interesé hasta el punto de ponerme a leer la prensa, cuya tendencia prontamente identifiqué, y como no podía ser de otro modo fui comprendiendo poco a poco de qué lado pendían mis sentimientos y las tendencias políticas que yo iba adoptando.

Sería un contrasentido que yo pudiera pensar o sentir como un proletario, pues por mi cuna, medio y educación, yo era todo lo contrario. ¿Por qué debería renegar de mi propia esencia? Aun comprendiendo las muchas razones válidas que la izquierda invocaba, entendí, de forma instintiva, que un cambio total sólo se impondría con una revolución, como la francesa o la rusa, pensé, ya conociéndolas por los estudios de Historia Universal (asignatura de bachillerato) y los diversos libros leídos y películas vistas sobre este tema.

Me parecía evidente que todos los miembros de mi familia —y yo mismo entre ellos— portadores de un nombre reconocidamente «capitalista», aunque en aquel entonces ya no se justificase, seríamos «enemigos» naturales de un posible comunismo que se impusiese en el país. Sentí temor, al igual que mi hermano y nuestra madre, pero sin que nada pudiese hacerse salvo leer los diarios.

Los hermanos Sagrera participaban de las discusiones, pero sus opiniones mostraban cuán distantes estaban de esa creciente realidad. Denotaban «no estar ahí», su despreocupación por un problema ante el que se sentían extranjeros y sabiendo que, ante cualquier estremecimiento político alarmante, les bastaría con tomar un barco y regresar a El Salvador. Mal adivinaban lo que les aguardaba.

Por esos días —comienzos de julio— llegó a Ibiza para visitar la isla y recorrer sus playas, bellezas naturales, etc., Juan Antonio Güell, conde de Güell y marqués de Comillas, con algunos amigos, entre los cuales sólo Coco y yo conocíamos a Josefina Ferrer-Vidal —desde siempre *l'amie du coeur* de Juan Antonio— y, por supuesto, a nuestro tío Jorge, el hermano mayor de nuestro padre, también del grupo. Ese día las noticias no podían ser peores: Calvo Sotelo, portavoz en las Cortes de los partidos de derecha, que él congregaba, había sido asesinado. Fue hallado muerto en una camioneta del servicio de la Guardia de Asalto (cuerpo de policía creado por la República que siempre desconfió de la Guardia Civil por ser conocidamente derechista). Al descubrirse que, realmente, había sido un atentado del Estado —gracias a interrogatorios y careos con la Guardia de Asalto que condujeron a la verdad— la reacción, las protestas, las acusaciones al gobierno, la indignación y la cohesión de las derechas llegaron a su punto álgido, y la exaltación presagiaba lo peor. La ruptura no se hizo esperar. A los diez o doce días fructificaron las conspiraciones que se sabía, o con razón se sospechaban, se desarrollaban entre los mandos militares para restaurar el orden y terminar con esa República que perdía el control sobre sus mismos partidarios, convirtiéndose en un auténtico «saco de gatos».

Las derechas, estimadas en aquel entonces entre el cuarenta o cincuenta por ciento del país, no podrían permitir, ni adaptarse, a un cambio político y económico diametralmente opuesto que iba a serles impuesto, quién sabe, inclusive por la fuerza de los más extremados y exaltados apoyos de la izquierda a una República que más servía de faz visible y tras la cual se preparaba esa «izquierda de la izquierda» para el empujón final.

Los militares sabían que podían contar con la mitad del país —la mitad conservadora— pero los centros industriales o ciudades de gran base proletaria ofrecían dudas en cuanto a su postura y al éxito de un alzamiento militar en esas plazas.

Todo esto se murmuraba y se analizaba en las mesas, bajo el toldo del bar de Herr Bauman, y estos propósitos, comentados con estados de ánimo muy diversos, que pasaban de la exaltación a la desesperanza, caían en oídos de personas que, más tarde, los lanzarían a la cara de quienes los profirieron, como piezas acusatorias de subversión y facciosismo (más tarde «fascismo», que era nuevo pero más grave).

Los chicos Sagrera entraban en la conversación, como todos, y abrazaban la idea de repulsa al comunismo, así como la simpatía por lo que, se esperaba, debería acontecer.

En una mesa algo apartada se sentaba, generalmente solo, un extraño personaje —por el acento no era ibicenco, parecía de Madrid— que se limitaba a beber su vinillo ... y a observar y seguramente oír. Era flaco, huesudo, picado de viruela, vestía chaqueta negra con pantalones de colores variados y sombrero de fieltro que desentonaba del sol, la luz y el ambiente. Al levantarse, se llevaba la mano al trasero, y con toques de sus dedos se adivinaba que le affigían almorranas que trataba de colocar en su sitio. En unos pocos días lo conoceríamos como el «secretario» o el «dirigente» del Consejo Popular, constituido por el Partido Comunista de San Antonio. Este hombre conocía a todos de vista y de oídas.

Y en medio de ese abigarrado ambiente poblado de gentes del pueblo, veraneantes de la Península, extranjeros de diversas procedencias, etc., cayó la noticia bomba, aunque sin el estruendo de la sorpresa. Había comenzado el levantamiento militar (día 17 de julio), y todos y cada uno corrían al

receptor de radio más próximo, se formaban grupos en bares, farmacias, tiendas, que pegaban los oídos a una oleada de noticias y gritos de orden que divulgaban versiones dispares, confusas o inquietantes.

Según fuentes gubernamentales se trataba de una «cuartelada», iniciada por las fuerzas de África y algunas plazas peninsulares, rebelión que estaba siendo sofocada, mientras reinaba la calma y la adhesión al gobierno del Frente Popular.

Fuentes situadas en localidades a veces inidentificables, u otras en ciudades de peso —aunque provinciales—, pregonaban tenerlas en poder de las «fuerzas del orden», mencionando nombres de generales o mandos conocidos, vituperando a la República y prometiendo acabar con el creciente poder comunista en el seno de un gobierno condescendiente y débil.

En unos días más, Ibiza se sumaría al Movimiento según órdenes recibidas del mando militar de Palma de Mallorca, donde estaba la sede de la jefatura de la región balear (las tres islas).

A decir verdad, nosotros ni nos enteramos; seguíamos nuestros días de playa, vela, excursiones, con la compañía de los Sagrera. Sin embargo, personas de cariz político, empresarial o de cierto relieve social se alarmaban, aunque tácitamente, y, de algún u otro modo, se ponían en acción.

Juan Antonio Güell, con su grupo de amigos, decidieron abandonar Ibiza cuanto antes —aquello era una ratonera, comentaban— y consiguieron embarcarse en el barco de línea interinsular que zarpaba para Mallorca al día siguiente. Mamá, seguramente sin sospechar nada demasiado anómalo, optó a última hora por sumarse al grupo —invitada por Juan Antonio a pasar unos días en Mallorca—, para lo cual tío

Jorge accedió a quedarse con nosotros en San Antonio, en la simpática casita que habíamos alquilado poco tiempo antes. Se instaló en el cuarto que era de mamá y se dispuso a hacernos de «tutor» hasta el regreso de mamá al cabo de una o dos semanas, al término de la *tourné* emprendida por el grupo.

Al cabo de unos días, se oyeron ruidos de motores de aviones, y uno de ellos (hidroavión), que volaba más bajo, lanzaba puñados de papeles en varias direcciones. Eran panfletos de propaganda política ensalzando al gobierno y convocando al pueblo a mantenerse unido en su apoyo a la causa de la legalidad, a la par que condenando la rebelión de militares y «facciosos», invitándolo a combatirlos allí donde se hallasen etc. Al fin del mensaje se informaba de que se preparaba un cuerpo expedicionario, bajo el mando de un heroico capitán Bayo, para retomar las Baleares..., y a cuya llegada deberían plegarse todas las autoridades locales.

Tío Jorge —al que conocíamos como un derechista *in petto*— comenzó a mostrar preocupación. La cosa se estaba poniendo fea, decía. Y se puso realmente fea cuando nos enteramos de que el barco en el cual se había embarcado mamá con sus amigos había sido el último que había zarpado hacia Mallorca, cortándose, a partir de entonces, toda comunicación.

Por conversaciones en la radio y por un diario local de Ibiza —cuya tarea acabó en pocos días— nos enteramos de que todas las comunicaciones entre la isla y el exterior, Mallorca incluida, como se anunciaba en los panfletos, habían cesado con el desembarque del cuerpo expedicionario de ese tal capitán Bayo. Así, los precarios receptores de radio anunciaban que las tropas de Bayo —que después supimos estaban formadas por voluntarios de la FAI, CNT, UGT, POUM

y otros partidos parecidos, los más exaltadamente marxistas o anarquistas e, incluso, presos comunes a quienes se les habían abierto los presidios para lanzarlos a las calles de Barcelona— embarcaban en tropel con armas arrebatadas de los cuarteles subyugados y se dirigían hacia las islas. El mayor contingente iba a Mallorca y otros menores seguían a Menorca e Ibiza.

La pequeña guarnición de Ibiza y los pocos guardias civiles repartidos entre algunos pueblos —siguiendo órdenes de Mallorca de defender la isla— se desplegaron en varios puntos de la costa en misión de centinelas «ojeadores» para dar aviso del lugar donde se produjese un desembarque, lo que, teóricamente, conduciría el mando militar a dirigir hacia ese punto los «cuatro gatos» que constituían el contingente del cuartel de Ibiza (el antiguo fuerte oculto entre las vetustas murallas) con órdenes de rechazar a los invasores.

La Guardia Civil de San Antonio había sido algo reforzada y estaba formada por seis u ocho individuos, muy inquietos, pues la bahía de San Antonio, por su tamaño y mansas aguas, parecía un objetivo ideal para desembarcar desde lanchas o botes en sus playas. La gente del pueblo formaba grupos en las calles o donde hubiese una radio con noticias, y los guardias civiles se acercaban para preguntar si habría alguien dispuesto a plantarse esa noche en ciertos puntos de la costa para vigilarla y dar la alarma.

Pasábamos en esos momentos con los hermanos Sagrera, y el mayor, llevado por un impulso repentino, se presentó en la puerta de la casita que hacía las veces de cuartel de la Guardia Civil —delante de donde nos hallábamos—, ofreciéndose como voluntario y preguntando qué debería hacer. El cabo del destacamento le dio la enhorabuena por

tan valiente actitud, le puso un fusil de ordenanza (Mauser 7 mm) entre las manos, un correa con cartuchera, y le indicó el lugar, en un mapa, donde se le destinaba a hacer de centinela..., y bien despierto toda la noche.

Willy (Guillermo) rebosaba de orgullo y manoseaba el fusil, admirándolo, abriendo y cerrando el disparador, contando los cartuchos e imaginándose, quizás, en ser protagonista de algún hecho notable en defensa de la isla contra la chusma comunista que se le venía encima. Ni a mi hermano ni a mí, ni tampoco al Sagraera menor, Chepe, se nos ocurrió que aquel gesto fuese algo más que una broma. Nos reímos de Guillermo y le recordamos que él no sabía lo que era pasar la noche, y frío, de pie, solo, sobre una roca frente al mar o caminar por una playa de arriba abajo sabiendo que su confortable cama le esperaba. Pero ya no podría volverse atrás, ahora, sin perder la cara. Así que, entre risas y chistes (preocupados), aguantó firme y se alejó acompañado por un guardia que iría a designarle su área de vigilancia.

Al día siguiente supimos, por Chepe, que a mamá Berta la cosa le cayó muy mal y que estaba asustadísima. ¿Cómo?, ¿su hijo jugando con un fusil toda la noche?, ¿jugando a hacerse el héroe? La pobre señora casi no durmió. Al amanecer, como nada había pasado, Guillermo volvió al pueblo, entregó su fusil a la Guardia Civil y fue a su casa a desayunar.

Hacia las diez de aquella misma mañana se oyeron en la lejanía, procedentes de la carretera de Ibiza, ruidos de motores de autos, gritos y tiros al aire. En pocos instantes entraban en San Antonio, en caravana, seis o siete automóviles repletos de gentes que sacudían los brazos por las ventanillas, desde las cuales asomaban fusiles y banderas cuyos co-

lores predominantes eran el rojo y el negro, además de alguna que otra con los colores de la República, con su faja morada, cuyo efecto es tan antiestético. Con tío Jorge entre nosotros dos, nos dirigimos al pueblo, donde el alborozo era grande: en la calle solamente se veían hombres, algunos algo apartados, otros confraternizaban con los milicianos recién llegados..., y se oían muchas voces, vivas y gritos de orden con despliegue de banderas o flámulas. San Antonio había sido «tomado» al grito.

Desde la calle, observamos milicianos apelotonados en las escaleras del edificio (modesta casona) del ayuntamiento, unos subiendo, empujando a los que bajaban, otros soltando risas e improperios, pero todos queriendo tomar parte en el asalto y saqueo que siguió a continuación: volaron por los aires —a través de un ventanal que se abría a un balcón—, muebles o pedazos de muebles, sillas, cajas de archivos, papeles, cosas que se estrellaban en la calle o permanecían unos momentos revoloteando en el aire.

Un grupo ondeó una gran bandera republicana junto con otra, roja, ornada con la hoz y el martillo, y otros, desde el balcón, mostraban pancartas alusivas y retratos de Marx, Engels, La Pasionaria y otros personajes que desconocíamos, como tantos otros de los espectadores que se hallaban hacinados en la calle, boquiabiertos.

Tío Jorge nos sacó de ahí y nos llevó de vuelta a casa.

La chica de servicio (que teníamos algunas horas al día) volvió tarde, cuando ya habíamos comenzado a prepararnos la comida nosotros mismos, hacia las tres. Sus ojos brillaban y su cara —era algo fea— expresaba radiante entusiasmo. Aunque habitualmente retraída, se desbordaba en palabrerío «revolucionario», asegurando que había acabado el tiempo de los ricos y que pronto «la Repartidora» vendría

para igualar a todos, y nos miraba fijamente a los ojos como queriendo decir: «A ver si me entendéis».

En los días siguientes nos sentimos imposibilitados en nuestras conversaciones —que se oían en la cocina— y estamos muy inquietos de tener en casa a aquella exaltada, pues había perdido su retraimiento y ahora soltaba todo lo que se le ocurría...

Uno de esos días que estábamos en la playa, se nos sumó el hijo del farmacéutico, como solía hacer de tanto en tanto, pero esta vez vino con su nuevo atuendo de miliciano, ropa común pero con banda roja en el brazo y fusil en bandolera. Su visita no era, dijo, como antes, para charlar, bañarnos, tomar el sol junto con otros muchachos del pueblo y los Sagrera, sino para avisarnos, como amigo, de que haríamos bien en no mostrarnos y dejar que los ánimos se enfriaran, pues había gentes de fuera que se imponían políticamente con ideas muy radicales...

Tío Jorge —que pensaba despedir a aquella incómoda sirvienta— rectificó; además, nos dijo muy seriamente que deberíamos limitarnos, él incluido, a circular sólo por alrededor de la casa y por el trecho de playa frente a la misma.

Inesperadamente, entró bahía adentro un barco de guerra, a toda marcha, que se detuvo justo en el extremo del muelle. Era un *destroyer* inglés, como mostraba su bandera. Nos sorprendimos por esa maniobra y la proximidad del muelle, que, como sabíamos, ofrecía poquísima profundidad. Tío Jorge observó: «Esta Marina inglesa lo tiene todo mapeado, saben el calado de todas las costas del Mediterráneo como si estuvieran en su casa». Y añadió otros comentarios que revelaron su admiración y simpatía por ese país, que también conocía.

Mediante dos o tres lanchas de a bordo llegó a tierra un grupo de marineros. Entre los mirones que se habían agrupado cerca del puerto hubo un cierto movimiento, y un reducido número de personas se abrió paso entre ellos y fue al encuentro de los marineros —con sus blancos uniformes de verano—, acompañados de dos o tres oficiales que, evidentemente, habían bajado para despachar con las «autoridades». Eran extranjeros, atrapados en esa confusión, que estaban siendo evacuados de la isla. Supimos después que la Marina inglesa acogía a personas de otras nacionalidades, no sólo a los británicos.

Con la misma destreza con que entró, el *destroyer* encendió motores y zarpó a toda marcha dejando la bahía de San Antonio en unos instantes. El grupo de curiosos se dispersó lentamente entre gestos y comentarios, quedando en el aire una sensación de desánimo.

Eso era realmente una ratonera, como había adivinado Juan Antonio Güell, lo que me llevó a pensar en mamá: ¿dónde estaría? En Mallorca, suponíamos. ¿Y qué estaría pasando allí? ¿Habría prosperado el desembarco y la conquista de la isla, como se oía decir a los milicianos tan afirmativamente? Y si tomaban Mallorca, ¿qué pasaría?

Sin acceso a algún receptor de radio (no nos atrevíamos a presentarnos en el pueblo), sólo pescábamos noticias dispersas por boca de payeses que tomaban el camino lindante, por detrás de nuestra casa, cuando se dirigían a sus campos o a algún otro pueblo vecino. Y naturalmente, por los impertinentes comentarios de la criada que, entendíamos, se divertía en pintarnos, con trazos sombríos, los comentarios que ella recogía entre sus amigos milicianos.

Por esos días recibimos nuevamente la visita del hijo del farmacéutico (no recuerdo ya su nombre), que, aquella vez, dijo, venía a convocarnos para ser entrevistados por el Comité Popular que se había constituido en San Antonio algo banal, pura rutina, para conocernos y poder llevar un censo general que incluyese a los forasteros de otras procedencias. Deberíamos encontrarnos en el pueblo hacia las cinco de esa tarde.

Esa «convocatoria» —una orden de la que no podríamos zafarnos, evidentemente— nos cayó como un presagio premonitorio de algo amenazador que se estaba cociendo. El más preocupado era tío Jorge, pues por algo había aprendido ya lo que traían las convulsiones políticas que había conocido en su experiencia de vida.

A la hora pactada llegamos al centro, cuyas calles y comercios se hallaban repletas de gente —pocas mujeres—, con muchos milicianos armados de fusiles y correajes que sostenían pistolas y cartucheras. Todo ese mundo en animadas conversaciones gesticulantes. De entre ellos se separó nuestro amigo farmacéutico, viniendo a nuestro encuentro e invitándonos a seguirle. Para nuestra sorpresa nos condujo hasta la iglesia, que se hallaba a pocos pasos. Sus muros seguían siendo de color blanco ibicenco, pero habían pintado en ellos banderas rojas con la hoz y el martillo, las letras de gran variedad de símbolos políticos, en colores negro o rojo, y la gran puerta de doble ala estaba abierta de par en par.

Una vez en el interior, siguiendo a nuestro guía, tuvimos que abrirnos paso entre restos de maderas, pedazos de ladrillos y cascotes, triturados o pisoteados; un montón de tablas rotas con restos de estatuas y ornamentos dorados se hallaban entremezclados donde se erguía el altar mayor, e igual cantidad de escombros podía observarse en cada una de las

capillitas laterales, cuyos nichos, vacíos, abrigaban santos de especial devoción del pueblo.

A la derecha, en el lugar de una capilla ya limpia de escombros, se veía una mesa larga, cubierta de pilas de papeles, tinteros, libros, como registros, y mucho desorden. Entre la mesa y la pared había una hilera de sillas, pero sólo cuatro o cinco personas las ocupaban. En el lado opuesto —acceso a las personas convocadas— había otra hilera de sillas colocadas de cualquier manera. Los dos muchachos de Madrid estaban allí sentados frente a aquel extraño personaje, con su sombrero de fieltro, su cara chupada picada de viruela, sin corbata ahora, pero embutido en su chaqueta negra, delante de un cenicero rebosante de colillas. En su posición central, con sus acólitos a cada lado, demostraba ser el mandamás y juez supremo, como él mismo bien anunció: «Es éste un tribunal popular de excepción, como los autorizados por el gobierno para la búsqueda y detención de facciosos. Mi nombre es (tal y tal), y soy el juez delegado por las nuevas autoridades de la isla para actuar en este municipio, etc.».

Los dos muchachos madrileños, allí sentados —debían de tener entre veinticinco y treinta años— se volvieron hacia nosotros, recién llegados, y nos miraron, pálidos, como interrogándonos: «¿Y ahora qué pasará? ¿Qué nos harán?». Debía de preocuparles recordar las abiertas conversaciones políticas en las que manifestaron su repudio al estado de cosas imperante y su esperanza de que alguien se moviese para ponerlos a salvo... Y aquel extraño e inexpresivo individuo, agazapado en la última mesa, viendo y oyendo todos los comentarios y fijándose en las personas.

A medida que proseguía el interrogatorio e identificación de los dos «sospechosos» —todo entre susurros y registros en papel de oficio bajo profusión de plumas y tinteros—,

entró en la iglesia/tribunal la familia Sagrera en peso: mamá Sagrera, Bertita, Guillermo y Chepe, también acompañados por un miliciano armado, quien se limitó a hacer un gesto en dirección al tribunal que significaba: «Aquí están».

Uno de los miembros de la mesa se dirigió, desde su asiento, a todos nosotros y nos ordenó que nos apartásemos (seguramente para impedirnos oír el proceso verbal de aquellos dos que nos precedían) y esperásemos un poco hasta ser llamados.

Nos alejamos hacia el fondo, nuevamente pisando escombros, y ahí, de pie, nos dispusimos a esperar, entablado con los Sagrera una conversación forzada, pues las mentes de todos nosotros estaban ocupadas en otros pensamientos, inquietantes, siniestros.

Tras un prolongado careo, a ambos lados de la mesa, marcado de vez en cuando por algunas voces subidas de tono, aunque inaudibles entre la resonancia de las paredes desnudas, dos milicianos, a una señal del acusador, se acercaron a los dos muchachos, los levantaron de sus sillas y los escoltaron hacia la salida. Comprendimos que se los llevaban arrestados. Corría la versión de que a los «facciosos» detenidos los encerraban en el Fuerte de Ibiza, siniestra construcción en piedras sillares ventilado por unas pequeñas aberturas cuadradas —que no podrían llamarse ventanas, pues eran simples huecos entre las piedras—, cerradas por gruesos barrotes de hierro. Se decía que la caza a los subversivos, emprendida por los tribunales populares a través de las comarcas más importantes, ya había rendido cerca de doscientos presos amontonados en el Fuerte.

Temblamos al presentir que se nos llamaría para enfrentarnos a aquel «tribunal», presidido por el siniestro individuo de las hemorroides, que seguía sentado en su puesto

sin quitarse aquel sombrero. Pero ¡sorpresa! Llamaron a los Sagrera, y de la mesa se nos ordenó que siguiésemos de pie, apartados, sin movernos de allí donde estábamos, esperando.

Hicieron sentar a los dos chicos, Guillermo y Chepe en el medio, con mamá Sagrera y Bertita cada una a un lado. Se adivinaba que iban a ser ellos los acusados, principalmente Guillermo, el mayor, que además había aceptado un fusil de la Guardia Civil y un servicio de centinela aquella noche. Aguzando el oído, a pesar de la distancia y el eco, pudimos oír la grave acusación de «haber tomado armas contra la República», cuyo gobierno había decretado juicio sumarísimo para los rebeldes armados, y cuya consecuencia era el fusilamiento, sin más.

Mamá Sagrera puso el grito en el cielo rogando que su hijo sólo tenía dieciocho años, que aquello había sido una fantasía infantil, que ellos, como salvadoreños que eran, nada sabían ni entendían de lo que estaba pasando y que sólo habían venido a Ibiza a veranear. La Guardia Civil debería haber comprendido que no se le podía entregar un fusil a un chiquillo sin saber quién era y por qué razones lo solicitaba, etc., etc.

Siguieron los cuchicheos entre los componentes de la mesa, y luego la acusación formal proferida por el del sombrero y el rostro marcado de viruela: se estaba cumpliendo la ley, y ya fuese por intención o diversión, el hecho era que el muchacho había cogido armas contra la República. Debía ser encarcelado en el Fuerte a la espera de un pronunciamiento por parte del Tribunal Superior. Al oír la palabra «Fuerte», mamá Sagrera lanzó un grito y unos gemidos, levantándose de su asiento y desplomándose al suelo, donde quedó tendida y sufrió un ataque de nervios: temblaba, se

sacudía y apretaba las mandíbulas, parpadeaba rápidamente y mostraba sus ojos en blanco, además de su palidez cadavérica. Aquella convulsión nerviosa de la señora Sagrera retorciéndose por el suelo, sus hijos pálidos como el papel, llevó al «Tribunal» a comprender que, en este caso y tratándose de extranjeros y de un evidente infantilismo de un muchacho, la sentencia había sido excesiva y sería mejor dejarlos ir a todos antes de tener que vérselas con un cónsul y abrir un caso diplomático.

Dos hombres de los de la mesa, con expresión de susto, atendieron a mamá Sagrera, ayudándola a incorporarse, refrescándole la frente con un pañuelo bañado en agua, al tiempo que le susurraban al oído: «No es nada, señora, no se ponga usted así, verá que al final no pasará nada».

Y no pasó nada. El «promotor», con su sombrero tras el cual ocultaba la mirada, confabuló con sus acólitos, movió la cabeza en señal de discordancia y, al fin, pareció acceder: «Vean ustedes, en consideración a que son extranjeros —pasó la mano sobre los pasaportes que tenía frente a él— y el hecho de que la actitud de su hijo, Guillermo, puede interpretarse como una chiquillada irresponsable, desprovista de intención política, asumo la responsabilidad de dejarlos ir sin cargos penales, y de que vuelvan a su país cuanto antes, pues aquí la cosa va a pegar fuego».

Mamá Sagrera resucitó, se recompuso la ropa y murmurando «gracias, gracias», salieron los cuatro de la iglesia, y nada más supimos, salvo por rumores que habían conseguido embarcarse, en Ibiza, en un *destroyer* o cosa parecida.

Cincuenta años después, mi pensamiento me llevó a recordar esa escena con vividez cuando, viendo en la televisión

los horrores de la guerra civil en El Salvador, las películas proyectadas —filmadas desde un helicóptero que sobrevolaba la ciudad— mostraron claramente un edificio bajo, pero amplio, sobre cuyo techo (que me parecía chapa ondulada, galvanizada o de amianto) podía claramente leerse SAGRERA. Con nostalgia me pregunté: ¿que habría sido de esa simpática familia? Quizá los chicos eran ahora los dueños de la empresa de su padre y serían ricos y prósperos, tal como parecía anunciar la extensión de aquel techo y las enormes letras con su nombre. Ojalá.

A la salida de los Sagrera, como ya nos esperábamos, fue nuestro turno de ser «juzgados». Nos sentamos, tío Jorge en medio, y nosotros, uno a cada lado. Comenzó la perorata del «fiscal» con acusaciones de facciosismo —tal como él había oído en aquellas conversaciones—, como un cliente más bajo el toldo del bar de Herr Bauman ante su copita de manzanilla, ofuscada su presencia por su insignificancia y la nube de humo de sus pestilentes cigarrillos de tabaco negro. Tío Jorge sacó toda su valentía (que no era su característica), se declaró republicano convicto, hasta el punto de que había votado la implantación de la República en las elecciones de 1930 (¿o 1931?) que comportó la caída de la monarquía. Aquello me sonó a recurso dialéctico improvisado, poco convincente.

Argumentó que, a pesar de nuestra altura, pues ambos éramos altos, no pasábamos de ser meros estudiantes, de diecisiete y dieciocho años respectivamente, que acabábamos de terminar el bachillerato y carecíamos de cualquier tendencia política, y que nos encontrábamos en la isla de vacaciones. La amistad con los Sagrera era fortuita y allí seguíamos, bajo su custodia, hasta encontrar un medio de dejar la isla, cosa cada vez más difícil, ya que a él, tío Jorge, se le

estaba acabando el dinero y no teníamos noticias de nuestra madre, de quien dependíamos, etc.

El fiscal nos acusó de «aristócratas», de pertenecer a la clase privilegiada, pues sabía que había estado en Ibiza un conde, explotador de obreros —Juan Antonio Güell, que poseía industrias y era el presidente de la Compañía Transatlántica Española—, del que tío Jorge y mamá eran amigos, y que sólo por eso ya bastaba para ser enviados al Fuerte de Ibiza, igual que los dos jóvenes anteriores a cuyo arresto habíamos asistido.

Hubo nuevas escrituraciones en el libro y papeles diversos y nuevos cuchicheos entre los componentes del tribunal. Y luego la decisión de dejarnos ir, a los tres, resaltando el fiscal que era bajo su responsabilidad y que él mismo se jugaba el pellejo por eso.

Salimos de la iglesia/tribunal popular aliviados, tío Jorge más que nosotros, por ser adulto y sentirse más amenazado, a cuya puerta el hijo del farmacéutico, de miliciano con faja roja y fusil, nos sonrió y guiñó un ojo; seguramente estaba encantado de no haber tenido que escoltarnos detenidos.

Pasado el susto, ya en casa, comentamos con tío Jorge no estar seguros si todo aquello no habría sido una diabólica *mise-en-scène* tramada por aquel extraño personaje (extraño a la isla) que, de un modo u otro, consiguió imponerse al pequeño grupo de comunistas de San Antonio —medio payeses, medio pescadores, como todos—, convocando influencias o hasta amenazas veladas y estratagemas politiqueras, hasta el punto de haberse erigido en autoridad suprema del partido, aparentemente temido entre las gentes del pueblo.

Comprendimos que los otros miembros del tribunal —todos hombres de San Antonio y básicamente buenas personas— estaban allí con poca convicción, quizás a disgusto, al ver las graves consecuencias del fervor revolucionario de aquel individuo —cuyo nombre nunca supimos—, al cual intentaban apaciguar en aquellos «consejos» mediante cambio de opiniones en voz baja. Aunque sólo de vista, aquellos hombres nos conocían ya de los veranos anteriores. Nos veían salir del puerto en un falucho a vela, propiedad de otro vecino; nos veían en las tiendas comprando; en los tendetes que había en el puerto, donde se vendía el pescado recién llegado, mirando, comprando los productos de su pesca, etc., comprendiendo que, cualquiera que fuera nuestra posición política —adivinada en conversaciones tal vez—, nuestra peligrosidad era inofensiva, al igual que la de tío Jorge.

Supimos que los dos muchachos de Madrid, que habían sido detenidos, tuvieron poca suerte, porque además de ser muy altisonantes en sus opiniones eran ya hombres maduros y responsables, lo que agravó su situación, impidiendo que los «acólitos» locales consiguiesen revocar la decisión del «fiscal». Averiguamos más tarde que ambos muchachos, junto con otros ciento ochenta detenidos en el Fuerte de Ibiza, fueron asesinados por aquellos milicianos de la expedición Bayo (ametrallados por las ventanas del Fuerte), en su prisa por reembarcarse y huir ante las noticias de la derrota sufrida en Mallorca y la consecuente retirada de toda aquella tropa de las islas.

Parecía repetición de lo mismo que ya habíamos visto: hidroaviones sobrevolando la isla y lanzando panfletos a baja altitud, para luego desaparecer en el horizonte en pocos minutos. Decían algo como: «¡Ibicencos! las fuerzas nacionalistas que acaban de repeler la tentativa de desembarque y conquista de Mallorca por las hordas «rojas» (fue la primera vez que oímos los términos «nacionalista» y «rojo» que se consagraron para el resto de la guerra civil) vendrán prontamente en vuestro auxilio para restituir el orden y la tranquilidad en vuestra isla, libertándola del yugo comunista etc., etc.», firmado el Capitán General ... fulano, de la región militar de las Baleares y «¡Viva Franco!» (aún no era Caudillo ni Generalísimo), «¡Viva España!» (el «Arriba España» falangista vino después).

No resistimos la curiosidad de lo que estaría pasando y diciéndose en San Antonio. Así que, dejamos de lado el aislamiento en que nos habíamos colocado y nos dirigimos al pueblo en busca de noticias. Nos sorprendió la calma reinante: poca gente deambulando por las calles, el comercio abier-

to aunque casi paralizado por falta de productos y... sorpresa: ¿dónde estaban los milicianos tan ubicuos, tan habladores, tan fanfarrones exhibiendo sus brazaderas rojas y sus fusiles? No se veía ni uno. Pronto nos explicaron la situación: habían llegado noticias, al contingente destinado a ocupar Ibiza —rápidamente propagadas por todas las comarcas—, de que la tropa de Bayo, que llegó a formar reducida cabeza de puente en el sur de Mallorca, había sido rechazada por la guarnición y los voluntarios mallorquines. Los invasores habían sido empujados al mar, donde, cerca de la costa, varios barcos actuaban de base de operaciones, ahí anclados.

Se hablaba de unos terribles bombardeos aéreos que destruyeron excavaciones o defensas que habían sido construidos con prisa para reforzar aquella cabeza de puente desde la cual organizar el avance isla adentro.

Los buques de apoyo también fueron atacados y algunos dañados. La moral de esa tropa, por otra parte indisciplinada y sin mando, no aguantó en cuanto comprendió que la tarea de avanzar era mucho más problemática de lo imaginado y que la posibilidad de quedarse sin apoyo por mar, o no poder siquiera escapar de esa ratonera si les hundían los barcos, era real, por lo que todo ese panorama bélico se desmoronó, desencadenándose la fuga del «sálvese quien pueda». Salvo quince o veinte hombres que se rezagaron y quedaron en tierra, todo el contingente se reembarcó haci-nadamente, y los barcos volvieron a Barcelona.

El grupo de milicianos destinados a tomar Ibiza, sin perder tiempo, también abandonó la isla en barcos auxiliares u otros medios disponibles, no sin antes darse el gusto de la venganza. Introdujeron ametralladoras y fusiles por las abertu-

ras de los gruesos muros del Fuerte y dispararon sobre todos los presos que allí había, hasta que nada se movió. Decían que eran cerca de ciento ochenta cadáveres en un mar de sangre mezclado con la paja donde estaban echados.

Aquellos muchachos que se decían de Madrid, y cuyos nombres no recuerdo, se hallaban entre los muertos. Eso tomaba un gravísimo cariz de guerra civil, y cada acción de salvajismo desencadenaba su reacción igualmente salvaje. Comprendimos, con tío Jorge, que nos habíamos salvado de un peligro real que, en el momento, no habíamos evaluado como tal. En ausencia de aquellos milicianos —con ellos también desapareció el fiscal acusador del tribunal popular, y nuestra sirvienta, que se había liado con uno de ellos—, la isla parecía, ya a finales de agosto principio de septiembre, estar sumergida en un auténtico marasmo. Sólo se veía gente del pueblo y ocasionales veraneantes, los pocos que, como nosotros, se habían quedado rezagados por no haber encontrado el modo de salir de Ibiza y sin dinero; extranjeros, ni uno solo.

Vivíamos de pescado, huevos, aceite (de oliva, verde y espeso, obtenido por prensado en molinetes caseros), alguna carne de cordero, quesos de oveja o cabra y frutos de la *saison* (albaricoques secos, alguna naranja, aceitunas, y se acabó); nada de pan, leche, café, pasta o alimentos industrializados procedentes de la Península.

Esos días —una o dos semanas—, pasados como en el vacío, terminaron de repente, y la escena era ahora la misma pero con actores diferentes: entrada en San Antonio de una caravana de autos, que llegaron por la misma y única carretera asfaltada de Ibiza, con las ventanillas abiertas por donde asomaban fusiles, gorros, brazos extendidos con sus manos estiradas en saludo fascista y gritos de «¡Viva España!»

y «¡Viva Franco!». Antes se habían mostrado puños crispados y los gritos glorificaban el comunismo, el anarquismo y otras tendencias políticas de esa misma especie.

Con tío Jorge nos dirigimos a toda marcha hacia el pueblo, y entramos de lleno en aquel tumulto frente a la alcaldía, de cuyas paredes ya se estaban retirando las siglas enemigas y sobrepintando con cal «Casa del Pueblo» para restituir el «San Antonio».

La gente del pueblo parecía haberse lanzado a las calles para entablar una viva conversación con los recién llegados, todos en atuendo militar, de caqui, símbolos de la Legión Extranjera sobre el pecho y gorros reglamentarios cubriendo las cabezas, con la borlita roja agitándose de un lado a otro. Hablaban con la gente del pueblo en mallorquín (muy parecido al ibicenco) y se comportaban con familiaridad con todos... Y esta vez las mujeres también salieron a la calle y se mezclaron con los soldados sin aparente recelo.

En la casona de la alcaldía se procesaba su toma de posesión con escenas parecidas, pero opuestas, a las ya vistas, aunque con un poco más de orden: oficiales al frente de «legionarios» rasos, subían unos y bajaban otros por aquella misma escalera, y por el mismo balcón eran arrojadas a la calle banderas anarcosindicalistas, papeleo de propaganda política, retratos de Marx-Engels (siempre en pareja), jefecillos o políticos venerados del bando «rojo», incluida La Pasionara y Stalin —todos ellos recibidos con gritos y bromas antes de estrellarse contra el suelo—, donde algunos soldados y espectadores los remataban a pisotones mientras proferían ironías e insultos. En el balcón, a vistas de esa considerable multitud, se rasgó la bandera republicana y, al toque de cornetas de orden, se izó la bicolor con vivas y aplau-

sos... Y así San Antonio fue retomado para los «nacionalistas» también al grito.

Estábamos los tres intrigados por la presencia de la Legión Extranjera. ¿Habría venido de Marruecos? ¿Cómo? Un sargento, al que interpelamos, nos lo aclaró: eran todos voluntarios mallorquines que habían sido agrupados militarmente y provistos de uniforme, gorro, botas y correaes (Mallorca tenía, y sigue teniendo, una buena industria de artículos de cuero); en fin, toda la indumentaria utilizada por la Legión. En este caso, una simple dependencia balear de la que estaba luchando en la Península. Esto explicaba la familiaridad de esa tropa con los lugareños, la aparición de las mujeres y la razón de entenderse entre todos ellos en su lengua común.

De pronto, tío Jorge dio un grito: «¡Álvaro!». Un oficial de la marina, indistinguible si no fuera por su gorra de marino reglamentaria, se abrazó a tío Jorge, que retribuía con palmadas y abrazos, risas y euforia el impensable encuentro con Álvaro Urzáiz.

Como otros militares graduados, había sido llamado para organizar y ponerse al mando de la tropa reclutada a toda prisa —apenas conocida la formación del cuerpo expedicionario bajo las órdenes de Bayo—. Álvaro Urzáiz (nombre bien vasco) era de familia de marinos y, según dijo, estaba en Mallorca pasando unas vacaciones cuando le sorprendieron los acontecimientos. Como otros militares en activo o en retreta, no dudó en ofrecerse a las autoridades de la isla, ya que se identificaba con los objetivos del «Movimiento» (como ya se empezaba a definir el levantamiento contra el desconcierto de la República). Los cuadros de mando fueron, pues, formados por personas, como Álvaro, que se presentaron para colaborar en la defensa de la isla, encontrándose

entre ellos gente de diferente graduación, inclusive algunos de complemento y retirados que poca experiencia podrían aportar. Lo que no faltó fue el voluntariado, pues nadie se atrevería a intentar invadirles «su» isla y herir sus bríos de mallorquines, tan apegados a todo lo suyo. Organizada la «legión» con los medios y armas disponibles, la gente que «sobró» fue incorporada a la Falange Española o a los carlistas, que eran los menos. Estos organismos no proveían uniformes ni armas, que no había, por lo que cada uno debía uniformizarse por su propia cuenta. La mayoría se limitaba a comprar su «camisa» del partido (azul marino) y su gorro, pero iban con cualquier pantalón de uso común. Las formaciones falangistas, salvo por los torsos, parecían un arco iris.

Conocidos los hechos por boca de los soldados y falangistas, que llegaron poco después para los servicios de apoyo, decidimos, con tío Jorge, que debíamos ver todo eso de cerca, en Ibiza, donde estaba amarrado el buque que trajo a nuestros «libertadores».

Conseguimos que un vecino del pueblo arrease su mula y tartana —de grandes ruedas y toldo de lona— y tomamos la carretera de Ibiza. Los quince kilómetros recorridos a trote de mula parecían no acabar nunca. La gasolina estaba reservada a los vehículos requisados para misiones oficiales. Cruzamos algunos yendo y viniendo entre San Antonio e Ibiza, sólo con militares en su interior y fusiles asomando por las ventanillas por falta de espacio dentro.

En Ibiza, el movimiento de gentes, la variedad de uniformes y los ruidos nos sacaron de la semirreclusión que nos habíamos impuesto en San Antonio. Un buque negro, de quizás el doble de tamaño de los de línea regular de la Transme-

diterránea, yacía amarrado al muelle, y había un constante vaivén de tropa, oficiales y civiles entrando y saliendo por la plancha de desembarque. Los cabestrantes, con sus ruidos de poleas y molinetes, trabajaban descargando fardos, cajas, sacos, embalajes de todo tipo, que, manipulados en tierra, desaparecían con rapidez en las trastiendas, callejuelas o cafés, donde se veían mesas, sillas y gente consumiendo bocadillos y bebidas.

Aquí, el movimiento de falangistas era intenso, deambulando, al parecer, sin otro objetivo que mostrarse y charlar con los curiosos. Fue en uno de estos corrillos donde nos enteramos del fusilamiento de los ciento ochenta presos del Fuerte y de la «limpieza» que se había llevado a cabo, pues los cuerpos habían quedado allí abandonados varios días por falta de coraje del vecindario, que no se atrevió a entrar en el recinto sino al cabo de unos días, constatando que los milicianos, efectivamente, se habían ido y no quedaban otros.

Observé a un individuo alto, corpulento, de rostro redondo, cabellos abundantes y ondulados, y mentón rematado por una barbucha puntiaguda y agresiva. Lo rodeaban cuatro o cinco falangistas con sus camisas azul oscuro, gorritos negros de borlitas saltonas y pantalones variopintos. Parecían estar a las órdenes del personaje central, uniformado por entero de falangista, con porte de superioridad. No llevaba el gorro, pero, en cambio, vestía pantalón negro, cuyo color, junto al azul marino de la camisa, resultaba ofensivo al buen gusto. Llevaba correa negra, reglamentario, del que pendía una pistola en su funda.

Preguntando, me enteré de que se trataba del conde Rossi, uno de los jefes del fascismo italiano —que llevaba la

camisa azul falangista en vez de la *camicia nera* y había sido enviado a Mallorca para coordinar la organización de la recientemente creada Falange Española—, que prácticamente no existía en esa isla, salvo por una docena de estudiantes exaltados.

En esas, veo un falangista saliendo semiagachado de una tienda con algo bajo el brazo. Era una radio (algo muy preciado en aquel tiempo y circunstancias), evidentemente robada o arrebatada a su dueño, lo que me hizo pensar que podría llevarse a cabo algún saqueo incontrolable en Ibiza ciudad, pese a las declaraciones de ferviente hermandad entre mallorquines e ibicencos.

Para desgracia del ladrón, también el conde Rossi lo había visto. Dejó plantados a los de su séquito y corrió hacia el falangista de la radio, ahora ya pálido por el susto, sobre quien cayó la pesada mano del italiano, que le gritó con voz estentórea: «*Falangista perduto! Che cosa fai? Porta questo in dietro da dove lo hai preso e dopo ritorna a bordo in arresto*». Yo estaba a pocos metros, y el arranque del conde Rossi me pareció muy encomiable, demostrándome que, si saque había, lo sería contra las órdenes de los superiores. Al dar la vuelta para retornar a su punto de partida y reunirse con sus acólitos, todos boquiabiertos, el conde Rossi intercambió su mirada, furiosa, con la mía, y esbocé una tímida sonrisa. Poco sospechaba yo que en pocos días acabaría conociendo bien y tratando a aquel gigante de aspecto feroz; luego, en otras ocasiones, también afable y chistoso.

Habíamos salido de San Antonio con ropa usual de veraneo: camiseta, shorts y alpargatas, pensando que la visita a Ibiza duraría unas horas y que, por la tarde, volveríamos a casa para elaborar, con tío Jorge, el nuevo plan ante el cariz que

las cosas estaban tomando y decidir los pasos que deberíamos dar para poder ir, evidentemente, a Mallorca, donde, suponíamos, mamá seguiría, y para reencontrarnos con ella.

Mi hermano y tío Jorge deambulaban por el muelle averiguando cómo hacer o a quién dirigirse con el objeto de embarcar en aquel mismo buque en su regreso a Mallorca, que, decíase, podría ser dentro de pocos días, una vez estabilizada la situación en Ibiza e instaladas las nuevas autoridades en funciones.

Yo estaba distraído observando cómo se acercaba un hidroavión de dos cuerpos y una sola ala, en cuyo centro dos motores iguales se hallaban superpuestos. Vi cómo aquel avión comenzaba a descender en círculo, y comprendí que se disponía para el amerizaje. Me aproximé al borde del muelle —una parte destinada a los barcos de pesca—, exactamente en el lugar donde una escalera de piedra, que surgía del agua, ascendía hasta la pequeña plataforma donde yo me encontraba. Fascinado por la maniobra del hidroavión, por los surcos espumeantes que abrió al tomar agua, por el ancla que un tripulante lanzó al mar, por la lancha a motor que se dirigía a recoger la tripulación y traerla a tierra, me quedé allí plantado, como ausente del mundo.

La lancha se acercó con cinco o seis personas. Unos, vestidos con monos de mecánicos, grises, y otros dos o tres que podrían ser ingleses: camisa de manga corta y pantalón corto, color caqui claro, calcetines de punto grueso, caquis, hasta la rodilla, cómodo calzado deportivo..., pero no eran ingleses porque dos de ellos llevaban bajo el cuello de la camisa un fular de seda con los colores italianos: verde, blanco y rojo. Eran, pues, italianos, lo que me llevó a comprenderlo mejor, vista la presencia del tal conde Rossi en tierra, que

había llegado en el buque. El grupo subió la escalera de piedra donde la lancha los había dejado, charlando amistosamente. Yo los miraba subir y subir hasta que se toparon conmigo al final de la escalera. El piloto (debía de serlo, pensé), que subía a la cabeza, al llegar donde yo me encontraba, tras el último peldaño, levantó la mirada, me miró fijamente con una expresión de curiosidad y sorpresa, dio una batida de palmas al aire y me soltó: «*Ma tu sei uguale alla tua mamma! Io vengo a trovare tutti due per portarvi a Palma de Mallorca dove la mamma vi aspetta. Dove stà il tuo fratello? Dai, vai a cercarlo subito che ci ne ritorniamo a Mallorca*».

Me quedé petrificado. Aquello era realmente una casualidad. Salí corriendo en busca de Coco y tío Jorge para que pudieran conocer a aquellos pilotos italianos que seguían al pie del muelle, hablando entre ellos. Uno de los mecánicos gesticulaba hacia la lancha, indicándoles que debían volver.

El que parecía de rango superior, nos explicó que conocía a mamá, pues ellos también se alojaban en el Hotel Mediterráneo, donde quedaba un reducido número de huéspedes, entre los cuales estaba «*Pilar, la vostra mamma, che vi aspetta con naturale ansietà*».

Tío Jorge, que también hablaba italiano, explicó que él no podría ir, pues estaba la casa de San Antonio, con toda la ropa y enseres que alguien (él) debería recoger, meter en las maletas y embarcar para Palma de Mallorca. Quedaban, además, cosas y ropas que nuestra madre había dejado, ya que, en cuanto decidió reunirse con el grupo de amigos en una corta visita turística a Palma, pensó en volver en una semana como mucho.

Tío Jorge se quedó, pues, para resolver esa cuestión, esperando poder embarcar a su retorno a Mallorca, cosa que, efectivamente, consiguió.

Mi hermano y yo estábamos atónitos ante la perspectiva —ya que era un hecho— de nuestro primer vuelo... en un hidroavión militar con sus torretas de ametralladora delante y detrás. Y la lancha se acercaba, se acercaba hasta que se colocó junto al avión, contigua a una escalerita por la que subió uno de los mecánicos para, desde encima, tendernos la mano y ayudarnos a subir. El resto de la tripulación hizo lo mismo y cada uno se fue a su puesto. Nos dejaron detrás, junto al mecánico, pero podíamos ver a los pilotos de espaldas y observar las maniobras.

Tras el tremendo ruido de aceleración de los motores y el golpear del mar en el fondo de los dos cuerpos que formaban el hidroavión —con mucha vibración y crujidos metálicos—, de pronto, la paz, el silencio (salvo por los motores, aún en aceleración de subida), y una reconfortante sensación de seguridad al vislumbrar el puerto, el buque amarrado al muelle, las personas pequeñas y, más allá, un horizonte de mar y cielo.

El vuelo duró, creo, quince o veinte minutos, que nos parecieron cortos. Y enseguida la visión de Palma, la catedral muy evidente, la bahía, donde avanzaba el muelle, con algunos barcos atracados, un pesquero costanero, y la ciudad que se extendía hacia el fondo. Estábamos maravillados.

En tierra, nos esperaba un coche de lujo, al que subimos con el que parecía ser el de más alto rango y un segundo piloto. Otros diez o quince minutos y llegamos al portal de entrada del Hotel Mediterráneo. Nos dirigimos al vestíbulo y salón de recepción, todo de estilo muy señorial. Apenas fuimos vistos —camisetas, shorts, alpargatas, caras de asombro, sudados—, nos vimos en el centro de un corro de gente bien vestida que nos bombardeó a preguntas: «¿Qué ha

pasado?» «¿Hubo lucha?» «¿Tiros?» «Sois los primeros que llegáis de Ibiza y aquí aún no se sabe nada.»

Mamá se abrió paso entre los curiosos, nos abrazamos y todavía pudimos sentarnos con ella a la mesa —un comedor largo y luminoso con la vista sobre la bahía y la ciudad— para zamparnos unos huevos fritos que parecían deliciosos. Serían alrededor de las cuatro, y los huéspedes se repartían por las mesas del salón contiguo tomándose sus cafés con licores.

Tuvimos, con mamá, largos intercambios de impresiones. Le contamos nuestra odisea, y ella nos explicó los principales hechos sobre el desembarque de Bayo, y el miedo que despertaba la posibilidad de que la isla fuera tomada. Nos dijo que, a pesar de la movilización general y el entusiasmo y la determinación de los muchos voluntarios, clamando las armas para detener la ampliación de la cabeza de puente establecida por los invasores en el sur, las expectativas eran muy dudosas. En efecto, el número de defensores y su disponibilidad de armas se restringía al propio tamaño y población de Mallorca, en cuanto que, para los «rojos», esos medios podrían ser inagotables y llegar en flujo continuo desde Barcelona o Valencia.

Las autoridades decidieron apelar al propio Franco —que iniciaba su campaña a partir de Andalucía en dirección a Madrid—, quien, a su vez, se entendió con Mussolini para que fuesen enviados refuerzos aéreos a la isla, ya que ésta no disponía de un solo avión ni de artillería suficiente.

En dos días llegó una escuadrilla de hidroaviones, iguales al nuestro al que volamos (creo se llamaban Savoia-Marchetti 89), y los mismos que formaron la escuadra aérea de Italo Balbo en 1934 o 1935 para su travesía transatlántica a Nueva York y, a continuación, hacia el sur, hasta Buenos Aires.

Esa escuadrilla —inicio de un apoyo aéreo sustancial a lo largo de la guerra—, decían, llegó de Italia ya armada y equipada, directamente sobre el lugar del desembarque, donde largaron su primer cargamento de bombas, de hasta 250 kilos, causando fuertes daños y numerosas bajas.

Los bombardeos se repitieron durante varios días, con resultados funestos sobre la moral de la gente en tierra —y tanto o más sobre la de los buques de refuerzo que estaban allí anclados—, ocasionando conatos de rebelión y que se refugiaron en los barcos. No quedaba otra que embarcar de vuelta a bordo y zarpar rápidamente para alejarse de aquellas aguas, antes de ser alcanzados desde el aire y sufrir el hundimiento de algún barco o averías paralizantes.

Mamá parecía estar bien informada, como también lo estaba un reducido número de huéspedes del hotel, que se había granjeado la simpatía o amistad del grupo de oficiales de la aeronáutica italiana, alojados también ellos en ese mismo hotel.

Mamá, gracias a su cosmopolitismo —incluso chapurreaba el italiano por haber pasado temporadas en Nápoles, Como y Roma y haber conocido a personas de relieve—, entabló amistad con el jefe del grupo de pilotos, un tal comandante Cirelli («*nome di guerra*», decía), y cuando supo, por él mismo, que se preparaba la operación Ibiza, le solicitó que, si fuera posible, tratase de descubrir *in loco* el paradero de sus hijos y traerle noticias de cómo pensaban viajar a Mallorca.

Parece ser que, sin darle mucha importancia, Cirelli dijo que se ocuparía de encontrarnos y que si así fuese, él mismo nos traería «volando» a su lado.

Supimos que Cirelli preparó y realizó ese vuelo con el único objetivo de encontrarnos y llevarnos junto a nuestra madre. De no haberse dado esa increíble casualidad (una

entre mil) de Cirelli y mía de toparnos en la escalera del puerto y él haberme reconocido gracias a mi gran parecido (mucho en aquel entonces) con mamá, podríamos no haberlos visto y Cirelli habría vuelto al hotel sin nosotros y sin noticias. Nunca agradecemos bastante a ese —podíamos llamarlo ya— «amigo» el esfuerzo y el sentimiento humanitario que le llevaron a tan noble y amistoso gesto.

Recuerdo que entre los huéspedes del hotel se hallaba una mujer guapísima, alta, con buena figura, americana; también ella aguardaba el modo de poder abandonar la isla. Era Natacha Rambova (nada rusa a pesar del nombre), que, creo, fue la última mujer de Rodolfo Valentino. Coco y yo la mirábamos con admiración.

Dos o tres días después llegó tío Jorge con todas las maletas. Se había embarcado en el buque expedicionario que retornaba de Ibiza. Regresaban con él muchos «legionarios» y falangistas que, una vez llevada a cabo la toma de Ibiza, no tenían nada más que hacer allí. Entre ellos volvía el conde Rossi, que entró en el salón como una tromba, con dos o tres ordenanzas en su séquito. Saludó a todos un poco altanaramente, le besó la mano a mamá, dio una palmada en el hombro a Cirelli y se desplomó, despachurrado, en un sillón. Le gritó a uno de los ordenanzas: «*le uova, che ho fame, portami le uova*». Aquello debía de ser un número ya conocido, pues todos nos callamos, como en un ritual, acompañando con la mirada cómo el conde Rossi, con barba de chivo, se tragaba seis huevos crudos, uno tras otro, con unas gotas de limón. Retirado el ordenanza con la bandeja, la servilleta, la taza, etc., el ambiente se distendió y se entabló una amable conversación. El conde Rossi me miró fijamente: «*Io ti conosco, da dove?*». Yo sólo respondí: «*Falangista perduto!*». El conde Rossi soltó una tremenda carcajada y comprendió de qué iba

la cosa. «*Allora, voi due siete i figli di Pilar che Cirelli voleva andar cercare a Ibiza? Ho capito.*»

En fin, estábamos con nuestra madre en un ambiente distendido, con gente amiga que se interesaba por nosotros, conociendo poco a poco a personas de familias de abolengo de Mallorca (los llamados «butifarras»), cada familia con su *beneit* (bendito, retrasados mentales o discapacitados, productos genéticos fallidos a causa de un exceso de matrimonios consanguíneos) y con su *bubota*, el fantasma familiar que rondaba sus palacetes o casonas medievales.

Nos esperaba aún otra sorpresa: la aparición de nuestro padre, que vino a abrazarnos y a vernos después de varios años sin saber de él. Sólo sabíamos que se había casado —o unido— a una joven norteamericana con quien se había instalado en Palma de Mallorca. Ella, Libby, ya se había ido en uno de los muchos barcos de guerra que los varios países enviaban a puertos españoles para recoger a los connacionales atrapados en lo que ya era una conflagración, cuya duración sería imposible anticipar.

Papá ya había estado en el Hotel Mediterráneo antes de nuestra llegada, donde se reencontró con mamá. Yo me preguntaba qué efecto o emoción habrían sentido uno y otro al verse de nuevo tras tantos años de separación, pues, creo, desde su divorcio en Francia (en 1930 o 1931) no se habían vuelto a ver. Por esa circunstancia, y algunas visitas subsiguientes a mamá, acabó él entablando amistad con Cirelli, el conde Rossi y otros del grupo de pilotos italianos con quienes charlaba fluidamente en italiano, una de las cuatro lenguas que papá dominaba. Al poco tiempo, papá se despidió de todos y anunció su partida a la Península, donde, en Burgos, sede del Gobierno Provisional constituido por Franco,

desempeñaría un cargo que se le asignaba en el Ministerio del Interior. También debería actuar de enlace con la DNB (Deutsche Nachrichten Bureau), agencia de la prensa alemana instalada en Lerma, cerca de Burgos, gracias a su dominio del alemán.

Y así terminó el verano de 1936, para nosotros tan agitado, imprevisible y hasta peligroso, pero tan colmado de acontecimientos y hechos inusitados que aún hoy, a mis ochenta y un años, repaso con estas imágenes y vivos recuerdos y decido aquí escribir por si algún día alguien —mi hija o mis nietos o parientes, primos y descendientes— tuviese la curiosidad de saber qué pasó al primer disparo de nuestra guerra civil en un lugar tan apartado e inconspicuo como era la isla de Ibiza en aquel entonces.

Si me animo y la vida me da tiempo continuaré con otro episodio, que protagonicé en Mallorca, durante los meses allí transcurridos, cuyo título podría ser «El castigo», tal como le fue aplicado al muchacho parlanchín e inexperto que era yo mismo.

Nova Friburgo, Brasil,  
julio de 1999

**SEGUNDO EPISODIO**

---

**Mallorca, otoño de 1936 a otoño de 1937**

En mi anterior crónica: «Primer episodio, Ibiza, verano de 1936», concluida en julio de 1999 (!!!), anunciaba que seguiría con mis relatos sobre esa época —y me lo prometí sinceramente con toda intención—, pero parece que se me desinfló el ánimo y me dejé arrastrar por una invencible pereza de verme así prendido (¿por cuánto tiempo?) a la mesa de mi mueble escritorio estilo Queen Anne para, día tras día, hurgar en la memoria y, a mano, escribir, escribir y escribir... Y cuantos más hechos recordaba, más me daba cuenta, por la amplitud de los mismos, de que no podía dejar la cosa «cojeando» y que debería relatar por entero todo lo que vi y por lo que pasé durante aquellos dos o tres años de la contienda, de 1936 a 1939, tanto algunos acontecimientos cómicos como, los más frecuentes, trágicos y terribles.

Guardo una clara visión —gracias a la buena memoria que siempre me ha acompañado— de aquellos tiempos conurbados durante los cuales fui zarandeado, de un lado a otro, por los hechos y por querer adivinar dónde estaba y qué debía hacer, igual que otros millones de españoles, y por cómo esas sacudidas me condujeron amargamente, en esos pocos años, de una adolescencia fácil y protegida de estudiante aplicado —aunque algo inquieto e indagador— a una madurez analí-

tica y escéptica de quien ya ha comprendido lo que es la vida y la muerte, y lo que podría ser el futuro..., si llegase a tenerlo.

A la llegada de Ibiza, ya instalados en el Hotel Mediterráneo con una magnífica vista sobre el puerto y la bahía de Palma como paño de fondo, íbamos conociendo mejor al comandante Cirelli («*il mio nome di guerra*», decía bromeando), aunque Coco y yo acabamos descubriendo, gracias a alguna indiscreción inadvertida de algún piloto de su grupo, que su nombre era Luigi Galli, y también, a través de nuestras charlas con los pilotos, llegamos a enterarnos de alguna próxima misión o de comentarios sobre alguna otra reciente sobre Barcelona («*ma che peccato quella povera gente, quanta distruzione così in piena notte*»). Días después se comentaba que el Alto Mando (¿Franco?) había ordenado la supresión de los bombardeos sobre Barcelona. Parece que en total hubo sólo dos o tres.

Día tras día, el hotel se iba vaciando: ya no estaba aquella esbelta y guapísima mujer, Natacha Rambova; la pareja de venezolanos habladores y animados salieron con bastantes maletas por el hall y se subieron a un auto en dirección a Palma; la familia española de padre, madre e hija también se fue, y el hotel, con un reducido servicio, daba señales de que pronto cerraría. La mujer americana de papá, Libby, ya se había ido hacía tiempo, y papá hacía días que no venía a vernos. Tío Jorge tuvo que confesarnos más tarde que por motivos ignorados papá había sido detenido y encarcelado.

Nos llevamos un susto. ¡¿Cómo?! Él, que había sido siempre un rabioso de derechas, de Renovación Española, el partido monárquico *à outrance*. Tío Jorge fue unas veces a visitarlo e incluso apeló personalmente al Capitán General de esa región militar de las Baleares. Sólo obtuvo respues-

tas vagas y una dudosa pista sobre el hecho de que Javier, nuestro padre, parecía haberse metido en líos de cambio con moneda extranjera. Esto sería plausible, pues suponíamos que como papá no tenía dinero se las arreglaba para negociar dólares que Libby recibía de Estados Unidos, y que ésta, antes de volver a su país, podría haberle dejado alguna suma importante para que se las arreglara hasta encontrar un nuevo medio de vida.

Me adelanto ahora al contar que nada más supimos de él —creo que ni su hermano Jorge pudo ya ir a verle—, y durante tres o cuatro meses no tuvimos ninguna noticia de su paradero. Presumíamos que seguía en la cárcel. En aquellos tiempos, cuando ni se sabía si funcionaba la justicia regular —y se fusilaba sin contemplación a cualquiera que se reconociese como comunista—, todo era posible al pensar sobre papá, salvo que lo hubieran eliminado por ser contrario al Movimiento (del que era fanáticamente partidario) o por algo políticamente grave. Un día, tío Jorge nos anunció que Javier ya estaba libre, y no sólo eso sino que le habían dado un cargo importante en el Ministerio del Interior del recientemente instaurado Gobierno Provisional de Franco, en Burgos, y que, además, se las había arreglado para obtener un empleo en la Agencia Alemana de Prensa, instalada en Lerma, a pocos kilómetros de Burgos (Deutsche Nachrichten Bureau, conocida como la DNB), donde necesitaban traductores y editores con un dominio perfecto del alemán. Poco después, el propio tío Jorge fue contratado por la DNB, por su dominio también él del alemán, y esto gracias a sus años juveniles de estudios en el colegio de los jesuitas Stella Matutina, en Feldkirch (frontera austrosuiza o quizás en el propio Liechtenstein), donde, en los buenos tiempos de la familia Vidal-Quadras,

un grupo de cinco o seis chicos, todos primos entre ellos, fueron destinados por sus padres a estudiar en uno de los mejores colegios de la Mitteleuropa, por lo menos hasta la guerra de 1914.

Las comunicaciones de Mallorca con la Península estaban cubiertas por vía aérea con los famosos trimotores Junkers 81, con la esvástica en el timón, con capacidad para unas cuarenta o cincuenta personas, con alas y fuselaje en aluminio ondulado y tren de aterrizaje fijo, externo, ya que el retráctil sólo años más tarde se consiguió. El área de Marruecos, Andalucía, etc., estaba cubierta por la Lati italiana, con hidroaviones trimotores para diez o doce personas, cuya carlinga estaba montada sobre trípodes insertos en sendas zapatas flotadoras casi tan largas como el cuerpo del avión. Llevaban el escudo de la Casa de Saboya pintado en el timón. El peso muerto de los flotadores proporcionaba a este tipo de avión un vuelo muy lento (120/130 kilómetros por hora), y lo hacía muy frágil y trepidante a cualquier viento o turbulencia.

Retomo el punto de partida sobre el que me anticipé y sigo: en fin, el hotel quedó vacío, menos por el grupo de pilotos italianos y el famoso conde Rossi y su reducido séquito. Mamá y nosotros dos tuvimos que recurrir a la medida de emergencia impuesta por las autoridades en ayuda de los forasteros, que, por una razón u otra, se quedaron encallados sin dinero, o casi, pues ni tenían para volver a sus domicilios, muchos de ellos en «zona roja».

Los hoteles, en su mayoría los de segunda categoría, aceptaron esas condiciones reducidas que les aseguraban un mínimo de entradas y su supervivencia. Así que nosotros y Jorge nos limitamos a cruzar la plaza Gomila, centro co-

mercial del barrio El Terreno, donde un hotelito de segunda nos acogió al precio increíble de cinco pesetas cada uno.

Por suerte, a Coco y a mí, con la escasa ropa que teníamos —lo poco que habíamos traído de veraneo a Ibiza—, nos bastó con el poco espacio del único armario que había en el cuarto de ese albergue (para turismo barato), y con dos camas, instalarnos con lo esencial a fin de poder ir tirando en nuestra condición de refugiados. Mamá consiguió un cuarto mayor, con baño, y el tío Jorge se las arregló por su lado, no recuerdo bien dónde, pero siempre cerca, alrededor del polo de atracción de esa plaza Gomila con su entorno de restaurantes, cafés, etc., y la famosa *boîte* nocturna Tito's, con sus terrazas sobre el mar, la misma ubicación y vistas sobre el puerto, el centro de Palma, su magnífica catedral medieval y la grandiosa bahía, igual que la vista desde el Hotel Mediterráneo.

Hicimos amistad con unos chicos algo mayores que nosotros (y sus hermanas) pertenecientes a una antigua familia de la isla, del clan de los Perelada —una aristocracia llamada los «butifarras»; ¿por qué?, nunca lo supe—, que pronto nos pusieron al corriente de los hechos recientes en la isla, el conato de conquista por las huestes comunistas traídas por el tal capitán Bayo y cómo reaccionó la población, la pequeña guarnición militar y la Guardia Civil.

Los voluntarios se presentaron en masa, pidiendo armas, y comenzó la corrida hacia el sur para impedir la invasión y estancar esa amenazadora cabeza de puente que había tomado pie en Porto Cristo y seguía recibiendo más y más milicianos gracias al apoyo de los diversos buques de esa anárquica «columna Bayo». Los defensores pronto cavaron trincheras, fortificaciones de fortuna hechas con piedras,

rocas despedazadas, requisando casas de campesinos que eran ocupadas como refugios de observación, pero de poco servían esos esfuerzos, pues la cabeza de puente, con la ayuda de barcazas, botes de pescadores o cualquier otro elemento flotante a mano, seguía recibiendo más gente y material de guerra cada día. Se adivinaba el momento en que una orden pondría todos esos contingentes en marcha, teniendo por delante unas amplias planicies y campos de agricultura, casi sin obstáculos hasta el centro de la isla, y Palma, que sería tomada por detrás, desde tierra.

Nos decían los Perelada que, después de casi un mes, hubo ruidos de aviones y aparecieron en el horizonte algunas escuadrillas que giraron y evolucionaron como si desde el aire estuviesen estudiando las posiciones ocupadas en tierra, la distancia entre ambos frentes, que se habían delimitado, la situación de los cuatro o cinco buques, anclados frente a la costa... Y de pronto, como siguiendo una orden, esas escuadrillas, una tras otra, se lanzaron sobre los barcos, las playas con sus barcazas a la espera, las concentraciones de gentes armadas (que por haberlo comprendido se dispersaban corriendo como conejos). Comenzó entonces una lluvia de bombas de gran capacidad (hablaban de 250 kilos cada una y algunas de hasta 500 kilos, que lanzaban de tanto en tanto), haciendo llover géiseres de agua y metralla sobre los buques, las playas, la gente...; en fin, en poco tiempo se estaba vaciando la tal cabeza de puente, todos corriendo hacia las barcazas y otros medios flotantes, abandonando armamento ligero, cañones, morteros, cajas de municiones y todo cuanto impidiese una fuga rápida hacia los barcos, algunos ya con daños visibles y comienzos de fuego.

Cuando las bombas dejaron de caer, simplemente porque se acabaron a bordo de los aviones atacantes, las ope-

raciones de reembarque prosiguieron, más pausadamente pero con igual determinación mientras (debían de pensar en tierra) esas escuadrillas no se reabasteciesen y volviesen con los vientres llenos para una segunda vuelta, a la que podría seguir otra tercera y otras más, ante lo cual las tropas de Bayo, rescatadas de cualquier modo y en desorden en sus buques, deberían zarpar y desaparecer a toda marcha.

Esto me fue relatado por los Perelada, que, vestidos ahora de falangistas, se contaban entre los voluntarios defensores de las posiciones frente a Porto Cristo y habían participado en los acontecimientos. Igual relato fue dado por tantas otras personas que habían participado en la defensa o habían sufrido bajo el intenso terror de saber lo que pasaba: los escasos medios a disposición de los defensores y el terrible interrogante de una posible toma de la isla por aquellos facinerosos, con los consiguientes robos, pillaje, violaciones, y destrucción a los que la población sería sometida. Por sentimiento y sentido común la situación se salvó, gracias a la ayuda de la aviación italiana. Y el reconocimiento a esos pilotos (que pronto confraternizaron en bares, restaurantes y lugares públicos con los isleños) fue general.

Una mañana de esos agradables y luminosos días de septiembre nos sorprendió la mole grisácea de un buque de guerra, fondeado allí, algo apartado de la extremidad del muelle que formaba el puerto de Palma: era el cruzador *Baleares*, anclado en la rada y a cuyo alrededor se movían lanchas de a bordo, también grises, en sus recorridos de ida y vuelta entre el barco y tierra. Se adivinaban figuras de marineros llevados a tierra y retornos con sacos, carga, abastecimiento de a bordo, etc.

Hacia el atardecer, por la explanada de la plaza Gomila, ya había marineros uniformizados circulando entre los bares, cafés, mesas montadas al aire libre, algunos en compañía de chicas y en estrecha confraternización también con personas que se detenían para preguntar o charlar un poco. Hice lo mismo, por curiosidad, para intercambiar impresiones con algunos marinos sobre la vida a bordo, para saber de dónde venía el *Baleares*, si habían combatido ya, de qué calibre eran los cañones, etc., y al ser inquirido quién era yo y cómo es que no estaba alistado, dándome a esa buena vida, di mi nombre y dije de dónde era, y uno de los muchachos reiteró: «¿De Barcelona? Pues, mira, ese que está sentado allí también es conciudadano tuyo, llámale».

Me dirigí hacia aquel marinero y entablé conversación con él: «¿Tú eres de Barcelona? Yo también... ¿Tú nombre?... Sentmenat. ¡No me digas! Creo que nuestras familias se conocen bastante. He oído mencionar vuestro nombre muchas veces en casa de mis abuelos, por mis tíos y tías...». Y así pasamos un tiempo charlando y paseándonos por los alrededores de aquella plaza (tan concurrida por ser el centro de un barrio residencial como era El Terreno y por donde se accedía a dos o tres buenos hoteles, comercios variados, etc.), haciendo tiempo hasta que cayera la noche y entrar en el Tito's en busca de música, chicas con quienes bailar y alguna cena ligera.

Nos sentamos a una mesa que se hallaba al borde de la primera terraza (había otras dos, a guisa de bancales que, más bajas, se acercaban a las rocas y el mar). La vista de la bahía de Palma bajo la luz de la luna era fantástica, y sobre todo después de la frustrada intentona de Bayo, cuando ya se había revocado la orden del *blackout*.

En cuanto comimos algo, con algún vinito de acompañamiento, le conté a Sentmenat (no recuerdo su nombre de

pila) la saga de la pretendida conquista de la isla y la sorpresa del ataque aéreo lanzado por la aviación italiana que fue ignorado por todos, salvo sin duda por el mando militar y autoridades de la isla. Yo, que había visto los hidroaviones de la aviación española sobrevolando Ibiza (en sus vuelos de lanzapanfletos, viejos aparatos Elizalde, creo, monomotores), aptos sólo para dejar caer, a mano, algo como munición para morteros que no podía sobrepasar los quince o veinte kilos, le explicaba a mi amigo Sentmenat, con voz entusiasta, que la isla había sido salvada en realidad por Italia, que había desarrollado una moderna aviación (civil y militar) como necesidad ineludible para su conquista de Abisinia (Etiopía) y manutención de su supremacía militar y aérea ante Inglaterra y Francia principalmente, que habían llevado la Liga de las Naciones a decretar «sanciones» a Italia como país agresor (Somalia ya era colonia italiana por resolución del propio Tratado de Versalles (al término de la Primera Guerra mundial). Insistía yo en la opinión de que, con los elementos de los que disponíamos actualmente, España sólo podría desempeñar un papel secundario o nulo, casi sin aviación, ni pilotos suficientes, ni infraestructura de apoyo, mecánicos, bases apertrechadas, etc., cosa que se aplicaba a ambos lados del conflicto, tanto en el de los nacionalistas como en el de los rojos.

Hubo un súbito ruido de sillas y cubiertos metálicos proveniente de una mesa cercana y vi de reojo cómo un hombre corpulento se abalanzaba sobre nuestra mesa, en uniforme blanco, estrellas en las mangas y charreteras sobre los hombros, lo que evidenciaba su alta graduación. Dos puños cerrados golpearon nuestra mesa, y el torso, voluminoso, de aquel personaje se inclinó hasta conseguir colocar su cabeza (pelo

muy corto, medio rubio) casi al nivel de la mía. Esa boca y expresión indignada, a gritos, me soltó:

—¡Qué está usted contando, pedazo de animal ignorante! ¡Su nombre! ¿Dónde está usted alistado? ¿Dónde vive? ¿dónde se le puede localizar?

En el dorso de la cuenta o en un papel que sobraba sobre la mesa le escribí, con mano temblorosa, mi nombre, el hotel y el número del carnet de la Falange Española a la que, hacía dos o tres días, me había inscrito, ya por vergüenza de no poder mostrar ningún gesto de adhesión al Movimiento, del que me sentía plenamente partidario. Aquel «jefazo» de la aviación española se metió con rabia el papel medio arrugado en un bolsillo y regresó a su mesa amenazándome:

—Usted oirá hablar de mí, joven. Soy el comandante Noriega, el jefe de nuestra aviación con base en Pollensa. ¡¡¡Ya le encontraré!!! —Se dio la vuelta y, ya un poco más calmo, se incorporó al grupo de su mesa.

Me atreví, entonces, a mirar hacia esas personas y entonces lo comprendí: eran tres o cuatro pilotos, todos vestidos de blanco, insignia de nuestra aviación militar sobre el pecho y estrellas en las bocamangas y en las charreteras. Iban acompañados por jóvenes mujeres —posiblemente sus esposas o novias— y todo el grupo miraba a su comandante, que volvía a ocupar su sitio al extremo de la mesa... Y luego volvieron sus miradas hacia mí y Sentmenat, con seriedad pero expresando severa curiosidad.

La situación era insostenible y yo debía irme. No podía reanudar la conversación con mi recién conocido amigo, y él mostraba también una cierta incomodidad que le impedía seguir charlando conmigo, evidentemente, receloso de que aquellas personas siguiesen escuchándonos. Así que, en silencio, ambos decidimos levantarnos. Dejé, según la

cuenta, el importe de la consumición en el platillo y salimos sin siquiera mirar a nuestro alrededor, pues suponíamos que mucha gente en las mesas vecinas había seguido y oído el desarrollo de aquellos hechos.

Sentmenat se encontró a la salida con sus compañeros, que se agruparon para tomar algunos taxis en dirección al puerto, pues era la hora de volver a bordo del *Baleares*. Volví a nuestro hotel —más tipo albergue que hotel—, y mamá advirtió en mi semblante que algo me había pasado. Tuve que contárselo, y aquella noche casi no dormí del susto ante lo que me podría pasar si aquel iracundo comandante Noriega se empeñase realmente en ordenarme buscar... Ya me veía yo preso, en un consejo militar o, peor, fusilado por subversivo, derrotista, comunista ... ¡Qué noche pasé!

Y no fue sólo aquella noche. Fueron varios días y más noches que me pasé rondando por los alrededores del hotel y la recepción, esperando, por si alguien viniese a llamarme personalmente o por la central telefónica. Pero nada. Pasaron tres o cuatro días y ya me figuré que al tal comandante Noriega se le habría pasado la rabia y que quizás hubiese decidido abandonar el caso. Y me olvidé de sus amenazas.

Vana ilusión: al día siguiente veo una estafeta de aviación (por su uniforme) parar en la entrada, ir a la recepción, dejar un sobre y marcharse en su moto rápidamente. Con naturalidad, pregunto al conserje: «¿Ha llegado algo para mí?» Sí, efectivamente, ahí estaba el sobre a mi nombre, azul cielo, emblema de la Aviación y otros complementos gráficos en azul oscuro. Lo abro. Retiro un billete: «Preséntese el día [tal] a las nueve horas en la Jefatura Central de Aviación, calle ... n° ..., segundo piso, Oficina n° ... Transportes de Personal. Firmado: Comandante Noriega. (PS. Traiga enseres de uso personal, una muda y alguna cazadora o pieza de abrigo.)

El desenlace me alivió, y esa noche dormí a pierna suelta y pude recuperarme de los nervios de los días anteriores. El día (tal) me presenté en la Jefatura de Aviación en la puerta indicada. Fui recibido por un sargento (me dijo que era el encargado de los traslados y los viajes de los pilotos y de otro personal), que, viendo mi nombre en su lista y a mí allí, con mi maletita, se hizo cargo del caso y me dijo que me sentase y esperase media hora hasta que llegase el coche que me llevaría a Pollensa (al otro lado de la isla, al noreste, a unos sesenta kilómetros de Palma).

Poco después avisaron por el teléfono interno (hoy se diría «interfono») de que el auto había llegado y estaba esperando en un patio interno de la Jefatura. Había otra persona ya instalada, otro sargento, mecánico éste, que también estaba destinado a la base de Pollensa. El viaje fue normal y lo aproveché para observar el paisaje, campos cultivados y arboledas en su mayor parte en torno de casas de *pagesos*. Sólo atravesamos una ciudad, o gran pueblo, con un aspecto semiindustrial, comercios, una red de calles, algunos edificios de hasta tres o cuatro pisos que denotaban que se trataba de un polo de atracción y distribución, un centro de actividades varias.

Era realmente el centro de la isla, Inca, adonde llegaban o salían caminos en diferentes direcciones y por donde cruzaba la carretera principal, asfaltada, que cortaba Mallorca desde Palma hacia la costa este, en dirección a Alcudia y Pollensa, dos preciosas bahías, cada una con sus respectivos pueblos del mismo nombre, con hoteles, paseos costaneros, restaurantes, edificios de varios pisos, sus puertos y numerosos barcos pesqueros, playas cercanas a la vista, en fin, todo con mucho atractivo turístico para el verano o aun para todo el año, pues el clima benigno lo permitía. Dadas las circunstancias, los turistas, tanto peninsulares como ex-

tranjeros, ya no existían, y de muchas casas en el paseo marítimo de Pollensa (al igual que las que vi después en Alcudia), o frente a las playas, colgaban letreros de «En alquiler», «En venta», y se notaban ya indicios de daños por abandono, lo que era una lástima...

Hacia el fondo de la bahía de Pollensa, en un remanso algo oculto por rocas, casi donde terminaba el paseo marítimo, flotaban allí amarrados varios hidroaviones, que reconocí eran algunos de fabricación italiana (Cantv-Z, por Cantieri Trieste-Venezia), y otros, de fabricación alemana (Heinkel, sobre zapatas flotadoras).

El auto paró poco antes, ante una de las últimas casas sobre ese paseo. Una, de dos pisos, grande, con balcones y ventanas mirando al mar y la playa, una entrada empinada de cuatro o cinco escalones cortaba una terraza sobre la que se abrían anchos ventanales de dos batientes y persianas pintadas de verde. Era el fin del viaje y entrábamos en la residencia de los oficiales de esa base aérea de nuestra aviación naval.

Para mi creciente sorpresa, me acompañó al piso de arriba un ordenanza con un uniforme blanco que me abrió una puerta a un espacioso y confortable cuarto: buena cama, una cómoda, un armario, sillón, mesilla de noche con lámpara para lectura y ventana sobre el mar ... y un cuarto de baño en la puerta de al lado. ¿Cómo? ¿Qué era eso? Estaba mejor instalado ahí que en nuestro hotelito de Palma de tercera para refugiados. Sonó una campanilla repetidas veces y comprendí que debía de ser la hora de comer. Bajé a la planta principal: sofás, diván, estanterías repletas de libros, mesitas bien distribuidas para reposo de bebidas, objetos..., todo limpio y arreglado con gusto, simple pero práctico y agradable.

Comprendí que era la vivienda comunitaria (ni me atrevía a pensar «republicana») de los oficiales —pilotos también— de la base. Poco a poco fueron llegando, unos de fuera, otros del piso superior; algunos de esos pilotos me saludaban con amabilidad y con naturalidad, y charlamos y nos tratamos amicalmente; otros me preguntaron, pero ninguno de ellos preguntó por mi nombre. Entendí que todos sabían quién era yo y qué venía a hacer allí. Recuerdo nombres como Romero, Trenor, Bay, etc. Y en las conversaciones en la mesa, entre plato y plato, oí acentos procedentes de varias regiones: madrileño, andaluz, gallego, puro castellano como de Santander; en fin, fui tomando pie en esa extraña situación, sintiéndome poco a poco más confortable y en creciente simpatía hacia esos «muchachos», pues, sin duda, no sobrepasaban cuatro o cinco años por encima de mis diecinueve, y pronto, en pocos meses, ya mis veinte...

Esa tarde, después de un paseo a la puesta del sol y la fresca brisa nocturna que se levantaba, decidimos, los tres o cuatro que habíamos optado por salir a estirar las piernas, volver a la casa y leer algo o estudiar el gran mapa de España colgado en una pared de la sala, desplazar los alfileres con banderitas a posiciones actualizadas según los cambios habidos en las líneas de los frentes, y finalmente con unas «buenas noches» irnos dispersando en busca de los cuartos de cada cual.

Yo me subí un libro para ir llamando al sueño y pasé una noche tranquila, recuperándome de las últimas emociones y sorpresas del día.

El segundo día transcurrió como el anterior, sin novedades ni variación en lo que se adivinaba sería la rutina diaria. La segunda noche comenzó como la anterior, pero... ¡sorpresa!

Hacia el amanecer, cuando apenas comenzaba a clarear el alba, fuertes golpes sonaron en mi puerta (miré el reloj: las 5.30!) mientras una voz como algo ronca y autoritaria ordenaba que me levantara, me vistiera y en diez minutos estuviera en la verja de la entrada de la casa. Ahí estaba un sargento que, presumí por sus insignias (ruedas dentadas de engranajes), sería un mecánico. Me convidó a seguirle hasta un pequeño muelle de tablas —el cual se hallaban amarrados algunos botes y lanchas ligeras— y a embarcar tras él en una de esas lanchas cuya mitad (del centro a la popa) estaba ocupada por un depósito pintado en color rojo oscuro del que salían mangueras y tenía, a un lado, un mecanismo con una palanca que inmediatamente identifiqué como una bomba manual. Me imaginé entonces lo que me esperaba...

El sargento soltó la amarra y sentándose a los remos se puso a remar vigorosamente hacia uno de los hidroaviones que se balanceaban perezosamente en la cala, entremezclados a corta distancia unos con otros. El escogido era un Cantv-Z pintado de blanco, flotadores de equilibrio bajo el ala bimotor, cuerpo central de diseño «acuático», y diría hoy, muy parecido al modelo Catalina de la Segunda Guerra Mundial, de tan buen resultado y adaptación a usos variados que aún hoy se emplea en Brasil para todos los trabajos de auxilio, exploración, etc., a lo largo del Amazonas y sus afluentes. Más tarde me enteré de lo que significaba aquella sigla pintada en el casco del hidroavión: Cantieri Navali Trieste Venezia - Serie Z.

El sargento dejó los remos y amarró someramente la lancha al hidroavión, y mostrándome la palanca de bombeo manual me avisó de que tan pronto como hubiese colocado la boca de la manguera en el receptor, a una señal suya, me pusiese a bombear hasta nuevo aviso de que el depósito se había llenado y podía parar.

Cuando comenzaba a clarear, con sueño y en ayunas, tuve que cambiar de mano varias veces, pues el cansancio me causaba dolores musculares en los brazos; y nada de parar: el tanque del avión parecía enorme y no acababa de llenarse... hasta que una media hora después, el sargento, con el oído pegado al orificio receptor, me hizo señal de parar... Pensé: vaya «castigo» de mal gusto.

Otra madrugada se repitió lo mismo, pero esta vez se trataba de suministrar gasolina a un Heinkel, y como la toma estaba alta —esos aviones flotaban sobre zapatas de casi dos metros de altura—, se requería ayuda de otra persona apostada sobre las alas que levantaba la manguera hasta las bocas de entrada del «grifo». Ese asistente era un rubicundo joven alemán, y pensé que era lógico, pues los alemanes son demasiado minuciosos para delegar funciones a los «nativos». Y al tercer día llegó el verdadero castigo, para hacerme tragar aquella ofensa sobre las alas hispanas que tanto enfureció al comandante Noriega, jefe máximo de nuestra aviación en las Baleares.

A la hora de cenar, antes de subir a mi cuarto, el que parecía tener mayor graduación me preguntó si yo había traído alguna prenda de abrigo. Ante mi respuesta afirmativa me dijo: «Pues tráela mañana porque vamos a salir tempranito en vuelo de varias horas, y en la torreta trasera no hay cobertura. Estarás al viento y acabarás cogiendo una buena gripe».

Ahí estaba yo ante la puerta de hierro de la casa, y sólo un sargento me había precedido. Fueron llegando los pilotos: tres, uno de recambio, pensé, por si alguno de los otros dos se encontraba mal, o por si querían turnarse por ser el vuelo muy largo y cansado (¿adónde iríamos?). También venía un mecánico, mi compañero de coche. Calculé: dos en los man-

dos, uno más y el mecánico detrás, o sea, cuatro. Entonces, el sargento y yo en la torreta de detrás junto a la ametralladora..., vaya.

Cupimos todos en una lancha, de motor esta vez, y en cuestión de minutos estábamos a bordo. Como imaginé, me hicieron señales para que me agachase. El sargento delante y yo siguiéndole, pasamos acurrucados por un «túnel» bajo (como de 1,20/1,40 metros) y estrecho, que nos condujo a un espacio más ancho, donde había una ametralladora sobre un montaje que le permitía subir, bajar y girar en redondo. Retiramos, desenganchándola, la tapa de la escotilla, que guardamos dentro, bajo unas lonas, y entonces pudimos sacar las cabezas, cada uno por cada lado, y respirar aliviados. Había allí una banqueta plegable —como los transportines usados en los grandes coches de esa época— donde el sargento me indicó que me sentara mientras él se acomodaba, casi echado y de medio lado, sobre aquel mullido montón de lonas.

Unos minutos más tarde comenzaron a chisporrotear los motores, primero uno, luego el otro y tras un corto tiempo de calentamiento y verificación sonora de su rotación y regularidad, el mecánico —que había quedado fuera— soltó la amarra, con su boya, y comenzó la aceleración de los motores y un ligero movimiento de translación del aparato. Algo más acelerado, el hidroavión navegó pocos minutos hasta situarse en el centro de la bahía de Pollensa, de cara a la brisa, que rizaba suavemente la superficie del mar, y con súbita y altísima rotación, a toda fuerza, comenzó la carrera en busca de sustentación, y luego el despegue y vuelo.

Cielo azul, límpido —tan usual en esas islas paradisíacas—, vuelo apacible, visibilidad casi hasta el infinito, ruido alto pero reconfortante de los motores; en fin, aquel «castigo» iba a ser la mayor diversión de mi vida, salvo por la sor-

presa de nuestro primer vuelo anterior, de Ibiza a Mallorca (véase el primer episodio), que sólo duró veinte minutos.

Volábamos sobre el mar. El sargento en su rincón dormitaba y parecía no tener ganas de hablar. Mar azul, mar azul de no acabar. Comenzaba a aburrirme un poco. Hice estimativas mentales para adivinar nuestra dirección de vuelo. A la derecha..., nada, mar azul hasta perderlo de vista. A la izquierda, nada, mar azul también hasta perderlo de vista. Pensé que íbamos hacia el sur. Si fuésemos hacia la derecha, en dirección oeste, ya se vislumbrarían las costas de la Península. Hacia la izquierda, en dirección este, naturalmente, no habría nada a la vista, sólo mar... Eso debía de ser en dirección sur. ¿Y por qué? ¿Marruecos? ¿Argelia? Estaban lejísimos, serían horas de vuelo a esa velocidad... Miré el reloj: casi ya dos horas y en línea recta sin nada a la vista. Más media hora... Me pareció que enfrente, en la dirección del vuelo, parecía avistarse en el horizonte algo como una línea más oscura. Parecía tierra. Más cerca y más cerca ya no era una impresión. Era una realidad. Una costa cuyos contornos ya se adivinaban.

Nos acercábamos más y más. Ya se distinguían líneas de edificios, una montaña, detrás, no muy alta, pero salpicada de casas y, en lo alto, algo que parecía un amontonamiento de edificaciones. Más cerca aún, un puerto, muelles, un centro muy edificado de donde partía una rampa junto a la línea del mar, construida sobre grandes arcos y que parecía ser la vía principal de comunicación de la zona baja con otros barrios más altos. ¿Dónde había visto eso? ¡Toma! ¡Claro! ¡Eso es Argel, no hay duda! Además, lo había visto en un film reciente...

Llamé al sargento dormilón y le hice una señal para que mirase abajo, a lo que se veía delante. Se levantó, miró en varias direcciones y luego me soltó: «Cartagena». Se echó

de nuevo. Pensé que quería asustarme, que debía de ser parte del castigo y que estaba todo amañado con los oficiales.

En efecto, Cartagena (bien defendida con artillería antiaérea) era el puerto de la Península donde preferentemente (por su equipamiento portuario) se descargaba el material de guerra destinado a los rojos. Los barcos hacían una escala para reorganizarse y, de noche, en convoy de varios, pasaban de Orán, Argel, o algún otro puerto africano, a la Península, directo a Cartagena, donde se procedía a su descarga.

Ante su sorpresa le repliqué al sargento: «¡Qué Cartagena ni qué niño muerto! Eso es Argel, estoy cansado de haberlo visto en fotos, en el cine (aquel film francés con Charles Boyer haciendo de mandamás del *souk* en el papel de Pepe le Moko con su fez en la cabeza, chilaba y babuchas)». Tantas otras imágenes en tarjetas postales, noticiarios cinematográficos de la EFE o la UFA, donde siempre se veía la rampa de subida partiendo del puerto de Argel. No había duda, habíamos volado directamente hacia el sur desde Mallorca a la costa africana —alcanzada precisamente frente a Argel—, y ya entendía la razón: por la izquierda, y por tanto por el este, se veían venir numerosos buques cargueros, uno tras otro, a distintas distancias entre ellos, pero todos acompañando la línea de la costa.

A cada barco que divisábamos, nuestro hidroavión bajaba de altitud y se acercaba a él de tal manera que permitía adivinar un nombre, en la proa, los colores de la chimenea, la bandera enarbolada en la popa, donde otra vez se veía el nombre y el puerto de registro, cosa que si aún estábamos lejos para poder leerlo a simple vista, podría ser fácilmente descifrado por medio de los prismáticos de largo alcance como los que usaba el piloto de la izquierda, a quien se oía dictar

esos nombres, bandera, tonelaje estimativo del barco observado, etc., a través de un micrófono de un sistema de transmisión por radio cuya recepción se hallaría en la Jefatura de Aviación en Palma.

Nuestro vuelo siguiendo la costa, con sus respectivas aproximaciones a cada buque, duró hora y media, si no más, y los barcos inspeccionados ya sumaban diez, doce o más, y habíamos observado banderas de varios países: rusas cinco o seis CCCP (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) rojas, con la hoz y el martillo cruzados, en amarillo. Otras griegas, francesas, italianas, turcas, inglesas; en fin, de todo un poco. Eso no significaba que fuera todo material de guerra para Cartagena, pero los barcos soviéticos, sin duda, sí lo eran, y quizás alguno griego o turco. El sargento salió de sus lonas y asomó la cabeza por el lado opuesto al mío, echando una mirada circular al panorama: «Qué, ¿te gusta?». Comprendió que yo ya había entendido de qué trataba el viaje y no intentó seguir asustándome con Cartagena u otras invenciones: «Esto lo hacemos dos o tres veces por semana. Vamos hasta el cabo Bugaroni y de allí volvemos. Serán casi otras tres horas de vuelo. Más tarde, en un mapa grande que abarcaba desde Italia hasta Portugal, tracé nuestro itinerario y, efectivamente, allí estaba el tal cabo (Bougaroune, en francés) sobre el que habíamos dado la vuelta.

Cenamos, tarde, tras un buen descanso, y se comentaron casualmente esos viajes, y me explicaron que las indicaciones así recogidas seguían al Estado Mayor, donde se tomarían medidas adecuadas y podrían estimar, según la cantidad de buques entrados en Cartagena, con qué medios y cuándo se prepararía una contraofensiva roja. Los oficiales bromearon conmigo: «¿Qué te creíste, ¿que íbamos a Cartagena?». «¿Te gustó

el paseo o tuviste miedo?» Les expliqué que al saber que íbamos directos hacia el sur, sin ningún desvío hacia el oeste, no podía tratarse de Cartagena. Conté lo fácil que me resultó reconocer Argel gracias a las imágenes y los films vistos, y que enseguida comprendí la ruta y el objetivo del vuelo. Entonces me contestaron: «No seguirás contando que la Aviación Española no hace nada, ¿eh?». Algunos rieron, otros me miraron severamente y por fin todo quedó en paz. Y a la cama.

La madrugada siguiente realizamos otra «operación» de bombeo de combustible y después entendí que mi «castigo» había terminado. Por la tarde, algunos de los oficiales disponibles, andando por la terraza o echados en tumbonas, me saludaron con simpatía y se despidieron. El de mayor graduación me recomendó tener cuidado, pues, decía, era un tiempo muy delicado el que estábamos pasando, cuando todo era sospechoso y se «veían» espías a cada esquina. A ver si no te metes en otra y nos vemos, quizás, un día en Palma.

De vuelta al hotel, mamá me recibió sonriendo y me recomendó tener cuidado, mientras me aseguraba no haber tenido preocupación por mí, pues ya le habían contado la cosa. Por Jorge, que se ocupó de indagar sobre mi desaparición durante unos días, se enteró de que el comandante Noriega se comunicó con el Jefe de la Falange Española, marqués de Zayas, y, a través del número de mi reciente inscripción en Falange, además del nombre, parece que Zayas (que era amigo personal de papá, conocía a Jorge y había sido presentado también a mamá en el Hotel Mediterráneo) soltó una carcajada y le aseguró a Noriega que yo no tenía nada de espía, ni de derrotista y menos aún de comunista. Él mismo conocía a mis padres y podía garantizar que aquello había sido una simple bravata de un chico quizás impresionado por la ayuda italiana, además de imprudente y parlanchín. Parece que Noriega cam-

bió de opinión, y en lugar de un castigo «real» (días de cárcel, amenazas oficiales u otra cosa) se le ocurrió hacerme convivir con las operaciones que nuestra aviación realizaba, y con ello hacerme tragar lo dicho en Tito's, así como darme la medida de la prudencia que la situación requería.

Se me ocurrió que, ya que estaba en Falange, por lo menos debería vestirme con ese uniforme, que, digo de paso, me parecía de mal gusto y algo siniestro, pues predominaba el negro, y constaba de gorrito, pantalón, correa, zapatos y en el torso, la famosa camisa azul con sus emblemas bordados en rojo. El azul era de una tonalidad añil oscuro, inspirado en el tono de azul de los monos de trabajo de los obreros, ya que la Falange, pretendiendo ser un partido de corte popular, se había inspirado en ese color, usado por la gran masa trabajadora, que llevaba en esa época, como pieza entera, el «mono» sobre toda la ropa más ligera, y cuyo objeto era poder ser ensuciado en el trabajo.

Los bordados en rojo sobre la camisa y el gorro, además del negro del pantalón y correa, eran los colores del sindicalismo y la revolución también utilizados por los partidos revolucionarios, tales como la FAI, el POUM, la CNT, etc., en sus banderas y símbolos.

Pero nadie creía mucho en la vocación operaria de la Falange. Sus principios y su «carta de trabajo», su tipo de organización, sus gritos de orden, su vía política, etc., olían al fascismo italiano, y atraían a jóvenes más bien que entendían la llamada del socialismo hacia la izquierda, que muchos estimaban eran cambios necesarios, pero, esto sí, dentro del orden, la disciplina, la fe en la doctrina y en el futuro del país, con visos nacionalistas en contraposición con el internacionalismo propio del movimiento socialista europeo.

Una observación a posteriori: sólo se puede evaluar la historia reciente; éramos todos demasiado jóvenes para saber juzgarla en esa época posterior a la Primera Guerra Mundial, cuando el socialismo internacional se desvaneció rápidamente al calor del viejo patriotismo de cada país a la primera llamada a las armas y movilizaciones generales (1914) decretadas por Rusia (zarista aún), Austria-Hungría, Alemania, Francia, Italia, Inglaterra, en fin, toda Europa. Terminada la guerra y abiertas las negociaciones del Tratado de Versalles, al conocerse los grandes cambios que modificaban el mapa de Europa (el tiempo demostraría que para peor), emergieron las nuevas ideas a las que, pretendiendo seguir la línea socialista, tuvieron que darle la vertiente «nacionalista» propia de cada país. Italia, la primera, inventó el fascismo (en 1923 más o menos), y unos años después, Alemania (cerca de 1930) siguió la solución italiana, con modificaciones apropiadas a su carácter y formación social, inventando el nacionalsocialismo, o sea, ambos socialismos autóctonos, sin visos de internacionalismo alguno.

El éxito y el apoyo de las masas obtenidos por estas nuevas doctrinas político-económicas no podían dejar de repercutir en España, donde tímidamente comenzó la idea de un partido político aún de mayor reclamo que el socialismo, el nacional-sindicalismo, teóricamente el movimiento más a la izquierda y más socialista de todos, con su ala semimilitar: Falange Española de las Juventudes Ofensivas Nacional-Sindicalistas (con pretensiones de dominar el escenario político de España y convertirse en partido único, como los existentes en Italia y Alemania).

España llegó tarde (1933-1935) con José Antonio Primo de Rivera, un señorito de buena familia, como fundador de un

partido social-sindicalista que se encontró sin espacio político, desde hacía tiempo ya tomado por los movimientos de izquierda tradicionales, consolidados durante la Segunda República.

La Falange tuvo poca repercusión, y sus adeptos no pasaron de una minoría inexpressiva, escasos intelectuales de cierto peso político, un pequeño número de actantes entre la juventud estudiantil, cuya mayoría eran meramente simpatizantes, y algunos llamados «pistoleros», que, reclutados en el hampa, eran, por oficio, los únicos capaces de cometer atentados y cobrar por ello.

La insurrección militar de julio de 1936 y su rápido éxito inicial llevó a la Falange a sumarse incondicionalmente al Movimiento, cuyos altos mandos le dieron calurosa acogida, ya que ello significaba futuros contingentes de tropa, además del apoyo político de una «izquierda» amansada, nacionalista y joven.

La verdad era que ninguno, o muy pocos, de los jefes militares de renombre había oído, o sabido, qué era esa Falange que les caía entre los brazos. Bastaría exaltarla, repetir sus eslóganes, saludos, gritos de orden, repartir camisetas azules, gorritos y símbolos, abandonando todo eso de «nacional-sindicalismo» y otras pretensiones político-doctrinarias ni siquiera ensayadas en España.

Necesario, sí, era absorber esa masa maleable, convertirla, darle una dirección y llevarla hacia el objetivo de eliminación de los vasos conductores al comunismo. Acabar con todos aquellos partidos y grupos, cuya existencia se justificaba por la implantación de la revolución proletaria y tomada del poder en busca de un sistema como el del régimen instalado en la Unión Soviética, o una copia.

Tras esta digresión retomo el hilo del cuento. Por no tener casi otra ropa pasé a usar sólo el uniforme, flamante, de falangista durante otros dos meses, y conocí a familias mallorquinas de abolengo y nos hicimos (mi hermano y yo) muy amigos de los Cotoner. Esta familia descendía de uno de los caballeros de la Orden de Malta (orden religioso-militar compuesta por miembros de varias nacionalidades que guarnecía y defendía la isla de Malta, utilizada como etapa de apoyo para los cruzados, su abastecimiento, hospitalización, refugio, etc., cuyo papel principal era la defensa de la isla, varias veces atacada por los turcos y nunca tomada gracias a la bravura de sus defensores).

Existe, aún hoy, una masiva fortaleza a la entrada del puerto de la ciudad de La Valeta, llamada La Cottonera, precisamente porque allí, durante siglos, se almacenó el algodón procedente de Egipto (en árabe, *al-katun*, de ahí algodón, o bajo el dominio veneciano, *cotone*). Un antepasado de la familia Cotoner había sido uno de los guerreros españoles defensores de Malta ante el más violento asalto turco, el último y también fracasado. Años más tarde, bajo el dominio español del Mediterráneo y la destrucción de la flota turca en Lepanto, terminó el poder marítimo otomano. Alguno de esos Cotoner abandonaron Malta y se instalaron en Mallorca, dando origen a la dinastía de varias generaciones de Cotoner mallorquines hasta nuestros tiempos.

Además de los padres —cuyos patronímicos ya no recuerdo—, cada uno de los hijos varones tenía un título nobiliario, pues, al parecer, hubo antepasados que, en cada generación, se distinguieron por algún hecho de armas o servicios prestados a las casas reales. Si bien recuerdo, Nicolás era conde de Tendilla, apodo que le fue dado por haberse instalado en una pequeña tienda de campaña, armada para

él, justo en frente de la gran tienda de campaña erigida para los Reyes Católicos y su séquito, durante los doce años que duró el sitio de Granada, último baluarte moro. Otro hermano era marqués de Mondéjar y fue escogido como preceptor y acompañante del rey en sus estudios a lo largo del periodo de preparación para asumir la corona a la muerte de Franco.

El que era nuestro coetáneo, compañero y amigote de todos los días era Alonso, un chico muy ocurrente y simpático (también él con un título rimbombante: marqués de Villamayor de las Ibernias; ¿dónde estaría eso?) con quien íbamos casi diariamente al bar-restaurante Formentor, donde, a la hora del aperitivo, caían las chicas de nuestra edad, se flirteaba con las escogidas y se acordaban idas al cine o paseos o tés para la tarde o en casa de alguien. Coco, con su facilidad innata para el dibujo, se divertía caricaturizando a los más asiduos o a los personajes característicos, como los dos Torre-Saura y su hermana María Dolores, chistosísima, mordaz, siempre acompañada de su perrito *Carlos Federico Kröne*, tal como lo presentaba a la gente. Las caricaturas de mi hermano eran disputadas y pasadas de mano en mano... Por las noches, el Tito's era el punto de atracción y allí, nuevamente, nos reencontrábamos, quizá, con los de nuestra pandilla o con otros nuevos.

Viviendo así el día a día con el poco dinero que mamá nos proporcionaba, me preguntaba cómo se las arreglaba ella para disponer de dinero (poco, pero al parecer suficiente) para ir tirando. Yo sabía que, en efecto, ella tenía una antigua cuenta en el Banco Hispano-Americano, en Barcelona, donde se le devengaban los réditos de acciones, valores, etc., cosa que ella misma nos comentaba a veces, todo producto de la herencia de su padre. Pero yo me preguntaba cómo podía con-

tar con recibir ese dinero, pues se sabía que los bancos en zona roja tenían orden de bloquear las cuentas de quienes no habían justificado su presencia hasta una fecha determinada, y éstos eran precisamente los que estaban en zona nacionalista o habían huido al extranjero.

A regañadientes, mamá nos contó —bajo promesa nuestra de absoluto silencio— que entre los papeles heredados había una parte invertida en Argentina, en Chile, acciones de minas de estaño en Bolivia, etc., producto de inversiones hechas por su padre, que, por conocer Latinoamérica, donde había conseguido una regular fortuna, en Cuba, emigrando a los dieciséis años como voluntario en la primera guerra de insurrección cubana —que fue sofocada— le permitió que a su término, él, junto con sus tres o cuatro hermanos Veiga y Gadea (familia numerosísima de San Vicente de la Barquera, provincia de Santander, limítrofe con Asturias), montasen un negocio de exportación para España (cueros, cacao, azúcar, café, etc.) e importación de tejidos, calzado, guantes, mercería en general al por mayor. Dada su experiencia personal de Latinoamérica le gustaba colocar dinero en esos nuevos países, pues tenía mucha fe en su futuro crecimiento económico.

Gracias a ello, y por mediación de un mallorquín (rico armador de una flota de cuatro o cinco fragatas, aún a vela, que negociaba por el Mediterráneo) que presentaron a mamá secretamente, podría sacar dinero de Argentina y Chile y entregar el equivalente en pesetas nacionales, diferentes de las emisiones de la República que seguían de curso legal en la zona roja.

Mamá tuvo que firmar (con cierto recelo) algunas cartas, autorizando al señor tal —no recuerdo su nombre— a llevar a cabo la operación que ella misma no sabía cómo ni por

qué conductos sería concluida. El hecho es que a los veinte o treinta días, este señor entregaba a mamá un fajo de dinero —descontada su ganancia en la operación— del que no revelaba su monta. El tiempo en que nos instalamos en Palma fue varias veces financiado mediante este sistema.

Tras uno o dos meses de buena vida llegó el momento de cambiar por algo más serio. Coco consiguió en la Falange, adonde también se había afiliado en grado de alférez, un puesto en la batería antiaérea que defendía el puerto de Sóller, en el norte de la isla, zona de entrada de los probables ataques aéreos procedentes de Barcelona u otras bases enemigas con el principal objetivo de destruir, o dañar, la base naval construida al abrigo de una de las paredes rocosas (la de la derecha), que, como gigantescas pinzas, cerraban la bahía de Porto Sóller (nombre derivado precisamente de la forma de una olla de la bahía, en mallorquín *sa olla*), dejando un estrecho pasaje de mar entre ambas masas rocosas.

Coco pasó toda la guerra al mando de esa batería, encargándose de su manutención y de los eventuales disparos de entrenamiento. Cada par de semanas venía a Palma, donde pasaba los fines de semana renovando sus conquistas y amistades y descansando en el simpático apartamentito que mamá había alquilado en lo alto del Terreno —subida al medieval castillo de Bellver—, donde podíamos desayunar sobre la terraza con su maravillosa vista sobre toda la bahía y ciudad de Palma, servidos en vajilla rústica mallorquina con sus pinturas artesanales.

Así pues la guerra de Coco fue para lamentarse. Salvo cuatro o cinco *raids* aéreos sobre Sóller anunciados por la pequeña estación de radio, y la excitación de tener que preparar los cañones a toda prisa, dispararlos, recargarlos, etc, el resto del tiempo lo dedicaba a jugar, bromear, dormir, a los

turnos de guardia, etc., y a esperar los fines de semana en que le tocaba permiso para salir a pasarlo cómodamente en casa con mamá. Además de todo esto, cobrando puntualmente su sueldo de alférez, que era bajo pero suficiente.

Mi destino sin embargo fue algo peor: la convocatoria de mi «quinta» para el servicio militar. El día de mi cumpleaños (veinte años, 2 de enero de 1937) tuve que presentarme a revisión (examen médico, peso, altura, instrucción, etc.).

Ante mi sorpresa, fui aceptado e incorporado al Arma de Aviación, pues me sentía de algún modo más vinculado a ésta que, por ejemplo, a la infantería u otra cosa. El día determinado me presenté en la Jefatura de Aviación —donde otros ya hacían cola— y recibí el uniforme: pantalones tipo *breeches*, calcetines de lana gruesa hasta la rodilla, todo en azul marino, botas negras bajas que cubrían sólo el tobillo, un par de guantes negros y un ancho cinturón en cuero negro que se cerraba bajo una ancha hebilla de latón con el emblema, en relieve, de las alas y una hélice en el centro.

Una orden escrita me indicaba el día en que debía presentarme, uniformado, en el campo de aviación de Son San Juan, al que se llegaba por autobús, y presentarme al oficial de día.

Me interesó llegar a ese destino y observar una sola pista asfaltada, algunos caminos laterales en tierra para maniobras de los aviones y una decena de ellos repartidos por el campo, estacionados, cada aparato vigilado por un soldado equipado de fusil y cartuchera, generalmente abrigándose bajo la sombra de un ala.

Circunscribiendo el espacio rectangular destinado a los aviones y sus maniobras, se situaban los alojamientos de la

tropa, a una prudente distancia, cuyo aspecto era el de un *kraal* africano: abrigos redondos cuyas paredes alcanzarían la altura de los hombros, y, por techo, unas gruesas cubiertas de lona impermeable en forma cónica sostenidas en el centro por un grueso y tosco palo de madera. Las lonas, compuestas de segmentos triangulares formando la cúpula, iban cosidas en formato radial y convergían hacia el centro. Unas aberturas distribuidas alrededor del «cucurucho» permitían la ventilación y podían abrirse o cerrarse (por fuera) con otros pedazos de lona que se enrollaban o desenrollaban según la necesidad. Catres simples, en posición radial, con sus mantas dobladas bajo las almohadas y unos ganchos en el poste del centro —a guisa de perchas— componían el habitáculo. Las pocas ropas o botas, cada uno se las acomodaba como podía debajo del catre. La cuestión de higiene, duchas, lavabos, letrinas, se resolvía a una cierta distancia, al aire libre, entre un juego de «biombos» de tablas y algunos grifos, sólo de agua fría, que surgían del suelo en posiciones equidistantes.

Tuve que presentarme al sargento Rodríguez, andaluz, bonachón, presumiendo de su mando, mal parlante (le gustaba repetir que cualquier forma de infracción del reglamento era un «delito» punible), quien me designó mi cabaña y mi catre.

Esa primera noche dormí como un bendito, tan excitado y cansado estaba por ese primer día de soldado raso. Casi ni oí el famoso «toque de diana» soplado por estridente corneta que hacía el papel de despertador. Miré mi reloj de pulso (que no me quité por precaución, pues no sabía qué tipo de gente eran mis compañeros de tienda). Eran las 5.30 y apenas comenzaba a clarear.

Al toque de diana reconocí el estribillo: «Quinto requinto de mi batallón./ Tira de la manta y ponte el pantalón./

Tira de la manta, tira de la manta./ Tira de la manta y ponte el pantalón».

El sacrificio de levantarse, el frío del agua para apenas lavarse uno la cara y mojarse el pelo para poder peinarse, en fin, todo me recordó esos tres años alternados que pasé, igual que Coco, internado en el colegio Bonanova, a nuestra vuelta de Cannes, para comenzar el bachillerato mientras mamá decidía hacer, de tanto en tanto, prolongados viajes (Nueva York, París, Santiago de Chile, etc.).

La vida entró en la más tediosa rutina: guardia junto a aviones, llevarles o traerles cosas a los pilotos, empujar, haciéndolos rodar, tambores de gasolina con el fin de acercarlos a los aviones para el *rifornimento* de combustible a las salidas del vuelo (aviones italianos, trimotores, de básicamente dos marcas, creo, Marchetti, y otros con motores Maserati). Había algo al fondo de la pista: dos cazas, biplanos, monomotores y monoplazas que parecían juguetes, de tan bonitos y cuidados que estaban. Eran dos CR.20 (Caccia Rosatelli, nombre de su proyectista y número de serie), que, en todo el tiempo que pasé en Son San-Juan, volaron pocas veces sólo para ensayos y verificación de su aprontamiento en caso de alarma. En mis cortos contactos con los pilotos me solté a chapurrar el italiano que había oído durante nuestra estancia en el Hotel Mediterráneo y hablado con Cirelli y otros de los pilotos que allí se alojaban, a quienes encontramos a veces en la terraza tomando su café o refrescos. (Allí comenzó mi italiano, luego lo practiqué en otras circunstancias y, por fin, con los años, llegué a hablarlo con la misma soltura que el español.)

Tras unos meses en ese aburrido servicio, amenizado por algunos permisos de salidas en los que me alojaba en el pisito de mamá, veía a mi hermano y todo el grupo de amigos

y mis *flirts* preferidos, y fui haciéndome a la idea de que me era muy difícil esa convivencia superficial con los muchachos de tropa del campo de aviación (no se lo llamaba ni siquiera «aeropuerto»), la mayoría de los cuales eran campesinos mallorquines, muchos de ellos sólo hablaban su dialecto y pocas frases mal hechas en español. Por la noche, todos aquellos pares de pies exhalaban olor de queso rancio, repugnante, que ni siquiera podía evitar, y debía taparme la cara bajo la sábana (traída de casa, pues el equipo de esas tiendas era sólo la manta y la almohada).

Comprendí que el concepto tan de moda de «igualdad» social no funcionaría mientras hubiese pies perfumados, por un lado, y pies pestilentes por el otro. Tenía que salir de ahí, lo que sería posible si hacía un cursillo para oficial, aun arriesgando que ello me llevara al frente, al centro de la guerra.

Por otro lado, dadas mis ideas y convicciones totalmente favorables al Movimiento, mi fe y esperanza en Franco, con aversión y miedo a todos esos extremos de la izquierda fraccionada en multitud de partidos, desde los anarquistas a la izquierda filosófica, pasando por el marxismo, el estalinismo, el trotskismo, La Pasionaria, el comunismo a la española, las peleas internas, las barbaridades cometidas, los fusilamientos de personas conocidas, los saqueos, las bandas armadas sueltas por las calles, en fin, todo eso acabaría con la victoria nacionalista y no me desagradaba poder contribuir, desde el puesto un poco más alto de oficial, al esfuerzo destinado a ese fin.

Averiguando qué vía y cómo conseguir incorporarme a una de las tres o cuatro «academias» habilitadas en Burgos para impartir esos cursos (dos o tres meses y tener como condición el bachillerato completo como en mi caso), aca-

bé enterándome de que las Baleares caían bajo la jurisdicción de la academia de Dar Riffien, en Marruecos, cerca de Tetuán.

Cumplidas ciertas normas burocráticas (solicitud escrita y sellada a través de la propia Jefatura de Aviación, pedido aprobado y refrendado por la misma), se me ocurrió que quizás el propio Noriega había visto y dado curso a mi solicitud, y tras casi un mes de espera, me llegaba el aviso de que había sido aceptado y debería presentarme en el cuartel de la Legión Extranjera en Dar Riffien antes del 1 de septiembre de 1937, fecha en que comenzaría la última promoción del año con una duración de tres meses. Me avisaban también que quince días antes debería pasar por las oficinas de la Lati, en Palma, presentar una identidad y retirar el billete aéreo Palma-Ceuta que estaba a mi disposición.

Esta noticia me infundió ánimo para seguir esperando casi dos meses más y preparar las cosas con tiempo; entre otras, hacerme, en una sastrería militar, un buen capote caqui, grueso y holgado, para soportar el invierno en previsión del frío que podría pasar al descampado, con nieve quizá, según dónde fuera mandado con mi unidad, por ejemplo, las tierras altas del frente de Teruel (me imaginaba). También tuve tiempo para, en permisos sucesivos de salida, pasar más días en Palma, en casa, e ir despidiéndome de amigos, del bar Formentor y su simpática fauna, chicas queridas, los Cotoner y familia, etc.

Y llegó el día: retiré mi billete aéreo, preparé una maleta con poca ropa —lo esencial— y al día/hora de la partida, con la compañía de mamá, que me acompañó para un último adiós, crucé la escalera móvil que llevaba del muelle al avión —éste fuertemente amarrado a tierra por sus flotadores— y tomé asiento, donde me indicó uno de los tripulan-

tes, que me ayudó a colocar la maleta en un enrejado alto con escaso espacio entre éste y el techo.

Tras diez o quince minutos para los últimos preparativos y el desamarre del hidroavión, acoplamiento de lancha remolcadora que desplazó el aparato hacia el centro del puerto mientras los motores ya comenzaban a ronronear, subió de diapason el ruido y la rotación de las hélices hasta tomar el avión una velocidad creciente y obtener sustentación y elevación paulatina.

Nuevamente pude observar desde lo alto la geografía de la bahía de Palma, la ciudad, las avenidas, el castillo de Bellver en cuyas proximidades se situaba el pisito de mamá y, nuevamente, me encantó ese paisaje y la belleza de esa isla que iba esfumándose en el horizonte dejado atrás.

El vuelo, a poca altitud y lento, se tornó monótono, lo que hizo que en poco tiempo hubiese ya visto las revistas a mano y leído algunos diarios en italiano y español. Mentalmente tracé el curso del vuelo: como en la experiencia del «castigo» no había costas a vista hacia el oeste —la Península—, lo que, pensé, era una medida de prudencia para evitar encuentros desagradables con cazas «rojos» (ya se sabía que los MiG rusos llamados «ratas» estaban actuando), de manera que, ciertamente, volábamos hacia el sur, o sea, de nuevo hacia la costa africana. Esta vez, no saldríamos frente a Argel por innecesario. Bastaría encontrar la costa más adelante, sobre Melilla, ya en territorio del Marruecos español...

Pasaron dos horas más y, por fin, avistamos tierra por el lado izquierdo. En frente estaba el oeste. Volamos siguiendo la costa y, en cuestión de poco tiempo más, vi una playa bastante larga que identifiqué enseguida. La playa de Alhucemas, que, por la historia reciente, sabía que fue el fin de nues-

tra guerra de Marruecos gracias a la estrategia militar del entonces general en jefe Primo de Rivera, que puso en ejecución un masivo desembarque en esa playa, con lo que dividió Marruecos en dos partes y luego pudo ir avanzando, desde ese centro, por un lado, hacia Melilla, y por otro, hacia Tetuán, impidiendo así la reunión de los rebeldes, más concentrados, en cada lado, de formar una sola fuerza de mayor poder ofensivo. Abd-el-Krim comprendió enseguida que estaba perdido y abandonó la lucha.

En media hora más avistábamos Tetuán y luego Ceuta, donde nuestro avión tomó agua y terminó el viaje. De Ceuta a Tetuán fue cosa de cuarenta y cinco minutos de autobús, que paró en el arcén, un poco sobre la derecha de la carretera, para que pudiera bajar al pie de una ancha escalinata. Por ella se transponían los cinco o seis metros de desnivel de la suave pendiente que, desde la carretera, alcanzaba el nivel de la gran construcción, en cuya entrada, en una amplia arcada, rezaba: «Dar Riffien» y en otra línea: «Legión Extranjera» y, por encima, siguiendo la curvatura del arco: «Todo por la Patria».

Atravesé la pomposa aunque sobria entrada, y un centinela, apostado al lado de un pasaje lateral, a la derecha, me indicó el despacho del oficial de día, al cual me presenté con documentos *ad hoc* emitidos por la Jefatura de Aviación de Mallorca, y que atestiguaban mi condición de postulante para cursar la preparación a oficial (en su grado inicial de alférez «provisional», pues lo era sólo para el periodo necesario hasta el fin de la guerra).

Me informó el oficial de día, con más años y capitán de carrera, que me asignaba a la promoción que comenzaría el 1 de septiembre y terminaría el 30 de noviembre de ese año

1937. El mes siguiente, diciembre, estaba destinado a limpieza general, reorganización y preparación para la próxima promoción. Entendí así que el año comportaba tres promociones de tres meses, con un mes de intervalo entre una y otra, para la manutención de dormitorios (colectivos), salas de refección, gimnasio, baños colectivos, patios de recreo, etc., y también supe que las promociones podían constar de entre doscientos y trescientos alumnos (llamados cadetes, para conservarles su aspecto militar), procedentes de toda España (del bando nacional, lógicamente) y de cualquier arma o empleo en que el soldado o suboficial estuviese antes sirviendo.

También me enteré de que en otros pabellones —algo apartados del núcleo central— vivían exlegionarios que estaban allí recluidos por causas de invalidez. Los había de varias nacionalidades, y muchos de los que salían arrastrando piernas o muletas, o sin un brazo o cicatrices que habían deformado sus rostros, eran sobrevivientes de la guerra y los combates, en los que la Legión Extranjera —fundada por Franco hacia 1925— había sido empleada a fondo, como también fueron los llamados «regulares» —tropa colonial compuesta de moros— desde el comienzo de la guerra, cuando fueron rápidamente trasladados en aviones y en cualquier tipo de barco, lanchas (lo que hubiera a mano), para desembarcarlos en Algeciras, Tarifa u otros puntos próximos.

Abro un paréntesis para aclarar que pocos años atrás (estábamos pasando un verano en Sotogrande), aprovechando la cercanía con nuestra hija Mónica, Zilda y yo queríamos visitar Tánger con algún *sightseeing* por los alrededores. La travesía desde Tarifa, base de los *ferry boats* a Tánger, fue de dos horas y cuarto, entre los dos puntos más próximos

entre las dos costas. Entre Ceuta y Algeciras, la distancia sería más corta y también el tiempo. Me hice estas reflexiones por estar precisamente en la zona donde imaginaba cómo habrían sido aquellos históricos días en que varios millares de hombres, con equipamiento, impedimenta, artillería de campaña, municiones, etc., cruzaron el estrecho e iniciaron la marcha sobre Madrid apenas pusieron pie en territorio peninsular. Cierro el paréntesis.

El cursillo —básicamente con asignaturas especializadas, orden abierta, orden cerrada, logística, estrategia—, con algunos ejemplos de hechos reales, varias maniobras de campo por los alrededores, descripción y nomenclatura del armamento reglamentario, ideas de tiro y somero cálculo de blancos de artillería de campaña, se desarrolló sin novedad (salvo, en mi caso, la desaparición de mi estupenda estilográfica Parker negra y dorada que algún «vivo» me pispó, pero de la cual no hizo uso, ya que, a pesar de mi vigilancia durante los deberes escritos, nunca vi a alguien usándola).

La comida era pésima y el agua contaminada, seguramente por la *Entamoeba histolytica*, como sugirió un médico al que visité cuando padecía una colitis que me acompañó todo el resto de la guerra y sólo conseguí tratar después, cuando recomenzó una cierta normalidad, ya en la posguerra, y aparecieron nuevos medicamentos y más específicos.

La guerra nocturna la teníamos, día tras día, con los chinches. Todos habíamos inventado estrategias de combate contra esos incomodísimos hematógafos, pero sin éxito. Mi invento fue el de colocar las patas (de hierro) de los catres (también de hierro y somier de tela de alambres como reja de gallinero) sobre las tapas de latas usadas de betún para zapatos. Las cuatro latas las llenaba de queroseno, una para

cada pata. Luego, con trapos empapados en el combustible, retorcidos a modo de mechas, venía el trabajo de levantar el colchón y recorrer con la llama todos los recovecos y escondrijos donde los chinches pasaban el día en espera de la comilona de la noche. Era frecuente encontrar así los chinches, pues al quemar se hinchaban y soltaban como un pequeño estallido. De modo que nos acostábamos pensando en que podríamos dormir tranquilos. Pero ¡de eso nada! En dos o tres noches, los chinches habían descubierto una nueva estrategia: subían por las paredes, andaban por el techo y se soltaban en la posición oportuna para caer encima del dormilón en su catre, que, al día siguiente, se levantaba lleno de ronchas y picazones, como si nada hubiese cambiado. Yo llegaba a embadurnarme con queroseno u otros productos que imaginaba repugnarían a los chinches, pero con poco éxito. Ése fue el verdadero martirio de ese cursillo. Nuestra falta de experiencia no nos hizo pensar que deberíamos presentar una reclamación formal y escrita al coronel —o quien fuera la autoridad del cuartel en ese tiempo—, para solicitar una desinfección general de los dormitorios. Y así nos pasamos los tres meses en lucha con los chinches y rascándonos como tontos.

En fin, teniendo todos los cadetes una instrucción básica parecida, el examen final fue un poco un «apaño». Nadie suspendió, todos aprobamos y obtuvimos el grado de alférez provisional.

A la salida me fue entregada una papeleta con el nombramiento y mi destino: «Presentarse hasta el día tal...», en el Estado Mayor del Ejército del Norte, en Zaragoza». Calculé que hasta el día en cuestión me daría tiempo para volver a Mallorca y pasarme una semanita en casa, ver de nuevo a los amigos, etc.

Mi billete de avión —ya lo había observado— era de ida y vuelta. Supuse que era así en previsión reglamentaria para, en el caso de no aprobación, poder reintegrarme al servicio del que había partido.

Tuve que ir primero a Tetuán —donde estaba la oficina de la Lati— para la validación del billete, la reserva de asiento, etc., y con todo en regla, pasé el resto del día conociendo Tetuán con sus tres sectores: el europeo, el marroquí y el judío, alcanzables desde una plaza central, llamada la plaza Luneta, donde convergían, o de donde partían, tres calles, cada una con destino a su barrio. El sector europeo en nada se diferenciaba de cualquier barrio de ciudad provinciana conocida, dispuesto en forma de manzanas cuadrículas, una parte comercial con sus tiendas, restaurantes, etc., y el resto, una zona residencial con edificios de hasta cuatro o cinco pisos, aceras para peatones, en fin, nada exótico, salvo algunos transeúntes vestidos de marroquíes (babuchas, *djellabas*, turbantes en la cabeza) o alguna familia judía con las barbas, el sombrero y la levita del padre; la ropa recatada de la madre, negra o morado oscuro, y la hija con un mantito de color violeta, en forma triangular, cayendo sobre su espalda, bajo cuya punta aparecía otra que era la de la trenza atada con lacito negro o morado. El resto era de gente «normal» como en cualquier ciudad europea.

Sobre la plaza Luneta, en el ángulo formado por dos bocacalles, se veía un paredón con portal de acceso guardado por centinelas en ropas militares con detalles marroquíes, como pantalones bombachos, anchísimos, faja en la cintura (¿verde?), camisas también anchas con hilera de botones dorados, del cuello a la cintura, y en la cabeza un pequeño turbante del que sobresalían dos dedos de la punta, roja. Era el palacio del Jalifa, máxima autoridad provincial del reino

de Marruecos, o sea, según la administración propia, y con la que Francia y España trataban de amoldarse en sus respectivas zonas de influencia (protectorados en su inicio).

A la vuelta hacia Dar Riffien, en espera del día del vuelo, pude observar cuán complicado debería ser la convivencia de esas tres comunidades. Pasó el autobús, ya a las afueras de Tetuán, por un barrio, un descampado casi, donde, a escasa distancia uno del otro, se veían los tres mataderos. Me explicaron: el islámico, donde se sacrificaba el ganado para consumo de los marroquíes con ritos y sistema propios (cerca del mismo había un corral cercado con tablas donde las vacas y ovejas esperaban su hora), el judío, donde acudían los padres o ancianos de las familias para proceder al sacrificio en función de las necesidades de cada casa, con sus previas oraciones, ritos, verificación de la salud de cada animal (nunca cerdos, pero muchas aves); y, por fin, el europeo, que operaba como cualquier matadero de la Península. La falta de higiene en todos ellos era evidente: en las afueras, manchas de sangre, vísceras formando montículos donde los buitres se hartaban, también otras aves carroñeras sobrevolando alrededor, esperando su turno. ¡Un asco! En fin, se entendía que esta actividad «religiosa» no podía caer bajo una autoridad civil (que debería ser la española), y se dejaba hacer a cada comunidad lo que quisiesen.

Los viernes, día sagrado mahometano, se producía la salida solemne del Jalifa, sobre su caballo enjaezado, y cubierto con una capa blanca con capuchón en la cabeza, estribos de plata y guardia de honor en su séquito, que se dirigía a las oraciones en la mezquita.

Pensé que esos días sagrados parecían juegos infantiles: el Shabat judaico, con toda su tradición bíblica, pasaba

a ser nuestro domingo, para no caer en sábado y así marcar una diferencia y especificidad cristiana. El mahometanismo, llegó seiscientos años más tarde, buscó su «identidad» en el viernes, ya que el sábado y el domingo habían sido «ocupados».

Pasados dos días en Dar Riffien, fui esta vez a Ceuta para embarcar en el hidro de vuelta a Palma, desde donde éste completaba su viaje en Génova, o La Spezia, casi un barrio de Génova, con base aérea y naval.

Mi reaparición en casa —en Palma— fue una alegría y una sorpresa. Pasé esa semana, por lo menos, sin chinchas.

El próximo movimiento fue ir a Zaragoza en vuelo directo desde Son San Juan en uno de aquellos Junker 81 alemanes. Lógicamente tuvimos que volar sobre territorio rojo, con lo que nadie se inquietó a bordo. Estos aviones llegaban a volar a altitudes que los cazas ni soñaban alcanzar.

Mi llegada a Zaragoza fue ya de noche, creo que hacia las diez. Llevaba la dirección del Estado Mayor del Ejército del Norte en un papel, y así se lo indiqué a un taxista (con faros pintados de azul como otros vehículos y luces callejeras, pues Zaragoza se hallaba cerca del frente, estacionado a lo largo de río Segre y Lérida). Toda la ciudad y sus alrededores estaban en *blackout*.

En una casa algo a las afueras, el Estado Mayor de esa región tenía sus oficinas, y a pesar de la hora tardía había gente trabajando y altos oficiales del Estado Mayor; con fajas azules ciñendo su cintura (los generales las llevaban rojas), circulaban de una oficina a otra con papeles. Había pocas luces, bajas, sobre los despachos.

Un oficial me recibió y yo le mostré el documento recibido en Dar Riffien y confirmé el destino al Ejército del

Norte. Me ordenó que aguardara un momento y desapareció por una puerta. En pocos minutos salía y me acompañaba, cruzando esa misma puerta, ante la presencia de un general, que reconocí como el general Varrón, jefe militar conocidísimo por su campaña, desde el comienzo de la guerra, y de gran apoyo a Franco. Era uno del reducido grupo iniciador de la rápida subida hacia Madrid con tropas de la Legión y regulares marroquíes. El general se hallaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyado en el borde de su gran mesa de trabajo. Me hizo unas preguntas: si yo había estado en algún frente, qué experiencia de combates tenía, por qué había cursado en Dar Riffien y cuál era mi procedencia antes de haber sido enviado a ese cuartel. Yo comprendí que el general Varrón sospechaba que tenía frente a él a un neófito procedente de las Baleares, motivo por el cual había sido enviado a la academia de Dar Riffien.

De sopetón me preguntó si yo tenía algo que ver con el capitán Guillermo Vidal-Quadras. Al confirmarle que era mi tío, hermano de mi padre, acribillado a balazos cuando intentaba salir por la torreta de la ametralladora del tanque atascado que dirigía la marcha inicial en Madrid de aquellas famosas cuatro columnas (no recuerdo los nombres de sus jefes, Varrón me comentó que había conocido a mi tío Guillín —tal como lo llamábamos en casa—, y que fue una pena y una pérdida muy sentida por todos los compañeros, pues se le cortaba un gran futuro...

Creo que de este contacto el general Varrón sacó sus conclusiones: no podría mandarme a la Legión ni a otras unidades de mucha actuación y riesgo. Escogió, dentro de la 13ª División (la mano negra de renombre por su actuación y mayoría de tropas africanas), una unidad cuya exposición fuese menor y su misión más de apoyo que de ata-

que: la 4.ª Bandera de Castilla, de Falange Española. En un papel encabezado por el Estado Mayor me anotó unos datos y me dijo: «Encontrará usted esta unidad en el frente del Segre, a unos quince kilómetros al norte de Lérida. Buena suerte». Di mi taconazo, estreché la mano que me extendía, me puse el gorrito y saludé militarmente antes de dar media vuelta y salir.

Y aquí termino este segundo episodio, dispuesto a retomar el bolígrafo tras unos días de descanso y de preparación mental para acometer el tercer episodio, que se iniciará con mis primeros pasos en el frente y finalizará con la entrada de la 13ª División en Barcelona y la búsqueda de mi dispersada familia, de los pocos que quedaron en Barcelona, ya que la mayoría, los que tenían medios, habían salido, de un modo u otro, y tomado refugio provisorio en San Sebastián, Pamplona, Córdoba y la propia Mallorca.

Nova Friburgo, Brasil,  
marzo de 2006

**TERCER EPISODIO**

---

De 1938 a mayo de 1939

### **Comienzo de la «dégringolade» de la resistencia roja. Entrada en Barcelona**

Comienzo este episodio con un preámbulo, pues he notado, al escribir el anterior, que me dejé en el tintero, por no haber encontrado antes el espacio adecuado, relatar lo que sigue, que, insisto, vale la pena rememorar.

El crucero *Baleares* fue el segundo de esa misma serie, construido en El Ferrol junto con el *Canarias*, que se acabó antes y entró en servicio casi al mismo tiempo de iniciada la guerra civil. Al *Baleares* le faltaba poco para su término y puesta en funciones, cosa que ocurrió cinco o seis meses después, ya en plena contienda.

Durante la Segunda República, la Marina de Guerra española había sido reducida en parte por la retirada de buques obsoletos y en parte por las medidas políticas de gobiernos surgidos de las nuevas tendencias de las izquierdas (desde la filosófica a la comunista, pasando por el socialismo racional al más radical).

El constante temor por parte de la República de posibles avances de las derechas —casi la mitad de la población—, y la tradicional, aunque tácita, eventual oposición de las cas-

tas militares a cambios extremos conducentes a más huelgas, desórdenes, paros operarios y por ende daños a nuestra reciente industrialización, recortes legales al predominio de la Iglesia en la educación y manipulación de masas (crédulas por poco informadas)..., todo eso llevaba a la Segunda República hacia una legislación que tendía a la reducción de las fuerzas armadas. Teníamos un ejemplo en casa, donde tío Guillín (Guillermo Vidal-Quadras), capitán de artillería, se acogió a una nueva ley, donde se daba opción a los militares de poder retirarse, con cualquier edad, cobrando (creo) el 60 % o el 70 % de su actual sueldo. Esta medida indujo a muchos militares —básicamente los «no» republicanos, contrarios a la política en implantación—, a acogerse a esa ley y pedir el retiro. Con esto, la República se libraba de los opositores existentes en las Fuerzas Armadas, ganándose mayor fidelidad y el apoyo de los que permanecían.

Por ese principio mismo, siempre recelosa de la tradicional Guardia Civil, sabidamente gente de derechas en su mayoría y severos mantenedores del orden público, la Segunda República creó otro cuerpo, que le fue políticamente fiel, en paralelo a la Guardia Civil, y dirigida más a los centros urbanos y conflictos sociales del momento: la llamada Guardia de Asalto.

Galicia se había sumado desde el inicio al Movimiento, de manera que en los astilleros de El Ferrol, donde el *Canarias* y el *Baleares* estaban siendo construidos, no hubo paralizaciones ni disturbios; al contrario, se apresuraron los trabajos para terminar de equipar primero el *Canarias*, y acortar el tiempo de terminación del *Baleares*, aún en dique.

La Marina española había sido prácticamente paralizada en algunos puertos o bases, donde los buques fueron recogidos al perder su utilidad ante la falta de mandos.

Era cosa sabida —y tradición— que la oficialidad y los altos mandos navales formaban casi una casta, cuyos hijos entraban en las academias navales y los jóvenes graduados oficiales seguían su curso normal de promociones y escalafón en la carrera, llegando a ocupar grados superiores hasta el almirantado.

Al requerir, un arma técnica como la Marina, personal subalterno, también técnico (maquinistas, mecánicos, operadores de radiocomunicación, operadores de artillería, etc.), o sea, todo el conjunto de la tripulación bajo las órdenes y decisiones operativas de la oficialidad, no podrían ni tendrían capacidad estos subalternos (de empleo permanente o prolongado en esas especialidades de la Marina de Guerra) para determinar y ejecutar operaciones y movimientos de unas unidades navales sin un mando superior, tanto en cada buque como en el conjunto de la escuadra.

Y fue eso lo que sucedió: la marinería y los subalternos estaban despechados por un trato que juzgaban despótico por parte de esa oficialidad, generalmente miembros de algunas pocas familias cuyos nombres se sucedían en cada leva de nuevos oficiales, cultivando así la idea de que la Marina era una especie de oligarquía detentora de ese monopolio en el que sólo raras veces entraba alguien de fuera. Los subalternos sabían que siempre lo serían (aunque sus sueldos fuesen altos, en función de sus años de servicio), sin acceso al grado de oficial.

Por aquella época habían pasado en algunos cinematógrafos la película sobre la rebelión ocurrida en el acorazado *Potemkin*, de Eisenstein, uno de los primeros productores/directores (considerado genial en la época), que reproducía los malos tratos infligidos a la marinería por la oficialidad zarista, como comer un rancho de carne casi en pu-

trefacción. El pelotón de los sublevados era acorralado sobre cubierta y atado con gruesos cordajes. Entonces, el grupo de oficiales desenfundaba una ametralladora y amenazaba con disparar a esos hombres si no obedecían. Otros tripulantes, procedentes de otros sectores del buque, al enterarse del amotinamiento, tomaban las armas y subían a cubierta amenazando, a su vez, al grupo de oficiales. Hubo tiros, cuerpos caídos y, por fin, el esperado desenlace de la captura de los oficiales y su lanzamiento por la borda al Mar Negro, donde un público nutrido vitoreaba a la tripulación y los animaba a que desembarcaran al pie de aquella gran escalinata que descendía hasta el nivel del mar.

La escena final era la toma cinematográfica de esa ancha escalinata por cuya parte alta comenzaban a bajar tropas zaristas, viéndose caer hombres (naturalmente proletarios), mujeres, niños y cochecitos de bebés que saltaban de un escalón a otro o se volcaban. Parecía una terrible escena de acciones premonitorias de la revolución rusa que se avecinaba.

En España, o por mimetismo con ese film muy visto en aquel entonces o por inspiración colectiva autóctona, también muchos de los oficiales de la Marina de Guerra fueron echados por la borda vivos o previamente asesinados por las tripulaciones. Los buques entraron en puertos, o bases, bajo control rojo, y transcurrieron muchos meses antes de que volviesen a navegar...

Uno de los crímenes históricos imperdonables ocurrido entonces fue el asesinato del almirante que ostentaba el título de duque de Veragua, que era el único descendiente de Cristóbal Colón, creo que por la línea lateral de un hermano suyo —o hijo de un hermano— que, además, era un tranquilo alto funcionario, persona ya de edad, que ejercía funciones administrativas en el Ministerio de Marina y fue fusilado sin

más por poseer un título de duque (pese a que, como todos los títulos de nobleza, hubiese sido abolido por la República).

Abro paréntesis: en lengua rusa, «Potemkin» se pronuncia *Pátíómkin* (nombre del príncipe favorito en amores y gobierno de Catalina la Grande). Efectivamente, en ruso sólo se da sonido de «o» —por ejemplo «sol»— a la *o* que lleva el acento tónico. Las demás «oes», por deformación de la lengua (deformaciones existentes en otras lenguas por el uso popular), se llevan hacia «a». No una «a» clara, sonora y abierta, sino una «a» algo «sucia», o sea, como una «a» ofuscada.

Aprendí ciertas reglas básicas en clases de ruso que tomé (curiosidad) con una profesora de esa lengua y una gramática de ruso/español, clases que abandoné cuando en la lección 28 se empezaba con las declinaciones. Aquello ya se complicaba y no quería meterme nuevamente en la danza de las declinaciones como en mis tres años de latín. «*I had my fill of it.*» Cierro este extenso paréntesis y *Dosvidania* (*Dasvidania* = *au revoir*).

Así fue, pues, como el *Canarias* salió a la mar y entró por Gibraltar en poco tiempo e hizo una «limpieza» e infundió tal respecto que ninguna unidad enemiga se atrevió a salir a enfrentarlo. Estas noticias navales se sabían en Mallorca, pues a veces entraba algún *destroyer* o contratorpedero para reparaciones, y también porque principalmente nosotros mismos (mi hermano Alejo y yo) nos hicimos muy amigos del comandante del *Velasco* (Amaro Gómez-Pablos), que, de tanto en tanto, aportaba en Sóller o Palma para la necesaria manutención y suministros para la tripulación. Naturalmente, él, como marino, sabía lo que había pasado y cuántos colegas suyos habían sido muertos en la sublevación de la marina.

El *Velasco* era un *destroyer* de tamaño menor que los de serie, pero de máquinas afinadas que lo impelían a gran velocidad. Su misión era la vigilancia del espacio marítimo balear y la caza de cualquier buque sospechoso. La oficialidad era acogida en Palma con cariño y admiración, agasajada y recibida en las fiestas. Todos tenían la sensación de que en cuanto el *Velasco* estuviera por los alrededores, las Baleares estaban al resguardo...

Y de pronto, la tragedia, de la que supe los detalles, pero a la cual no asistí personalmente, pues estaba yo esos días en Son San Juan de servicio.

Al próximo permiso de salida a Palma, cuando volvía a ver a mis amigos, a mamá, etc., oí el relato de muchos que fueron testigos de aquel episodio. El *Baleares* —quizá por exceso de confianza de su mando ante el dominio que con el *Canarias* tenían sobre el mar peninsular y la conocida incapacidad de la escuadra roja— se había dejado emboscar (no recuerdo en qué área) por el único acorazado (creo), el vetusto *Jaime I*, armado, no obstante, con cañones de gran calibre y alcance que, de algún modo, se habían puesto en funcionamiento. Ese acorazado se apostó al abrigo de un cabo o perfil topográfico de la costa, lo que le permitió salir al encuentro del *Baleares* (que al parecer seguía rutinariamente cierto recorrido preestablecido) y, desde gran distancia, cañonearlo y herirlo de lleno en algún sector vital, llevándolo a su hundimiento, lo que comportó cierto tiempo, aunque muy corto.

La tripulación, tomada por sorpresa, no consiguió armar sus cañones y apagar algunos fuegos —alimentados por óleos inflamables—, y siguió órdenes de echar al mar las lanchas salvavidas, que comenzaron a alejarse del agonizante *Baleares* en cuanto muchos otros tripulantes se echaban al

mar y se ponían a nadar para alejarse del inminente peligro de las explosiones, fuego, etc. El óleo diésel y otros combustibles que flotaban sobre el mar —por más leves que fuesen— se esparcían también en una gran mancha de fuego que, rápidamente, alcanzó a los hombres que se debatían en el agua y a algunas lanchas repletas de gente, y, por fin, varias explosiones precipitaron el hundimiento del buque, donde un buen número de tripulantes quedaron apresados en puestos en los que se veían aprisionados sin posibilidad de salir a cubierta para lanzarse al mar, cosa que tampoco los hubiera salvado, ya que habrían caído en las llamas.

Creo que el *Velasco* llegó a tiempo para recoger muchos marineros, y las lanchas salvavidas que se dirigieron hacia el puerto de Palma trajeron a un buen número de ellos. Me contaron que el puerto se llenó de mirones en emocionado silencio, y de furgonetas, camiones, ambulancias, médicos y enfermeros de los hospitales en sus batas blancas, monjitas de la caridad, todos allí intentando ayudar, socorriendo de las lanchas a los que, quemados o mutilados, o incluso agonizantes, no podían moverse; en fin, una escena dantesca de horror y sufrimiento...

Pensé en mi amigo Sentmenat y dónde podría obtener noticias de su paradero, si pereció o se salvó y, en este caso, en qué hospital estaría. Pero no tuve tiempo material para buscarle. En Son San Juan habíamos oído noticias vagas sobre el hecho, y cuando obtuve mi permiso de salida y llegué a casa —y mamá me contó la tragedia— ya había transcurrido una semana, y me pareció inútil, en las pocas horas de que disponía, ponerme a recorrer los tres o cuatro hospitales de Palma (¿y cuántas clínicas o ambulatorios y centros de salud de barriada? era algo que requeriría dos o tres días enteros).

En esa semana ya no quedaban signos visibles de la trágica conmoción. Decían que muchos de los heridos y quemados habían sido evacuados en navíos militares hacia Sevilla o Cádiz. Algunos murieron y fueron enterrados en el cementerio comunal de Palma. Así que no quedaban más vestigios de aquella tragedia que los que permanecían en las mentes de quienes habían asistido al desembarque de tantos muchachos de rostros quemados, malheridos o agonizantes en la flor de la vida. Además me tocaba de cerca saber que la mayoría de esos marinos eran muchachos de buenas familias, voluntarios, y, como yo, alumnos o ex alumnos de buenos colegios. Qué desperdicio, pensaba yo, pero eso era la guerra. (¿No nos estaríamos pasando?)

Vuelvo al objeto de mis recuerdos: la designación de mi destino por el general Varrón. En cuanto me puse a estudiar un plano «logístico» para ir de Zaragoza hacia la margen derecha del Segre —dirigiéndome primero a Lérida— cambié de idea bajo una inspiración repentina: ¿quién controlaría mis movimientos? Nadie. ¿Quién me esperaba tal día en la plana mayor de la 4.<sup>a</sup> Bandera de Castilla? Nadie. Y si llegase unos días más tarde ¿qué pasaría? Nada. Así, maduré la idea de dar un salto, vía Burgos, a Lerma, donde sabía que tío Jorge trabajaba en la DNB (Agencia Alemana de Prensa) y a quien podría ver, pues desde su partida de Palma poco después de papá, quien, al parecer, le había procurado esa colocación, no lo había vuelto a ver.

Así que cambié mi logística, ahora en dirección a Burgos. No recuerdo exactamente cómo, pero, pasando de trechos en autobuses a otros en camiones militares, otro en tren, etc., llegué a Burgos, donde, tras una noche en un cuarto

alquilado (los había en casas o pisos, pues el movimiento de personal militar de un lado a otro era constante y los hoteles ya estaban repletos de gente de alta graduación, como coroneles, generales, etc.), tomé otro camión en dirección al norte, y me apeé en Lerma, a poco más de media hora de Burgos.

Encontré fácilmente la DNB, instalada en una gran casa de las afueras, con una alta torre metálica y una antena en forma de ele en el exterior, a pocos metros. Tío Jorge quedó sorprendidísimo al verme, y tras las usuales palabras genéricas, me explicó cómo había muerto papá, que era lo que realmente había inspirado mi escapada a Lerma. Pero al llevarme a su oficina, pasamos antes por una gran sala donde se oía el teclear de máquinas (varias) sin que hubiera nadie ahí sentado. Trabajaban solas: eran como unas máquinas de dactilografía bastante más voluminosas, con unos laterales comunes iguales a las máquinas manuales de oficina. El ruido constante del tecleo automático casi ahogaba otros sonidos. Apareció un señor acompañado de una mujer joven: ambos, evidentemente alemanes, pasaron por entre esas máquinas nunca antes vistas por mí y que Jorge me sopló eran «tele-tipógrafos»: recogían los impulsos de radio recibidos por la antena del jardín, ya en alemán, artículos o noticias que él era el encargado de traducir al español. Papá hacía lo mismo y entre los dos, después, seleccionaban qué noticias interesarían a la prensa española. Y viceversa, las noticias españolas eran traducidas al alemán por papá y tío Jorge. Luego, la secretaria las pasaba a una cinta de papel (algo apergaminado para poder soportar el manoseo y las perforaciones) y, colocada la cinta perforada en una pieza lateral que sobresalía de la máquina, apretaba un botón

y la máquina se ponía a teclear, sola... ¡Una maravilla! Al instante, otra máquina igual, en Berlín o donde fuera, tecleando sola, recibía las noticias españolas ya en alemán.

Me quedé tan absorto que no reparé en que tío Jorge hablaba con el señor y la señorita que se habían acercado y que buscaba llamar mi atención para presentarme. Me presentó por mi nombre al Herr Direktor de esa agencia DNB y entendí que le decía que yo era el hijo de su hermano Javier, etc. «*Wier sint sehr traurig...*, por la muerte..., *sein vater Javier, unsere grosser freund...*, etc.», y algo más que puse cara de entender, asintiendo con la cabeza y una sonrisa un poco congelada.

Papá trabajaba hasta tarde. Le llevaba un auto del Ministerio, cuyo chófer era un joven, me dijo Jorge, también catalán y de buena familia que quedaba a su espera hasta la hora de regresar. Como la mayoría del material rodante y, debido a las restricciones impuestas por la guerra, ese auto estaba al parecer ya usado y gastado por el tiempo normal de uso. Ese día fatídico, a la ida a Lerma (carreteras mejor conservadas), se rompió el eje de la dirección y el volante perdió su acción. Fue todo tan repentino que el conductor, aún pisando con fuerza el freno, no consiguió evitar el desvío del auto y su impacto de frente contra uno de los numerosos árboles que había en los márgenes de la carretera.

El choque, fortísimo, sorprendió a papá desprevenido, revisando unos papeles, lo precipitó hacia delante y le torció la cabeza y el cuello con rotura de las vértebras cervicales. El chófer, parece ser, murió al instante... El auto casi se desmontó en pedazos y fue recogido por un camión que seguía a pocos kilómetros. Tío Jorge fue avisado, y la Guardia Civil de Lerma, donde el camión paró con ese propósito. Una ambulancia local los trasladó a Burgos y pa-

pá fue ingresado en un hospital, sin esperanza de supervivencia, acompañado por su hermano.

Paralizado totalmente, menos el habla y la función cerebral, papá dictó con dificultad a Jorge, sentado a su lado, sus últimos deseos; nada material podían ser, pues dejaba este mundo sin haber adquirido nada. Jorge nos transmitió por carta a Palma, donde seguíamos, la solicitud de nuestro perdón por su vida desarreglada y su abandono de tantos años. A mamá, además, le pedía su perdón por haberla dejado, obligándola al divorcio y a asumir, sola, nuestra educación y el compromiso de su fortuna (en aquel entonces ya muy mermada) en las necesidades de nuestra educación, crecimiento y estudios. Sólo me enteré de esos detalles en ese encuentro con tío Jorge y mucho más tarde, ya de vuelta a Barcelona, terminada la contienda, cuando mamá, al poner orden en sus papeles, reencontró la carta de Jorge, bastante larga, la esquila que había hecho publicar en algún diario de Burgos y otros comentarios suyos, inclusive la nota en que contaba el fatal accidente de auto, una estampa religiosa (como se hacía entonces) y algunas cartas cerradas dirigidas a papá, remitidas por Libby, desde Estados Unidos, que mamá no abrió, ni nosotros tampoco.

Imagino que mamá no nos enseñó esa carta, la esquila, etc., cuando la recibió en Palma, seguramente porque en esos días Coco estaba en Sóller y yo en Son San Juan, y después debió de haber pensado que para qué introducir en nuestras vidas algo quizá penoso, aunque hubiéramos visto a papá sólo en el Hotel Mediterráneo y ya supiésemos de su nuevo casamiento. Creo que se guardó todo para una mejor ocasión y lo fue dejando... hasta ese día.

Terminada la visita volví a Burgos donde pasé una noche más y, al día siguiente, muy temprano, ya estaba tomando un

tren que pararía en Calatayud y de allí, nuevamente autos y camiones militares hasta Zaragoza, donde pasé otra noche. De Zaragoza a Lérida había tren pero, estando cerca de la línea del frente, y terminado el viaje en autobuses y camiones, cada uno se las apañaba como podía. Llegué a Lérida casi de noche (en *blackout*) y, por suerte, encontré el papel del Estado Mayor, dirigido a cierta señora, con su dirección en el centro de la ciudad, que era una «requisición de albergue» para una noche. Encontré el piso y fui recibido con toda la afabilidad por una señora de edad, bien arreglada, que me condujo a un cuarto espacioso con buenos muebles y una enorme cama, abierta, mostrando impecables sábanas y almohadas. Le di las buenas noches y agradecimientos y, sin perder más tiempo, me zambullí entre aquel paraíso en cuyo colchón, grueso y mullido, casi me enterraba. Dormí esa noche tan profundamente y tan bien como había olvidado que podía dormirse, recuperándome de colchones de crin en África, otros duros y flacos en Burgos, chinches, ropas de cama sospechosas; en fin, esa noche, y hasta las once de la mañana del día siguiente, fue para mí el desagravio de los malos ratos pasados en los meses anteriores. Y ahora, a buscar el frente...

Recordé las indicaciones del general Varrón —unos quince kilómetros al norte de Lérida del lado derecho del río Segre—, lo que me pareció natural, ya que el Segre (afluente del Ebro) era la línea del frente y, por lo tanto, el margen izquierdo sería la zona roja.

Me coloqué cerca de las afueras de Lérida para vigilar el movimiento de coches o camiones militares y hasta paré algunos, para preguntarles. Mala suerte, nadie iba hacia el norte. Me cansé de esperar. Cerca de ahí vi lo que me pare-

ció un estacionamiento de taxis, pues aunque pocos, llegaban algunos, salían otros... Caminé (maletita a cuestas) en esa dirección pensando que eso era una tontería: cómo iría a encontrar un taxi dispuesto a hacer quince kilómetros (con gasógeno, como la mayoría), ida y vuelta, para dejarme cerca del frente, que ni yo sabía dónde estaba. Para mi gran sorpresa, el conductor me dijo que tenía una idea de dónde podría estar la plana mayor de la 4.<sup>a</sup> Bandera de Castilla, pues una vez había llevado a unos oficiales que, temprano en el día, parecían estar volviendo a esa unidad después de una «noche de putas», como dedujo por las conversaciones. Si yo le pagase la vuelta (el mismo precio que a la ida) podría intentar llevarme, pero sin garantía de que no tuviese que prolongar algo el viaje en busca del mismo sitio en que había dejado a esos oficiales. Repasé con el pensamiento cuánto dinero me quedaba, y ante la perspectiva de no tener nada en qué gastarlo por un buen tiempo, le dije, aliviado, que me llevara a mi unidad, felicitándome por ese golpe de suerte.

Así, partimos, con el humeante gasógeno y yo repanchigado en el amplio asiento, todo él a mi disposición.

Una hora después, tras varias paradas y después de echar un vistazo el taxista por los alrededores, pareció, por fin, que algo reconoció. Se metió por un caminito estrecho y polvoriento con varias curvas que se adentraba entre los matorrales y juncos laterales hasta llegar a un área, despejada, en cuyo centro había una casa de dos pisos, algunas ventanas sin cristales y marcas de balazos en las paredes.

Aquello era donde se había instalado la plana mayor de la 4.<sup>a</sup> Bandera, y desde donde se podían ver unos trazos azules (de agua) a bastante distancia también, y otras tres o cuatro casas más próximas del río, esparcidas por ese espacio. Entendí que la tierra de campos agrícolas, entre la carretera

principal y el Segre, y las casas eran propiedad de campesinos que las habían abandonado ante la proximidad de la guerra.

Me presenté ante el comandante de esa unidad, equivalente en número y armamento a un regimiento (cuatro compañías de cien hombres y una compañía de ametralladoras y morteros; en total, unos quinientos hombres entre soldados, sargentos y oficiales). También vinieron a saludarme el comandante y los oficiales (tenientes y capitán), además de unos suboficiales (sargentos) de tareas administrativas: el teniente médico, el furriel para adquisición, suministro de víveres y dirección del servicio de cocina (casi cada día, sopa, garbanzos y cocido con carnes), el contador/pagador, quien se procuraba los fondos —no supe nunca cómo ni de dónde— para el pago de los sueldos mensuales de la oficialidad y las cien o doscientas pesetas al mes de cada hombre de tropa (para cigarros y un poco de vino, raras veces). A pesar de su nombre (4.<sup>a</sup> Bandera de Castilla de Falange Española) no había ningún indicio de que se tratase de la Falange. Entre todos ellos se veía que habían sobrado pocas camisetas azules, y la gran mayoría iba de caqui como el común de la infantería.

Un alférez como yo me acompañó a lo que iba a ser mi «sección» (treinta hombres y tres secciones, igual a una compañía, que, con los sargentos y oficiales, oscilaba entre los cien y los ciento veinte hombres según el número de bajas o reemplazos.

En el margen del Segre había una trinchera a unos veinte o treinta metros de la barranca del río, donde los hombres de turno estaban en sus puestos de vigilancia, a cinco y diez metros uno de otro, con sus fusiles descansando sobre la línea elevada de tierra suelta, resultante de la excavación de la trinchera, charlando entre ellos, fumando o apoyándose en

el lado opuesto. Mi guía me llevó hasta una abertura lateral que daba a un oscuro y reducido espacio, en cuyo fondo vislumbré un colchón, sucio y terroso, sobre un catre hecho de pedazos de tablas que sería mi cama. El techo de la «chabola» (así se llamaban esos refugios destinados a los oficiales de guardia), formado por una lona cubierta por tablas y tierra de excavación encima, me permitiría, pensé, poder descansar, de tanto en tanto, para no pasarme todo el día de pie y andando.

Al cabo de unos días fui enterándome, por boca de uno de los sargentos, cómo funcionaba la cosa: la vigilancia en la trinchera necesitaba de poca gente, pues era un frente estacionario sin amenazas de ataque. El trecho que cubría mi sección precisaba unos quince hombres y, de noche, se doblaba ese número. Los turnos eran de ocho horas y, prácticamente, nada había que decirles, pues los propios soldados, cuando terminaban su turno, llamaban a los siguientes y así se relevaban en el puesto. Los sargentos seguían los cambios de turno, a vista, hacían de árbitros en el caso de que se produjese algún altercado, y si alguno faltaba, se ocupaban de ir a buscarlo. Otros oficiales, con quienes a veces comía, charlaba o a quienes preguntaba algo, me informaron de que esa rutina menuda de cambios de guardia, distribución del rancho, permiso para dejar el puesto por alguna necesidad fisiológica, etc., no era cosa de oficiales. Para eso estaban los sargentos...

Los oficiales también hacíamos turnos. En el sector cubierto por mi compañía, de día, bastaba un alférez, aunque a veces éramos dos, pues alguno más aparecía de «turista», con el fin de charlar con el que estaba de guardia y tener algo que hacer con tal de escapar del tedio de la inactividad.

Antes de haber yo descubierto los «trucos» inherentes a esa forma de vida, dormí unas noches en la chabola que me habían designado el día de mi llegada a esa unidad. Dur-

miendo profundamente envuelto en mi grueso capote me pareció, no obstante, que algo había por allí, a mi alrededor. En mi sueño, inconsciente, percibía unos agudos y muy ligeros chillidos, repetidos y provenientes de varios ángulos de la chabola. De pronto, una correría de patitas veloces me pasaron por encima, de los pies a la cabeza, que por suerte tenía completamente envuelta por el capuchón del capote (debido al frío nocturno), dejando sólo una pequeña abertura para la respiración. Emergí de mi hipnosis al comprender que eso eran ratas, y de las gordas, que quizá buscaban el calor de mi cuerpo o migajas de pan o restos de comida por el suelo, y, además, se me paseaban por encima sin el menor respeto ni recelo... Me levanté, hice ruidos y encendí el miserable quinqué, que coloqué en el suelo con la intención de apartar a aquellos visitantes. Tras un tiempo de silencio volví a dormirme, prometiéndome que debería encontrar algún recurso para evitar dormir en esa inmundicia chabola.

Comencé a indagar dónde dormían los otros oficiales que no estaban de guardia nocturna, y dónde y cómo podrían dormir los sargentos y la tropa. No podrían evidentemente dormir al aire libre. Descubrí que la tropa se las había ingeniado para construirse una serie de habitáculos con tablas, viejas maderas, puertas de casas derribadas, etc., en trechos de trincheras anteriores a la actual, unos cincuenta metros más atrás. Los sargentos se las habían apañado para reconstruir algunas de las casas abandonadas, tapando agujeros y ventanas y utilizando las camillas destinadas para el rescate de heridos a modo de camas, estrechas pero mejores que el duro suelo.

Los oficiales, naturalmente, habían acaparado lo mejor disponible: casas enteras, aunque algunas cañoneadas, pero con algunos muebles dejados por sus dueños en la prisa

de la huida. Había camas, sucias pero confortables, unas cuantas cómodas, colchones, algunos directamente sobre el piso, mesas, sillas, etc.

Así que, sin mucho preguntar, yo mismo decidí tomar cartas en el asunto: visité dos de aquellas casas abandonadas, con huellas de guerra, hasta encontrar, en una de ellas, en el segundo piso, un cuarto desocupado; en un rincón había un maltratado soporte para una jofaina —que ahí estaba, entera, con su esmaltado blanco deteriorado por golpes— mostrando su hierro oxidado, pero sin perforaciones. A su lado, por el suelo, se encontraba el complemento: un cubo de lata galvanizada. Perfecto. Me faltaba la cama, que me afané en buscar en el primer piso (nada, todo ocupado por otras camas con ropas encima y botas por debajo), y en las otras casas por los alrededores. En una de ellas observé un somier apoyado de pie contra la pared, aparentemente sin usar. Pero cómo iría yo a apoderarme de esa pieza y cargarla hasta la casa del lavabo, ya elegida en mi mente pero a más de cien metros, y teniendo que subir un piso (entendí entonces por qué ese segundo piso estaba libre).

Caminé en busca del sargento Gutiérrez, que era el hombre con quien ya había entablado conversación con motivo de las ratas, los turnos de guardia, etc., y que me había parecido muy solícito. Le expliqué que estaba buscando un lugar más habitable que aquella chabola, pero que no tenía cómo mover mis cosas. Entonces el hombre abrió los ojos de par en par. ¿Cómo? ¿No sabía yo que tendía derecho a un ordenanza para mis cosas, lavado de ropa, recados, limpia-botas? Algo avergonzado, le pregunté si debería solicitar el ordenanza en la plana mayor o al comandante... No, señor; los oficiales tienen derecho sin más de escoger a cualquiera de sus hombres para el servicio de ordenanza, y muchos de

ellos en mi sección estarían encantados de ser escogidos, por el alivio de trabajo y el mejor trato que conseguían ante el resto de sus compañeros.

Gutiérrez se ofreció a traerme uno para esa función, que inmediatamente podría cargar el somier y ayudarme en lo que deseara. A los pocos minutos se presentó con un hombre bajo, pero parecía fuerte, feo como un pecado, caminando un poco torcido y hablando con fuerte acento y vocabulario pueblerino (¿era de la provincia de Toledo?), y que respondía al nombre de Anacleto Arrogante Arrogante, dos veces Arrogante, por parte de padre y de madre —casi le suelto una carcajada a la cara—, un nombre completamente en desacuerdo con su figura y la humildad que desprendía. Dudé un poco. Pensé por qué motivo, habiendo treinta hombres para escoger, Gutiérrez me traía a un individuo que parecía no servir para nada (no sabía escribir y leía mal). Y lo comprendí: ese pobre hombre debía de ser de los más inútiles de la sección y motivo de chacotas y desprecio por parte de los otros. Gutiérrez, a título de garantías, me aseguró que Anacleto era de un pueblo vecino al suyo y que conocía a toda su familia —sus padres eran primos entre ellos—, y que el chico no sería capaz de robarme una peseta ni el menor objeto. Además, obedecería ciegamente a cualquier orden, pues no tenía mucho «seso» para pensar por él mismo. Ya se estaba viendo...

Ante las recomendaciones del sargento Gutiérrez —y también por un poco de lástima que me infundió el tal Anacleto— decidí quedarme con él. Me lo llevé a la casa donde había yo echado el ojo al somier (¿estaría aún allí o alguien se lo habría llevado?) con la idea de poner a prueba a mi «ordenanza». Se lo mostré, pues ahí seguía, apoyado en la pared como si estuviera esperándome, y señalándole desde una ventana el segundo piso de la otra casa donde yo había deci-

dido instalarme, le di la orden de transportarme el somier y me fui con la curiosidad de ver qué sería lo que Anacleto haría, pues, evidentemente, él solo no podría cargar con aquel armatoste.

Esperé en el segundo piso de la otra casa y, al poco tiempo, vi a Anacleto con otro soldado, uno en cada extremo, trayendo el somier y debatiéndose en la escalera para hacerlo pasar y subirlo. Pensé que ese Anacleto no era tan tonto, ya que había sabido convencer a otro colega para que le ayudara en esa tarea.

Colocado en su lugar, Anacleto me dijo que aquel somier, duro no parecía «cosa buena» para dormir. Haría siempre falta un colchón encima. Asentí vivamente y le dije que si entre él y su amigo me encontraban un colchón, podían traérmelo y yo les daría una propinita para cigarros o un vinito. Salieron corriendo. No me interesaba saber si iban a robar un colchón ya en uso o dónde se lo procurarían. Me interesaba tener un colchón. Contrariamente a la descripción de Gutiérrez, ese Anacleto me parecía vivo como una ardilla y estaba casi seguro de que acabaría por encontrarme uno... Y así fue.

A la media hora o poco más, hubo un nuevo forcejeo por la escalera, y a duras penas, entre los dos, aparecieron con un colchón (releno de lana de oveja, bastante mullido), que, aunque algo sucio y usado, me pareció una maravilla. Rápidamente, eché encima de esa cama mi capote, la maleta con la ropa, unas botas y unos zapatos por debajo, como para mostrar bien a las claras que ese cuarto ya tenía dueño. Perdí, aún, a Anacleto que me trajese el balde lleno de agua, les di a ambos algún dinero y hasta mañana...

Pasaron dos o tres días más y ya me sentí integrado en la rutina diaria: de día andaba a lo largo de la trinchera, inter-

cambiaba unas palabras con los muchachos en los puestos de centinelas, me reunía con otros colegas alféreces a la hora del rancho, tiempo que aprovechábamos para contar chistes, cambiar impresiones de la guerra y la vida monótona de trinchera e inacción.

Uno de estos colegas, un tal Ontiveros, me soltó de improviso, riéndose: «Oye, pero tú qué haces aquí en esta guerra. Esto no es para ti. Tú eres inglés, no eres de aquí». En efecto, creo que en algunas conversaciones sobre temas internacionales en los que se hacía mención a personajes de cine o políticos, cité algunos nombres pronunciados en inglés, cosa que debía de haber llamado la atención, y algo habían comentado entre ellos. Sin duda, Ontiveros, el más bromista, no resistió la tentación de «pincharme» y me identificó como inglés... Y ahí me endosaron ese apodo, «el inglés», que me quedó para el resto de la guerra. Creo que hasta olvidaron cómo me llamaba y fui ya siempre «el inglés».

Teníamos, entre nosotros, otro alférez llamado «el alemán» que lo era realmente. Wilhem Blasendorf Laube, español por haber nacido en las islas Canarias, hijo de una familia alemana instalada en Tenerife desde hacía muchos años, cuyo padre era representante de firmas o industrias alemanas en esa región (son seis o siete islas). Como el nombre de este muchacho resultaba impronunciable para sus colegas, lo llamábamos simplemente «el alemán».

Me hice bastante amigo de «el alemán», y tal como suponía, su padre y su familia eran fervorosamente admiradores de Hitler y de la nueva Alemania que estaba resurgiendo de la vergüenza de la derrota de la Primera Guerra Mundial y el humillante *diktat* del Tratado de Versalles. Su hijo, Wilhem, tuvo todo el apoyo de su padre para hacerse oficial y unirse al Movimiento bajo el mando del Generalísimo Franco. Sería

una buena escuela de disciplina, iniciativa y responsabilidad para su hijo, que, entendí de su propia boca, no era muy dado al estudio. Además, existía ya una colaboración alemana con la Legión Cóndor, cuya misión era sólo técnica (aviación, radiocomunicaciones, tanques ligeros), pero cuyos cinco mil componentes, aproximadamente, se mantenían de tal modo retraídos y esfumados que raramente se los veía o encontraba en lugares públicos. ¿Estaban probando sus nuevas técnicas para...?

Hacia la mitad de la guerra aparecieron los primeros tanques pesados rusos, con torreta giratoria y cañón de grueso calibre. Los tanquetes pequeños, tanto alemanes como italianos, con sólo una o dos ametralladoras y poca potencia motriz, tuvieron que evitar enfrentamientos con los rusos.

En el aire, los antiguos MiG rusos, biplanos y lentos, fueron sustituidos por los nuevos MiG, monoplanos y veloces, a los que los alemanes pronto opusieron sus nuevos Messerschmit..., y así iba la cosa. A pesar de las «sanciones» aplicadas a Italia, ésta no dejó de contribuir con hasta cuarenta mil hombres, disfrazados de «voluntarios camisas negras» del partido fascista. Ante la Liga de las Naciones, en Ginebra, de la cual Italia ya se había retirado y Alemania, creo, ni entró, se pidió claramente que los países europeos se declarasen «no beligerantes», o sea, que no ayudaran ni a uno ni al otro bando. Inglaterra y Francia así se declararon, pero sólo Inglaterra cumplía. Francia oficialmente también, pero bajo el gobierno de Front Populaire, con Léon Blum de primer ministro, le era imposible dejar de cerrar un ojo e impedir que «movimientos populares independientes» fuesen los promotores de envíos de aviones Potez y unos nuevos cañones de gran calibre y alcance, cuyos efectos pronto descubriríamos en nuestro pequeño frente del Segre.

Un día de esos, uno de los tenientes de la plana mayor de nuestra bandera solicitó una reunión de oficiales. A los que se presentaron les pidió que se ocupasen de hacer correr el aviso a todos, sargentos inclusive, de que los rojos habían pasado el Segre a unos diez kilómetros al sur de Lérida, y era de esperar que esa cabeza de puente se ampliase y, más aún, que intentase un movimiento de «pinza», para lo cual deberían también pasar el Segre por el norte de Lérida, con el fin de rodear toda la ciudad y tomarla, lógicamente para seguir hacia delante, hacia el este, en una ofensiva con grandes medios.

Y, naturalmente, estando nosotros a unos quince kilómetros al norte sería lógico que el paso del río se intentara por nuestro sector. La orden, pues, era: doblar la vigilancia, acercar algunas patrullas a la orilla del Segre durante la noche, para tratar de oír, siendo el río estrecho, algún viento proveniente del otro lado, lo que podría traer ruidos de voces o de material de guerra en movimiento. En fin, ojo, cuidado y vigilancia. Cada uno de nosotros volvió a su puesto y pasamos las instrucciones a los sargentos —y éstos a la tropa— quedando todos algo aprensivos... Se nos había terminado aquel frente de *dolce far niente*.

Yo apenas había podido estrenar mi confortable cama cuando tuve que volver a pasar las noches en la chabola en compañía de aquellas audaces e irrespetuosas ratas.

Esa noche aún me quedé en la casa y en uso de la cama, contando con que los sargentos y centinelas, en sus puestos redoblados, comenzarían a disparar si hubiese algo alarmante, y el ruido nos llevaría, a todos los oficiales, a correr hacia la trinchera para ver qué pasaba y ponerle algún remedio a la cosa, que yo ni siquiera imaginaba cuál podría ser.

La sorpresa vino de otro modo: unos lejanos «truenos» en aquella noche clara, bajo la luna llena, sólo podrían ser disparos de cañón. Salté de la cama y me asomé al hueco dejado por una inexistente ventana en el cuarto de al lado. Después, otro bum, y otros más en espacios de medio a un minuto. Cuatro seguidos. Luego, tras un tiempo más prolongado, otros cuatro bums sin que se vieran destellos de fogonazos.

Esa batería (cuatro cañones) estaría oculta por alguna colina o relieve del terreno, y cañoneaban hacia nuestro lado del río, pero no a nosotros sino a algún objetivo muy distante. A cada disparo, tras corto tiempo, se oían los silbidos de los obuses cruzando el aire sereno de la noche, se diría que casi se los podía seguir con la vista; vana ilusión, pues el obús a su gran velocidad estaba ya muy por delante del silbido dejado en el aire que llegaba al oído cuando el obús ya había explotado.

Las explosiones tampoco se veían pero, sí, llegaba el distante sonido de las mismas, como otros bums más apagados que los primeros. Pensé: éstos son esos nuevos cañones franceses que, se decía, habían sido recientemente recibidos por los rojos, de gran calibre y largo alcance. Ese cañoneo nocturno era, sin duda, en preparación a alguna tentativa de avance a partir de la cabeza de puente abierta al sur de Lérida, o una ampliación de la misma.

El cañoneo duró casi toda la noche y, naturalmente, ni pegué ojo. Me preocupaba que, de repente, esa batería cambiase de objetivo y nos lloviesen obuses sobre las cabezas como preludeo al paso del río y una ofensiva hacia nuestro sector o cerca.

Esa noche, además del desasosiego provocado por el cañoneo, se me sumó otro. Sentí unas «cosquillas» sospechosas por los sobacos que enseguida identifiqué: ipiojos!

¡Ya los había cogido!, cosa nada extraordinaria en sí misma, pero una incomodidad.

Eran los *pediculus vestimenti*, que corrían por las costuras de las camisetas y ponían sus huevos (menudísimas bolitas blancas) como rosarios pegados a lo largo de esas costuras. Se procedía a su eliminación aplastando esos rosarios con una varilla de madera o, simplemente, con las uñas. Existía un producto de Bayer, con un pincelito anexo, que se pasaba por las costuras y mataba los huevos, pero la plaga de piojos como consecuencia de una guerra (falta de higiene, dificultad en lavar la ropa, uso de la misma durante meses, sobre todo en invierno, contaminación de camas, mantas, capotes, etc.) y unas farmacias en las que lo que entraba se vendía en uno o dos días, hacían que el acto de «despiojarse» fuese una escena corriente en las trincheras en los días de sol. Los hombres con el torso desnudo y con las camisetas o camisas del revés recorrían las costuras y aplastaban tanto los piojos vivos como los huevos. Por suerte como los oficiales disponíamos de ordenanzas, los poníamos a despiojarnos la ropa y, aún más, a lavarla después y secarla al sol. A falta de sol, nos quedábamos con los piojos encima hasta mejor ocasión.

A título de cultura general barata, aclararé que existían también los *pediculus capitis* y los *pediculus pubis*, pero estos eran mucho más raros. La plaga era realmente la de las vestimentas... El teniente médico visitaba la tropa (por compañías, una cada semana), pues si se encontraba a un hombre con síntomas de tifus exantemático, había que aislarlo cuanto antes y mandarlo al hospital militar más próximo en la retaguardia. Los piojos (y las ratas) podían ser la causa de un contagio epidémico, y eso podría inhabilitar a medio regimiento en pocos días.

El cañoneo se retomaba cada noche y se extendió por algunos días. Esto nos indujo a imaginar que podría estar preparándose el cruce del Segre, y si fuese durante la noche, o a las primeras luces del día, con nuestra gente medio dormida, eso sería un desastre.

Nos reuníamos de noche, en un grupo de cuatro o cinco alféreces (Lagunilla, Ontiveros, Mascareñas, a veces «el alemán» y yo) para acercarnos a la orilla del río (o hasta entrar un poco por ciertas partes secas que emergían del agua). Gracias a la claridad del plenilunio, sin una nube ni neblina, podíamos ver dónde pisábamos e incluso ver (mal) el margen opuesto. Pero la brisa traía ráfagas de sonidos con voces o ruidos, nada sospechosos, por suerte. Tras un paseo río arriba y vuelta al punto de partida (media hora o tres cuartos de hora), nos separábamos, y cada uno echaba un último vistazo a su sector para cerciorarse de que todo seguía normal.

Sabiendo que mi cama me esperaba, y pese a seguir el cañoneo y que parecía no pasar nada en nuestro frente, opté por la cama dejando la chabola para las ratas o para algún sargento de turno en la trinchera. Como ya era habitual, tras tres o cuatro horas de cañoneo volvió el silencio.

Llegaban noticias a la plana mayor de que había comenzado un contraataque para eliminar aquella cabeza de puente al sur de Lérida, tan peligrosa. Esto explicaba el insistente cañoneo durante las últimas noches. Habría seguramente combates de día y llegarían refuerzos y material por varias carreteras, objetivos que habiendo sido fijados ya por el mando rojo, aprovechaba incluso la noche para no dar descanso a los atacantes. Esta explicación tornaba plausible el porqué aquellos obuses pasaban sobre nosotros, silbando, para ir a estallar a varios kilómetros de distancia, tierra adentro. También se comprendía la razón de por qué no había

habido tentativa de pasar el río en otros sectores, hacia el norte. La contraofensiva en la cabeza de puente obligaría a los rojos a destinar cuantas fuerzas dispusiesen al refuerzo y manutención del terreno tomado hacia al sur.

Tras otras dos o tres noches más, el cañoneo cesó, y nos llegó la noticia: la cabeza de puente había sido tomada y eliminada con abundante presa de material y prisioneros. El alto mando estaría preparando una nueva estrategia para una ofensiva importante que llevase la guerra a su término. Por eso no comprendimos nada cuando, a los pocos días, hubo orden de recoger todo y preparar los hombres para un desplazamiento de envergadura. Nos preguntábamos: «Todos, ¿quiénes?». ¿La 13.<sup>a</sup> División entera, o sólo algunas unidades? Nuestra plana mayor —y nuestro comandante— nada decían aún, y suponíamos que lo sabrían.

Había algo extraño en el aire. Precisamente en el aire habían aparecido decenas de aviones (MiG, ya los conocíamos de vista) volando en todos los sentidos, y enseguida aparecieron los cazas alemanes y, bajo el fondo de un límpido cielo azul, asistimos, boquiabiertos, a la más espectacular batalla aérea nunca vista por ninguno de nosotros. ¡Y el ruido de motores y ametralladoras que nos llegaba algo apagado por la distancia! Parecía un enjambre de enormes moscardones enloquecidos y sin destino. La cosa duró quince o veinte minutos y, de pronto, todos los MiG salieron zumbando en una misma dirección, y los Hainkel y Messerschmitt en otra. Sólo vimos cuatro o cinco aviones (de entre cincuenta o más) inflamados, cayendo o soltando pedazos de alas en sus caídas.

Sin saber cómo ni por qué, al siguiente amanecer recibimos órdenes de abandonar ese frente y ponernos en marcha hacia la carretera, donde esperaba una caravana de camiones, abiertos y montados con tablas fijas —a guisa de bancos—

entremezclados con raros autobuses o camiones entoldados de vez en cuando. Nuestro comandante y sus oficiales de la plana mayor nos instruyeron para que cada sección tomase lugar en cada camión —con cabida para treinta o treinta y cinco hombres equipados (con sus fusiles, cartucheras, capotes, mantas, etc.)— y su alférez delante, en la cabina, al lado del conductor.

Los soldados, casi todos llevando exceso de ropas y cosas reunidas durante esos varios meses en el frente, ocuparon un volumen mayor del reglamentario, de manera que la subida a los camiones —unos ayudando a otros— se hizo lenta, y también se complicó la toma de asientos, con discusiones, insultos, empujones y peleas... Se comprobó que no habría bastante sitio para cada sección en un camión. Me parecía que esos hombres deberían abandonar sus mantas, o ropas en exceso, y aligerarse, de modo que pudieran entrar todos... ¿Pero quién daría esa orden a esos hombres enfurecidos que no atendían a sus oficiales o sargentos y serían incluso capaces de sublevarse? Por suerte, venía un grupo de oficiales a pie dando órdenes a gritos, encabezado por el teniente Oñate, a quien yo admiraba por su energía y sentido común, brazo derecho del comandante, verdadero centro de decisiones de la plana mayor, armado de un bastón de dos metros con el cual, a bastonazos, secundaba las órdenes que gritaba a las gentes ya instaladas en los camiones que no se esforzaban en hacer sitio a los que, en tierra, querían subir y no podían.

A gritos y con el palo Oñate conseguía que la gente se apretujara, refunfuñando e insultando a sus vecinos, pero, poco a poco, iba haciendo espacio, y otros más pudieron subir. Oñate amenazaba con hacer bajar a todos para despojarlos del exceso de cosas y dejarlas en la cuneta de la carretera...

Pero esto es lo que nadie quería, así que, a base de bastonazos y gritos, hubo lugar para todos. La escena se repetía casi en cada camión, lo que retrasó bastante la puesta en marcha de la columna.

Hacía un frío intenso, lo que me llevaba a pensar de vez en cuando en los helados que estarían los hombres hacinaados en los camiones, expuestos al aire abierto y más frío debido a la velocidad, aunque fuera poca. Yo, por suerte, cerca del calor del motor y del calor natural del chófer, estaba a mis anchas y hasta me sobraba el capote...

Salimos de pronto del asfalto y comenzamos una ligera subida sobre una carretera de tierra que, al poco, fue incliniéndose en una subida más acentuada.

La caravana serpenteó durante horas por esa carretera de montaña, estrecha y polvorienta, con su carga humana zarandeándose de un lado a otro a cada curva; al frente teníamos altas montañas. No se avistaba ni una casa ni señal de vida ninguna. El conductor sabía dónde estábamos y adónde íbamos.

Tenía un mapa pero ni lo consultaba, pues le bastaba seguir al camión de delante. Se lo pedí prestado preguntándole por dónde estaríamos... Lo abrió con una mano y corrió el índice sobre la línea del Segre, su confluencia con el Ebro y siguió sobre el Ebro hasta una zona señalada como de altas sierras, por entre cuyas gargantas seguía el Ebro, transponiéndose en meandros, algunos estrechos y rápidos; otros, más anchos. Comprendí que pasábamos por el lado este de la cordillera Ibérica (Alto Aragón), y el objetivo sería seguir hasta dejarla atrás para, luego, ir descendiendo en busca de tierras más bajas, eventualmente hasta la costa del Mediterráneo. Vaya distancia que debíamos cruzar.

Al comenzar la penumbra nocturna, la caravana de camiones paró, y oficiales de a pie, caminando a lo largo de los camiones, daban órdenes a todos para que nos bajáramos, y estirar las piernas y comerse un rancho frío (latas de sardina con panes que los furrieles y sus ayudantes reparaban con botellas de vino tino) y hacer las «necesidades» ahí mismo en la cuneta, para todo lo cual no tendríamos más de tres cuartos de hora.

El chófer me susurró que quedarían tantos kilómetros hasta cerca de Gandesa, la próxima parada casi al amanecer. Al reanudarse la marcha, después de nuevos forcejeos y disputas por los asientos, los camiones pusieron los motores en marcha y encendieron sus faros bajos, todos con sus cristales pintados de azul (por el *blackout*), lo que producía un curioso efecto de serpenteante rosario de azuladas luciérnagas en procesión. Y así siguió esa caravana a treinta o cuarenta kilómetros por hora.

A los hombre se les caían las cabezas de un lado al otro, en cada curva, y los oficiales en las cabinas, junto a los conductores, dormitaban como podían, con las cabezas apoyadas sobre el respaldo del asiento o cayéndose de medio lado (como era en mi caso).

La noche parecía no tener fin y, en mi soñolienta semiinconsciencia, me preguntaba cómo harían esos conductores para no dormirse y salirse de la carretera. Después lo comprendí: mi vecino sacaba, de tanto en tanto, un escondido termo con café humeante y se tomaba un buen trago.

A la mortecina luz del alba, la caravana paró. Un grupo de oficiales y hombres de la plana mayor andaban por la carretera envueltos en sus capotes; parecían fantasmas con los furrieles y sus ayudantes distribuyendo pan, salchichas, café y dando órdenes a la gente para bajarse de los camiones

y formar sus cuadros al otro lado de la carretera, preparándose para marchar. Todo se movía lentamente, pues los huesos y las articulaciones dolían, y había que dar unos pasos y sacudirse bien antes de poder moverse con normalidad. La mayoría estaba ya en la cuneta orinando con suspiros de alivio, esto como primera medida y confirmación de que nadie había muerto... Nuestro chófer se despidió de nosotros y me anticipó la noticia: «Ahora seguís a pie. Con los camiones vamos a Gandesa, que no está lejos, donde haremos una revisión, pondremos gasolina y esperaremos órdenes».

El teniente Oñate, siempre el más activo, fue de uno a otro de los alféreces de sección para darles instrucciones de ir marchando hasta llegar a la casa del «camintero». (Los caminteros eran empleados municipales, cuya misión era mantener los caminos de las carreteras secundarias en buen estado, tapando baches y reconstruyendo algún trecho demoronado, o sea, reparar desperfectos ocasionados por el tránsito o las lluvias, etc. Y, para ello, se les ponía a disposición una casita de buena construcción donde poder protegerse de la lluvia, descansar, pasar la noche si fuera necesario y guardar las herramientas de trabajo.

Y llegando a la «camintera», a unos cien metros adelante, se abría, a la derecha, un sendero de a pie, donde deberíamos entrar y seguir marchando hasta recibir nuevas instrucciones.

Transcurrido un buen tiempo, todos cada vez más cansados y cayendo ya la luz del día, llegó la orden por estafeta en moto, que la entregó al grupo de nuestra plana mayor. Como imaginé, a paso ligero el teniente Oñate recorrió cada compañía repitiendo: «Vayan parando por aquí y donde se encuentren mejor protegidos ya pueden ir preparándose para pasar la noche. Dentro de poco se repartirá el rancho caliente, que está haciéndose».

Cada alférez contó sus hombres y dimos órdenes a los sargentos respectivos para indicarles dónde podrían ir instalándose, bajo los pocos árboles que había a la vista a nuestros alrededor; juntamos hierbas secas, follaje, ramas, lo que fuera, para hacer un lecho un poco más blando que la dura tierra. Poco a poco fueron apareciendo hogueras, a cuyo alrededor se formaban corros de hombres sentados o en cuclillas.

Al toque del gong (una gran cazuela golpeada con un palo), todos se levantaron se pusieron en fila ante unos enormes peroles, chato de casi un metro de diámetro, humeantes y llenos de una espesa sopa de garbanzos abundantemente servida en los platos de aluminio que tendía cada hombre, por medio de un gran cucharón que, evidentemente, era la medida de la ración de cada uno. Otro «cocinero», al lado del que servía los garbanzos, retiraba de unas grandes ollas pedazos informes de carne cocida y chorizos, todos de tamaño mediano, cortados a ojo, y colocados en cada plato sobre los garbanzos. Alguien protestaba, a veces, porque al anterior le habían puesto más y exigía más cantidad. Los cocineros eran enérgicos y proferían insultos. Ello llamaba la atención de algún sargento, que daba cuatro gritos y apaciguaba la situación.

Con la barriga llena y calentita (también se repartía vino), la gente se dispersaba, se enrollaban en sus capotes, o en algunas mantas traídas clandestinamente, y cansados como estaban, en poco tiempo dormían a todo roncar...

El sargento Gutiérrez, mi amigo, me hizo un gesto revelador y me susurró: «Mi alférez, le tengo una sorpresa, venga, venga». A la escasa luz de las hogueras, que iban apagándose por falta de alimentación, el sargento me llevó a un montón de rocas y piedras (que parecía de unas fortificaciones abandonadas), y apartando con las manos varios pedrus-

cos, apareció un hueco negro como una caverna. Con su mechero encendió unas ramas secas y alumbró el interior: era una chabola de tres por dos metros y, en el fondo, había un colchón, sucio y destripado, abandonado por uno de los oficiales rojos que habían ocupado esa zona con anterioridad. Agradecí a Gutiérrez que me dejara ese lugar, pues, si nada hubiese dicho, podría haberlo ocupado él mismo. Por otro lado, pensé, él no podría haberse separado de su pelotón, pues tenía que estar allí por si algo ocurría. En cierto modo, la jerarquía militar, como él mismo sabía, le obligaba a cederme su descubrimiento, cosa que me cayó del cielo.

Vestido con mi grueso chaquetón (*trois quarts*) hecho en Mallorca, con el capote militar con su capuchón sobre la cabeza y bien enrollado, dormí, piojos y todo, como un rey.

Haré un aparte para aclarar que toda esa zona del Alto Aragón, muy montañosa y con picos de mil quinientos metros, entre cuyas erosionadas gargantas se abre paso el Ebro, fue, hasta pocos meses antes de nuestra llegada, una región donde se produjeron terribles ofensivas y contraofensivas que costaron miles de bajas a ambos lados, pues los dos bandos sabían que allí se jugaba la suerte de esa guerra. Los rojos habían empleado el máximo de sus efectivos, incluso las Brigadas Internacionales, entonces aguerridas por las experiencias de año y medio de combates desde su estreno en la defensa de Madrid cuando por el sur llegaban las columnas nacionalistas y por el norte comenzaban a desplegarse y tomar posiciones las Brigadas Internacionales, organizadas y armadas en Albacete por el feroz y durísimo André Marty, elegido jefe supremo para la recepción y regimentación de los voluntarios que, de toda Europa, iban llegando en flujo ininterrumpido organizado por los comi-

tés socialistas/comunistas montados en sus países (menos Italia y Alemania por supuesto) para la lucha «antifascista» en España.

Esas brigadas estaban formadas según el origen de sus componentes. Estaba la brigada de Italia, la de Inglaterra, la de Francia, la de Alemania (ésta aglutinaba Europa Central con checos, polacos, austriacos, escandinavos, serbios, etc.), la brigada soviética y, más adelante, otras tomaron la identidad de dirigentes con habilidades militares, como la brigada del campesino (un tal González, español, entrenado en Rusia), la brigada Lister, la Walter y otras más que no recuerdo. Extraño nos parecería hoy. También había una brigada estadounidense, aunque eran pocos y creo que se fundieron con los ingleses. Marty, aun siendo civil, se arrogó poderes máximos, inclusive mandó fusilar a algunos elementos indisciplinados a los que costaba encuadrar en un nuevo sistema militar, pero con grados de mandos como los de un ejército, éste excusado por ser llamado «popular», bajo la mirada de los «comisarios» y un trato informal de «tú» al «camarada teniente» o al «camarada capitán» o coronel o lo que fuere. De Rusia fue enviado más tarde un grupo del Estado Mayor soviético, y las brigadas pasaron a estar al mando de un general ruso llamado, si no recuerdo mal, cual Tukhachevsky o algo así...

André Marty fue paulatinamente apartado hasta que no se oyó más hablar de él. Hubo abundancia de grandes tanques rusos armados con cañón, mientras los italianos y alemanes nunca pasaron de tanquetas con una o dos ametralladoras, también los nuevos MiG y la novedad de las ametralladoras ligeras de plato, Kalashnikov eficaces y fácilmente transportables, en comparación con el antiguo tipo de fusiles Morin de los tiempos zaristas de la Gran Guerra.

Me adelanto a los acontecimientos para recordar que en aquellos llamados «procesos de Moscú» —años cincuenta aproximadamente, poco después de la Segunda Guerra Mundial, bajo las terribles acusaciones del fiscal Vyshinsky, famoso por su crueldad, que incluso cortaba la palabra a los acusados que intentaban defenderse—, el general Tujachevski fue condenado a muerte y fusilado, entre otras acusaciones por su escaso desempeño en la guerra de España.

A día siguiente de nuestra ocupación de aquel espacio, más o menos llano y algo arborizado donde, sin otras órdenes, deberíamos permanecer, muchos de los hombres se pusieron a andar, husmear y explorar con el fin de descubrir dónde se encontraban, mientras otros preferían quedarse echados, enrollados en sus capotes. A juzgar por los cráteres que se descubrían por los alrededores se suponía que se había desarrollado por esa zona un intenso cañoneo y luchas cuerpo a cuerpo. Recordé: esto podría ser la cima Puig Cavaller, diariamente citada en los «partes de guerra», varias veces tomada, perdida y retomada en los duros combates habidos en esa región, disputada por su valor estratégico, ya que desde allí podría dominarse y llegar a formar una faja hasta la costa Mediterránea, separando así Cataluña de Valencia (donde recientemente se había instalado el gobierno de la República, por considerar Madrid demasiado vulnerable). Lo que poco se decía pero muchos comprendían, era que la zona roja quedaría así dividida, aislando Cataluña del resto de España, aún está bajo control de la República. También se adivinaba la oculta precaución de los dirigentes y responsables por parte de la República de asegurarse una válvula de escape (puerto de mar en Valencia) si las cosas llegasen a un fin victorioso para los nacionalistas...

No sabíamos, pues nadie nos informaba, cuántos días nos quedaríamos ahí y, después, adónde iríamos... Por eso me puse a inspeccionar los alrededores, y descubrí cosas interesantes. Por ejemplo, unas curiosas construcciones como pirámides, de conos redondeados, cilindros de tres o cuatro metros de altura, terminados en semiesferas de entre siete a diez metros, erigidos con piedras en bruto, sólo quebradas a martillo y montadas unas sobre otras, en seco, sin argamasa. O sea, siguiendo el sistema de construcción de los «bancales», aquellos grandes escalones comunes en las pendientes de colinas o montes donde se quisiese disponer de terrazas planas para plantío de viñas, árboles frutales, etc., lo que en un terreno inclinado sería imposible.

Imaginé que aquellos promontorios habían sido contruidos partiendo de la colocación en tierra de un redondel de treinta o cuarenta centímetros de espesura y formándose el diámetro requerido que se rellenaría con tierra, restos de piedras, cascajo, etc., levantándose la pared exterior con las piedras mayores y siguiendo el relleno a medida que crecía el cilindro. Se veían muchos de estos *talayots* (parecidos a las tumbas prehistóricas halladas en las Baleares) y les encontré la explicación lógica e ingeniosa como elementos de defensa. Su forma circular proporcionaría, de cualquier dirección de donde viniesen los tiros enemigos, un modo de protección de los mismos, simplemente moviéndose alrededor del grueso cilindro (lo que en Dar Riffien aprendí se llamaba «ocultación al fuego»; había también la «ocultación de vistas»). Algunos de aquellos *talayots* mostraban agujeros y piedras caídas: eran los que habían sido tocados por disparos de algunos de los cañones ligeros de campaña que acompañaban a la infantería.

Hice otro descubrimiento inusitado: encontré un cadáver gracias al frío, perfectamente conservado (diría momifi-

cado). Conservaba su pelo rubio, su rostro, seco pero reconocible, salvo los ojos, casi absorbidos, y sus labios encogidos que dejaban asomar sus dientes. Vestía una chaqueta militar caqui y pantalón de tejido grueso pero ya «acartonado» y pegado a las piernas. Cuánta nieve, lluvia y sol habría soportado ese hombre desde los cuatro, cinco o seis meses que ya habían transcurrido desde el término de aquellos terribles combates en la llamada batalla del Ebro, terminada con la retirada de los rojos por no poder soportar ya más desgaste ni bajas.

Me picó la curiosidad: ¿quién sería ese hombre y cuánto vivió abandonado en ese lugar? Con relucencia y con la punta de una rama cortada de un arbusto cercano le levanté un lado de la chaqueta (más bien una cazadora) y al registrarle los bolsillos internos, ¡sorpresa! Encontré una cartera en la que, al desdoblarla, apareció una libreta con documentación personal. Allí estaba su nombre, que no recuerdo, pero que era de sonoridad y ortografía escandinava. Origen: Noruega. Pueblo: tal y tal. Edad: 30/35 años (creo). Comité de reclutamiento: Oslo, partido comunista. Fecha: no recuerdo. Otros datos personales: tales y tales...

Pensé que era un pobre hombre, uno más deslumbrado por las ideas comunistas y reclutado para las Brigadas Internacionales. Salir de aquel norte de Europa dejando familia, amigos, tipo de vida, costumbres... para acabar aquí y así, muerto, sin saber por qué después de las muchas penurias que debería de haber pasado, combates, miedo, hambre, frío o calor estepario en los veranos e inviernos extremos del centro de España, en sus desoladas mesetas castellanas... ¿Le habría valido la pena tanto sacrificio en pago de un ideal aún tan utópico y controvertido en aquellos comienzos del comunismo «aplicado» y práctico, sólo instalado en Rusia... y con resultados tan poco animadores?

Me animé, con la misma rama, a levantar el cadáver (que estaba de medio lado con un costado contra tierra y el otro hacia arriba, al aire), y la visión fue horrible: esa mitad del cráneo, espina dorsal, brazo, tórax y todo el resto estaban ya en puro hueso. No había vestigios de tejido, ropa, nada. Sólo botones, huesos y el cráneo, por cuyas órbitas vacías corrían a esconderse de la luz decenas de gusanos de diversos tamaños, los mismos que se escondían en la tierra en los lugares ocupados por el húmero, vértebras, cavidad torácica vacía... En fin, ¡un horror! Dejé caer esa otra mitad, casi intacta, que había vuelto a ocupar su posición inicial. Se me ocurrió que había visto la vida y la muerte en un mismo ser, sólo dependía de qué lado mostrase.

Pasaron dos o tres días más. Por suerte, yo tenía mi refugio nocturno en aquella chabola pétreo que, por lo menos, me protegía del intenso frío nocturno a cielo abierto, al ras, como les tocaba dormir a los demás, quinientos hombres de la Bandera que llegaban a hacinarse en grupos de cuatro para procurarse calor. El que se salvaba de aquel frío era mi ordenanza, Anacleto Arrogante, a quien aconsejé hacerse un «colchón» con hierbas secas y enrollarse en su capote para dormir en mi chabola, a mis pies, obstruyendo previamente el hueco de entrada con aquellas gruesas piedras que, aparentemente, habían sido escogidas por mi predecesor, el anterior oficial rojo y con esa finalidad.

De la plana mayor llegaron entonces instrucciones a las compañías de que todos los hombres, oficiales incluso, deberían abandonar todo objeto superfluo y conservar sólo las prendas y equipamiento reglamentarios de armamento, cartucheras, munición, correajes, etc. Con protestas y mal humor, la gente fue desprendiéndose de sus cosas sobrantes. Se formaron montones de colchones o pe-

dazos de ellos, mantas, objetos varios, ropa en exceso, botas viejas e incluso pistolas, cuchillos, municiones de diversos calibres que no eran los reglamentarios fusiles Mauser de 7 milímetros.

Parecía increíble la cantidad y sorprendente variedad de trastos y cachivaches inútiles que podían aglutinar soldados estacionados en algún frente donde no tenían otra cosa que hacer más que entrar en casas abandonadas, saquear, abrir cajones, llevarse colchones, ropas de uso y de cama (lo único comprensible) y, como ratas, llenarse los bolsillos de otras cosas que les despertasen curiosidad o codicia..., a veces también armas, munición de cualquier calibre y botas, ropa, etc., de prisioneros en traslado a la retaguardia.

Una vez libres de aquel exceso de peso, el teniente Oñate anunció que él mismo estaba al mando de la plana mayor, pues el comandante (una estrella de ocho puntas en las bocamangas y charreteras sobre los hombros) acababa de ser retirado debido a fuertes dolores y descomposición intestinal, que le impedían continuar al mando de la 4.<sup>a</sup> Bandera y proseguir la siguiente campaña. Curiosamente, no había en esa Bandera ningún capitán (sólo tenientes y alféreces) que hubiera sido el sustituto natural del comandante, figura tan apagada que ni su nombre recuerdo. Oñate, por boca de otros dos o tres tenientes y un alférez de la plana mayor, circuló órdenes para el próximo movimiento: después del almuerzo, garbanzos con morcilla y un chusco (pan) y vaso de vino, la 4.<sup>a</sup> Bandera se pondría en marcha hasta las inmediaciones del pueblo llamado La Figuera.

Nos fue dada la orden de que, a unos diez minutos después de aquel pueblo, encontraríamos una ligera subida terminada con un parapeto, tras el cual deberían las compañías desplegarse a lo largo del mismo, con los hombres echados

y protegidos tras el parapeto, que parecía ser obra de mano humana, aunque, actualmente, estaba cubierto por malezas, hierbas y matorrales.

Al asomar la vista por encima del parapeto vimos unos escalones de bancales plantados con viñas, después un espacio ancho como una depresión del terreno, o pequeño valle (vaguada, en términos militares); del lado opuesto, el terreno subía nuevamente y se tornaba plano y arborizado, viéndose algunas casas de campesinos esparcidas y sus terrenos separados por cercas en piedra seca, entre los cuales se abrían pocas calles asimétricas.

Por el tipo de terreno, las viñas, los bancales de viñedos, recordé que esa región debería ser, sin duda, el Priorato, tierra de los renombrados vinos del mismo nombre. Eso iba a ser una fiesta para los hombres que encontrasen bodegas llenas de toneles, que serían agujereados a tiros y convertidos en fuentes continuas de vino, bajo cuyos chorros, ávidas bocas recogerían hasta la última gota.

Previendo esa escena, y con el ejemplo de los oficiales de las otras compañías, di instrucciones a mis tres sargentos de no despegarse de sus gentes, y a puntapiés hacerlos andar adelante para evitar acabar con una compañía de borrachos cayéndose por los caminos e incapaces de cualquier reacción.

Podían verse, del otro lado, los hombres del enemigo agazapados en defensas hechas a toda prisa y mal terminadas. Se veían algunos nichos de ametralladoras. Estábamos aguardando la señal convenida: un silbazo prolongado y estridente, al cual nuestra gente debería salir de sus posiciones, saltar el parapeto de protección y ponerse a correr hacia abajo para alcanzar la vaguada, atravesarla y subir la ladera del otro lado... Y veríamos cómo.

Antes del pitido oímos ruido de motores y enseguida aparecieron tres trimotores Heinkel en vuelo bajo (color parecido al gris verdoso —*feldgrau*— de los uniformes alemanes) que venían por detrás de nuestras posiciones. Lucían identificación, que consistía en un círculo blanco con una cruz, gruesa, en negro y de brazos iguales, digamos como la cruz de la bandera suiza pero en negro en lugar de blanca. Mirando hacia ambos lados de la línea vi que la compañía de ametralladoras y morteros ya se había situado un poco más atrás, y que unos soldados agachados habían extendido, algo atrás de la línea de nuestro parapeto, unos lienzos blancos del tamaño de unas sábanas. Con eso pretendían señalar que ésa era nuestra línea y que el objetivo se encontraba enfrente, al otro lado de la vaguada.

Se supuso que, desde el aire, los aviones habían visto claramente el panorama, mejor que nosotros. En efecto, soltaron algunas bombas sobre las posiciones a nuestro frente, pero luego hicieron una vuelta casi completa, más lejos, y allí dejaron caer lo que imaginamos sería el resto de su carga de bombas, además de oírse el ametrallamiento de a bordo castigando en tierra objetivos que no veíamos. Eso nos llevó a suponer que por detrás de las primeras posiciones rojas (las que teníamos delante) habría una gran concentración de efectivos, quizás hasta con artillería y tanques, para reforzar su primera línea y atacar por sorpresa si su línea defensiva inicial fuese desalojada.

Nuestros morteros abrieron fuego y también se sumaron las ametralladoras nuestras y las enemigas. Nunca oí ruido tan infernal a través del cual se adivinaba el silbato «estridente y prolongado» que, imaginé, Oñate estaría soplando a todo pulmón. Nos levantamos todos y nos pusimos a correr cuesta abajo, tropezando y resbalando. Caí

en la primera bancada y me aplasté contra la tierra por entre las viñas, pues era imposible distinguir de qué lado venían los tiros. Esperaba un «claro» entre los disparos con el fin de ver dónde estaban los hombres de mi sección, pues, según el manual de Dar Riffien, las secciones debían mantenerse en contacto y cerca de su alférez, pero nadie estaba a mi alcance ni llamarlo. Algunos habían quedado atrás; otros que corrieron como ratas me habían pasado; en fin, cada uno por su lado y, como pudiesen, en ese terreno tan accidentado.

Me levanté y seguí corriendo hacia abajo: ¡oh, sorpresa! Otro bancal de dos metros de altura. No podía vacilar. Salté, a riesgo de romperme un tobillo. Pero no. Otra vez de barriga al suelo. Una ráfaga de balas me pasó por encima, a poca distancia, pues se incrustaron en las piedras del bancal, de las que saltaron pedazos y añicos que me salpicaron por la espalda. Por suerte, pensé, me había aplastado contra tierra.

Nuevamente me levanté y me lancé agachado en otro *sprint* a todo correr. ¡Otra sorpresa! El terreno terminó y me encontré al borde de otro corte; frente a mí una carretera asfaltada... Nunca la habíamos visto, pues desde nuestra situación, en lo alto de esa pronunciada ladera, no se alcanzaba a ver más que el fondo de la vaguada y la ladera de la subida de enfrente.

Como me había detenido en seco al borde de ese corte y tambaleándome sin equilibrio, por lo inesperado de la sorpresa, no tuve alternativa: saltar esperando no romperme las piernas, pero lo que no podía era quedarme así, al descubierto, ante los tiros del otro lado... La caída fue fortísima pero, por suerte, no sobre el duro asfalto sino en la cuneta, justo antes del asfalto, donde había tierra removida y cre-

cían malezas, todo lo cual amortiguó un poco el impacto de la caída. Pese a que se me doblaron las rodillas, me levanté y atravesé la carretera corriendo como un galgo.

A derecha e izquierda se veían hombres que también corrían atravesando la carretera y que se agazapaban entre los hierbajos y matorrales que formaban la vaguada, en dirección a la subida de enfrente. Para ellos, imaginé, fue peor: saltar esos bancales y la carretera cargados con sus fusiles, y sus cartucheras llenas, y los fardos de la campaña sobre las espaldas representaba unos quince kilos, además de las cosas que yo llevaba, mientras que mi único peso adicional era una mera pistola Astra de 9 milímetros. Me consolaba pensar que aquellos hombres provenían del campo, de una vida ruda, de trabajos corporales pesados y que, probablemente, estarían acostumbrado a ese peso adicional.

Apenas se oían disparos. Nos atrevimos a levantarnos y echar unas carreras de tanto en tanto. A poca distancia, a mi derecha, un sargento que no era de los míos, me dijo con cara compungida: «El alférez alemán murió como un pajarito. Ya en el primer bancal recibió un tiro de lleno en el corazón. Ni se enteró. Cayó en redondo. Yo estaba cerca. Quise ayudarlo pero en aquella lluvia de balas, ¿quién se atrevía a levantarse? Me acerqué a rastras pero cuando llegué ya estaba desangrado, blanco como el papel».

¡Qué horror, el pobre y entusiasta Wilhem Blasendorf Laube, muerto! ¿Cuántos más? Supe que a uno de los sargentos un balazo le perforó un pulmón, pero no murió. Había otros heridos, y cuando cesaron los tiros los camilleros ya estaban recogiendo gente herida. Comprendí que la preparación de nuestro ataque había sido eficiente. Si no hubiese habido antes la lluvia de morteros y el apoyo con-

tinuo de las ametralladoras, además del breve bombardeo inicial de los tres Heinkel, creo que nadie hubiese llegado al final de aquella pendiente, bien guarnecida, al otro lado. La acción posterior de los aviones, con bombardeos más prolongados y ametrallamiento desde el aire, debería haber sido notificada a la gente que estaba en primera línea para que abandonaran sus posiciones, ya que no podrían contar con refuerzos más que los de una desorganizada y mermada retaguardia.

Así que, cuando llegamos a la cumbre y a las pocas casas de esa aldea, reinaba el silencio y no se veía un alma viva. Había casas destejadas, otras en escombros, y me causó horror ver tres o cuatro hombres caídos, unos junto a otros. Uno de ellos ya ni se movía, otro agonizaba con su respiración sacudida por ronquidos sonoros, y el tercero, vivo, pero sangrando por el cuello, me imploró con su mirada, y aún con alguna fuerza me dijo: «Hermano, ¡ayúdeme! Hermano una ayuda... ¡Hermano!».

Yo no podía hacer nada; pasé de largo seguido por la mirada de aquel moribundo. Se me encogieron las entrañas de pena y emoción: sí, ¡hermano! ¡Éramos hermanos y nos matábamos como perros! Esa escena se me quedó grabada (hasta hoy, cuando la revivo en el recuerdo) e intensificó mis primeras dudas sobre la necesidad y justificación de aquellos horrores...

El terreno, después de aquel ascenso, se convirtió en un ancho espacio, casi plano, poblado de alcornos y algarrobos, árboles típicos de tierra árida, dura, inepta para cultivos de plantío.

La gente de mi sección, desparramada, o en grupos de pocos, comenzó a verse y a llamarse entre ellos, de manera que, a medida que yo caminaba en dirección a una bandera

de señalización que se agitaba más adelante, mis hombres iban agrupándose a mi lado. Pregunté si faltaba alguno y me dijeron que sólo uno que fue herido en una pierna y esperó a ser socorrido por los camilleros... Habíamos tenido suerte, la que le faltó al «alemán», pobre chico. Pensé en sus padres en la isla de Tenerife y el disgusto que tendrían que soportar al recibir la noticia... ¿La recibirían? ¿Existiría una organización en el ejército dedicada a buscar nombres, direcciones, datos sobre la fecha y lugar de una defunción de oficial con alguna fórmula de consuelo y pésames a las familias? Lo dudaba. Era evidente que la muerte de un soldado cualquiera se apreciaba y se daba por descontado que, por boca de sus colegas (había siempre un grupo del mismo pueblo que hacían correr las noticias), las familias, tarde o temprano, acabarían por saberlo.

De pronto oímos una detonación lejana. Todos nos detuvimos para escuchar de dónde venía el silbido del proyectil... ¡Hacia nosotros! Todos nos tiramos al suelo. La explosión fue cerca, a diez o quince metros. Metralla y piedras golpearon algunos árboles circundantes... No pasó nada. La gente se levantó y fuimos a curiosear en el lugar del impacto. Sólo un pequeño cráter aún humeante. Debía de ser un proyectil de uno de esos cañones ligeros de campaña (7,75 o 10 mm máximo). Lo que no entendimos fue el porqué de ese único disparo suelto sin ton ni son. Deduje que el cañón debería de haber permanecido cargado y en su retirada, los artilleros, en lugar de retirar el obús y guardarlo, con peligro de un golpe en su espoleta ya montada, se deshicieron de la tarea disparándolo en cualquier dirección, preferiblemente hacia sus atacantes, nosotros, en este caso.

Al llegar al borde de aquella gran extensión con el mismo tipo de suelo y rala vegetación, siempre en suave des-

censo, nos encontramos con otras compañías de nuestra 4.<sup>a</sup> Bandera que ya esperaban y otras que llegaban: la plana mayor, con Oñate al frente y otros oficiales, además del médico, los furrieles, sus mulas cargadas con cacharros y objetos de cocina, el pagador y varios sargentos. Se recompuso la formación y el orden de marcha tras un descanso y un rancho frío con un tazón de vino.

Allí me di cuenta de que nuestra ofensiva (romper la línea, se decía) no había sido sólo nuestra. Mejor dicho, fue nuestra sólo en aquel sector, quizá de quinientos a mil metros, pues por ambos lados de nuestra reagrupación llegaban y se reagrupaban otros regimientos. A pesar de la distancia se distinguían, por el tono de sus uniformes, las identidades de esas tropas; por el lado izquierdo, el caqui verde claro era de la Legión Extranjera; Por el lado izquierdo, se reagrupaban gentes con uniformes color arena, con sus turbantes rojos en las cabezas; eran los «regulares», las tropas coloniales marroquíes. Así, entendí que la ofensiva se había desarrollado en un frente de varios kilómetros, donde nuestro sector había sido sólo un trecho, ya que cada una de aquellas unidades se habían movido hacia diferentes «objetivos» dentro del objetivo general mucho más amplio. La visión de esas otras formaciones a nuestro lado me inspiró bastante confianza. No estábamos solos. Si nuestro sector, u otro en algún lugar cercano, fuese rechazado o sufriera bajas que le hicieran detenerse o retroceder, aún contarían con el refuerzo de otro cuerpo que les seguía y los ayudaría a salir de apuros.

Entendí cómo funcionaba la cosa: cada día les tocaba a unos regimientos (Banderas del Tercio = Legión Extranjera) o de regulares, o simple infantería, como nosotros, ir a la cabeza de alguna ofensiva («abrir» el frente), y detrás se movía el grueso de la División (entre diez mil y doce mil hom-

bres) por si era necesario salir en ayuda del sector que fallase. Toda esa gente ni la veíamos, pues solían avanzar por diferentes caminos laterales. Al final de todo, en algunos puntos elevados que tampoco veíamos, se instalaba el grupo de jefes, el general de la División con sus ayudantes y otros oficiales, con sus binóculos y sus puestos de radiocomunicación, de donde podían observar un panorama más amplio que abarcaba toda la extensión por donde se movía la División.

La comprensión de esta estrategia me tranquilizó: estábamos siendo observados por si se daba el caso de algún auxilio inesperado y, además, significaba que no estaríamos cada día en «primera línea», ya que esa posición se turnaba a diario entre el número de unidades que componían la División. Calculé, *grosso modo*, que nos tocaría, otra vez, estar en la primera línea en unos ocho o diez días.

También entendí que en tiempo tan exacto hubiera aparecido la escuadrilla de los tres bombarderos ligeros Heinkel, que sólo dejaron caer pocas bombas en las posiciones que eran nuestro objetivo, pero más adelante se encarnizaron y con el enemigo ametrallaron en otra área lejana, que no veíamos pero que nuestro mando, en su puesto de observación, sin duda sí veía.

La comprensión de lo que era la estrategia militar me hizo sentir como un diminuto peón de un ajedrez mortífero, por el que pagaban con sus vidas o con daños corporales un sinnúmero de hombres que, ignorantes casi en su totalidad, no sabían ni entendían cómo ni por qué los mandaban de un lugar a otro a dar o recibir tiros. Recordé los cortísimos estudios en Dar Riffien y concluí que de las cincuenta páginas del librito *Estrategia* (con ejemplos de batallas clásicas de Roma, de Napoleón y de la guerra de 1914) yo no había comprendido

nada, o no había prestado suficiente atención... Ahora, con la práctica, estaba empezando a entender mi pequeño papel, como alférez, con mis ridículas huestes de treinta hombres.

Tras un breve descanso (para el rancho del mediodía) y un tiempo para poder echarnos o sentarnos, algunas personas de la plana mayor pasaron avisando de que todos deberíamos ir preparándonos para recomenzar la marcha en quince minutos. A mi pregunta de en qué dirección, me aclararon que no me preocupara por eso, porque el teniente Oñate ya había recibido el mapa y las instrucciones. Oficiales de la plana mayor irían por delante con la bandera desplegada, y bastaba con que cada compañía siguiera a la otra. La 5.<sup>a</sup> de ametralladoras y morteros iría la última, con la carga pesada, sus mulas, etc. Nosotros saldríamos los segundos, después de que el tercio iniciara el descenso. Durante un buen trecho, el terreno estaba despejado de rojos que, quizá, sólo lograrían reagruparse y oponer resistencia en cuestión de dos o tres días.

Y así reanudamos la marcha por un terreno en bajada, muy irregular, unas veces pedregoso, otras cubierto de plantas rastreras, cardos, etc.

Aquí cambio el ritmo del relato para no extenderme innecesariamente con hechos que se repetían a diario. Me limitaré a explicar que nuestra tarea era sólo andar, y andábamos mientras comíamos un rancho frío, generalmente latas de sardinas o atún, pan y un café o vino de postre, a escoger. Los furrieles apresuraban el paso para alcanzar a la gente y repartirles la comida.

Por los mojones a los lados de la carretera (marcadores del kilometraje) conté un día nada menos que veintiocho kilómetros, con cortas paradas de media hora para comer. Tuve fuertes agujetas en los muslos y pantorrillas a las que

me sobrepuse y que, para mi sorpresa, en pocos días, desaparecieron por sí solas. Cuando nos cogía la noche debíamos buscarnos —cada cual por su cuenta— un sitio algo más protegido (bajo un árbol, contra algún accidente del terreno no tocado por la brisa predominante y fría de la noche), y entonces mi ordenanza Anacleto Arrogante me resultaba imprescindible. Me ayudaba a escoger un árbol frondoso, me iba a buscar una «camilla» (a veces sucia de sangre seca, ya que las camillas se usaban para recoger a los heridos), la abría y la instalaba para que me echara en ella. Yo me enrollaba como una salchicha en mi capote, me extendía boca arriba y luego Anacleto me bajaba el capuchón, dejándome un hueco abierto para poder respirar. Después de andar veinte o treinta kilómetros en un día no había Cristo que me despertase. Al siguiente amanecía rígido y duro, en la misma posición en que me había echado, y sólo unos zarandeos de Anacleto conseguían que me levantara.

Otra de aquellas noches, ya echado y entre sueño y sueño, oí (todos oímos) unas no muy lejanas ráfagas de ametralladoras seguidas de explosiones que sólo podían ser de granadas de mano. Había, sin duda, algún combate por nuestra retaguardia y toda prudencia aconsejaba que nos pusiéramos en alerta, y los oficiales los primeros para reunir a los hombres y prepararnos para cualquier eventualidad, pero ¿quién se levantó? Ponerse las botas, buscar el fusil, las cartucheras, todo eso en medio de la noche. ¿Y el frío? Nadie movió un pelo. Creo que la mayoría no oyó nada. Yo tampoco me moví. Llegué a pensar que si hubiese un ataque a nuestro puesto, me arriesgaría a recibir un balazo con tal de poder seguir durmiendo.

Después de media hora cesó todo ruido de tiros y combate, y regresó el silencio. «¡Qué suerte, podré dormir en

paz!», me dije. Estos incidentes nocturnos se repitieron algunas veces durante nuestro avance, y eran la consecuencia de la estrategia militar recibida por los rojos del mando soviético, que tenía tendencia a los golpes de efecto o inicios de ofensivas nocturnas. Durante el día, examinaban y analizaban el terreno, que, si era favorable, determinaría el ataque nocturno. Y algunas veces les salía bien, ya que para nosotras aquello no era conocido, y las noches eran para dormir...

En otra ocasión, en una marcha por la zona de Falset, llegamos a una especie de corte en picado del terreno; el margen de un río bastante ancho, mientras el margen opuesto estaba a ras de tierra. Desde nuestra altura se divisaba una buena carretera y amplia llanura, asfaltada. Nos estábamos preguntando por dónde se bajaría al nivel del río para poder cruzarlo y colocarnos en el llano cuando apareció una fila de coches por la carretera (seis o siete) a gran velocidad; venían de lejos y se dirigían hacia la desembocadura del río; se veía el mar más allá. Los primeros autos eran grandes, negros, de gran lujo, con unas banderitas a los lados, cuyos colores no se distinguían en la distancia. Los otros eran más pequeños y de color verdoso.

Comprendimos que eran gente del Estado Mayor (o altos mandos) que huían hacia el norte, pues la carretera giraba en ancha curva en dirección al norte (Barcelona). Nuestra gente soltó gritos de alegría al comprender la situación, y se entusiasmaron pegando tiros sobre los autos, que, naturalmente, entre la distancia y la velocidad, siguieron su recorrido sin interrupción, aparentemente sin haber sido tocados. Pero probablemente oyeron los tiros y vieron a nuestra gente ahí encima, disparando y gritando. Seguramente se llevaron un buen susto.

Con lo que no contábamos era que, en nuestra distracción, no habíamos visto aproximarse a un grupo de tropa por detrás de nosotros que, en apariencia, había abierto su formación dando la impresión de querer rodearnos para aprisionarnos. Aún lejanos, ellos tampoco vieron que, a su vez, otro grupo (por la tonalidad de los uniformes caqui verdoso era de la Legión), del tamaño de una compañía, se desplegaba alrededor de nuestros perseguidores, y sin oírse un tiro, la Legión fue estrechando sus pinzas alrededor de nuestros atacantes, que, sin duda, por verse en número muy inferior, optaron por reunirse en pelotón, deponer armas por tierra y entregarse. Esta acción me convenció de que la 13.<sup>a</sup> División se movía entera, y que algunos de sus cuerpos seguían a otros protegiéndose mutuamente.

En nuestro caso, al habernos «perdido» en aquel acantilado sin salida —por no haber retrocedido en busca de otro camino— y debido al tiempo que perdimos en observar los coches en fuga, además de la diversión de los hombres por dispararlos para ver si conseguían «cazar» a alguno, nos quedamos rezagados. Por suerte, esa compañía de la Legión lo vio todo y nos sacó de apuros.

Encontré a un amigo mío y también alumno de la universidad, ahora teniente en el tercio, y nos saludamos efusivamente. Su nombre era Gomis y ya le conocía de antes por sus tendencias monárquicas extremas. Al acercarse al grupo aprisionado, los «pinchó» con cierto sarcasmo: «¡Ahora vais a ver! ¡Cuando termine todo esto os vamos a poner un rey enorme, con una corona de oro así de grande en la cabeza!», decía acompañándose con un amplio gesto de brazos abiertos y extendidos. Todos soltaron carcajadas, inclusive los prisioneros rojos. Gomis destacó a varios de sus hombres y dio orden de que los llevaran presos a la retaguardia.

Gomis y sus hombres nos acompañaron un rato hasta la proximidad de un camino; nos dijeron: «Basta con que vayáis deprisa en línea recta, ya estaréis a tiempo de reuniros con el resto de vuestra unidad».

Los días transcurrían sin novedad; sólo marchar y pasar aquellas noches heladas. Antes de comer el rancho de la «cena» escogíamos el emplazamiento, y ya casi sin luz, yo solía tomar la precaución de examinar el terreno, buscando un punto más elevado para que, en caso de algún ataque nocturno, pudiésemos situarnos más altos de quien se nos acercase. Los sargentos iban por su lado y luego nos reuníamos para decidir sobre la mejor posición, y al grito de «Rompan filas», todos nos íbamos a dormir.

Una mañana, ya con el sol en el horizonte, Anacleto me levantó el capuchón y me ayudó a salir de la camilla. Mucha gente ya estaba de pie. Miré alrededor y no pude contener un grito de susto: detrás de nosotros había una colina de cincuenta o setenta metros más alta que nuestra posición que, si hubiese sido ocupada aquella noche, habría supuesto nuestro fin. Pensé: «Dio mío, qué plancha»... ¡tampoco los sargentos habían visto nada! Y qué suerte que no pasó nada y dormimos todos como benditos. Me imaginé cómo habría caído mi prestigio de oficial ante aquellos hombres por tan garrafal descuido. Pero, por otro lado, la guerra era así. Sobrevenían nuevos hechos y las cosas pasadas se olvidaban; como decían los franceses en la Gran Guerra: «*À la guerre comme à la guerre, il faut pas s'en faire*» y a aguantar.

La dirección que tomamos al reanudar la marcha, fue hacia el este, o sea, hacia la costa del Mediterráneo. Pero nos quedamos a dos o tres kilómetros al borde del mar. En esa posición giramos hacia el norte, es decir, comenzamos

a marchar en paralelo a la costa, salvo ligeras rectificaciones para sortear obstáculos o elevaciones del terreno, pero siempre volviendo a recolocarnos en una imaginaria trayectoria apuntando hacia el norte. A veces, entre montañas o accidentes geográficos, se abrían espacios por los cuales se veía el mar, pero nosotros, nada, siempre en la misma línea (hacia Barcelona, naturalmente, aunque por ahora estuviésemos todavía por detrás, a la altura de Tarragona). La faja de tierra entre nuestra línea y la costa, lógicamente, iba siendo recorrida por unidades del tercio, seguidas por otras. ¿Quién vendría por detrás de nosotros? Nada se veía, pero estábamos seguros de que otros nos guardaban las espaldas.

Durante la continuación de la marcha, en una vuelta de la carretera de tierra, ahora secundaria, comenzó un cañoneo cerrado que nos obligó a protegernos detrás de un cerro, rodeado por la carretera, y ahí nos quedamos esperando. No podíamos proseguir, pues los obuses no paraban de caer. Las mulas, con sus cargas de trastos de cocina a cuestras, se asustaron y algunas escaparon sin dirección, soltándose de sus cargas. El trecho donde habíamos parado, dada su situación al resguardo de ese monte, hacía que los proyectiles cayesen antes, dándonos baños de tierra y cascajo, o que nos sobrevolaran por encima de nuestras cabezas y fuesen a explotar más lejos, entre las mulas enloquecidas.

Había que hacer callar a esos cañones que nos tenían a todos nerviosos y sin saber qué hacer, ya que no podíamos salir ese pequeño espacio, y en él se habían apilotado casi todos los hombres de nuestra unidad. Fue con alivio como vimos acercarse a los uniformes color arena (los regulares), arrastrándose muy separados y esparcidos por entre las hierbas y las malezas.

Se les notaba su táctica, que debía de ser instintiva o adquirida en su guerra contra España en el Marruecos del norte, en aquella prolongada rebelión (bajo Abd-el-Krim) que le salió tan cara a España, y que no finalizó hasta los años 1923-1924.

Los «moros», como los llamábamos, se desplazaban a rastras, aplastados contra la tierra, lentamente y buscando matorrales o vegetación donde ocultarse. De tanto en tanto se quedaban inmóviles durante algún tiempo. Parecían muertos: «A ése ya le han dado», pensaba yo..., pero, nada, al rato, rastreaba unos pocos metros y paraba de nuevo, levantando un poco la cabeza para echar una mirada en círculo. Todos hacían lo mismo y parecían como lentísimas lagartijas, desplazándose hacia el lado izquierdo de la falda del monte, tras el cual alguien ya había localizado la posición de la batería cuyos disparos tanto nos agobiaban, y habían paralizado los movimientos de otras unidades, impidiéndoles utilizar esa carretera.

Al poco tiempo se oyeron disparos, detonaciones de granadas de mano y luego silencio. Los furrieles salieron en busca de las mulas (era más preciosa una mula que un soldado), recogieron peroles y cacharros desparramados, recargaron todo en las mulas, recompusieron los arreos, y nuestra 4.<sup>a</sup> Bandera se puso en marcha. Habíamos perdido unas dos horas.

Siguiendo por la carretera, la curva se completaba, pasando por detrás del cerro fatídico donde, a media altura, estaba apostada la batería en una terraza natural que le permitía dominar la carretera en los dos sentidos y todo el terreno alrededor. Enseguida lo entendimos: los cañones debían apuntar un poco hacia arriba para que los disparos pasasen por encima de los pocos metros que faltaban para

la cumbre. Por esa razón, los que estábamos abajo, cerca del talud, no éramos alcanzados directamente. Pero hacia la izquierda y la derecha, los cañones tenían buena visibilidad y obligaron a las unidades que marchaban por la carretera a dispersarse. Imaginamos que ese cañoneo se destinaba a detener nuestra marcha, quizá para permitir dar más tiempo a algún movimiento de retirada, ya que lo lógico hubiera sido aprovechar la desorganización provocada para lanzar un ataque, que podría haber sido muy serio para nosotros.

El espectáculo de los cañones volcados, los sirvientes degollados, cabezas sueltas por las cercanías, sangre en profusión, otros perseguidos y en su fuga abatidos a tiros primero y luego rematados a bayonetazo limpio, y la mayoría casi desnudos por haberseles robado ropas y botas fue una horrible visión, pero, como he dicho antes, «à la guerre comme à la guerre»... Así era. Recompusimos el orden de marcha y nos pusimos a caminar otra vez.

Algunos días, toda la 4.<sup>a</sup> Bandera se detenía para recibir un rancho caliente y más sustancioso, pues la dieta sólo de pan y sardinas iba debilitando a la tropa, y las quejas eran más frecuentes. En esas ocasiones, todos se diseminaban a la sombra de algún árbol (o donde mejor pudiesen, ya que las sombras eran rápidamente acaparadas). Al golpe del ya conocido gong se formaban las filas, cada hombre con su plato de aluminio y su tazón, para volver a los lugares escogidos. Esos sustanciosos ranchos calientes (lentejas o garbanzos con chorizo o morcilla, más un buen tajo de carne, ya fuera de cordero, vaca o cerdo) eran una esperada recompensa, concluida con vino o café, al gusto, y luego media hora más de descanso para la siesta o la limpieza de los platos, etc. Todos volvían a su formación de marcha alegres y reconfortados, inclusive los oficiales.

Salvo algunas refriegas de tanto en tanto (cortas resistencias organizadas a toda prisa y dispersadas en una o dos horas por la unidad del turno de frente), la marcha de la 13.<sup>a</sup> División continuó avanzando hacia el norte (Barcelona), una columna casi siguiendo la costa, la nuestra, en paralelo, a uno o dos kilómetros más adentro (apartándonos o acercándonos según fueran los accidentes geográficos, algunos tan grandes que no permitían atravesarlos en línea recta), y una segunda y una tercera columnas, todas en paralelo, con la misma distancia entre una y otra. Esa línea de avance cubría, pensaba yo, cerca de diez kilómetros, y a medida que avanzábamos pasábamos por pueblos que habían sido abandonados (por el miedo de sus habitantes). Y huían al monte, pues por el camino se podían ver frecuentemente huellas sangrientas del paso de los «moros». Efectivamente, para éstos no había distinción de por qué motivo o contra quién luchaban. Sólo acataban órdenes de sus oficiales (gentes entrenadas en el trato con esos coloniales, muchos ya hablando o entendiendo el bereber o sus dialectos), y los oficiales no eran tantos como para poder vigilar a todos y mandar en ellos.

A los moros, la guerra les despertaba sus instintos tribales, primitivos, y cuando una acción militar terminaba con algún éxito se sentían aún exaltados, con derecho a «premiarse», haciéndose con cualquier botín y matando a quienes encontrasen en su camino.

Veíamos, con triste frecuencia, cadáveres a los lados de las cunetas y los caminos que claramente se identificaban por sus ropas rurales, alpargatas y su aspecto humilde, como descuidados e inadvertidos campesinos que iban o volvían de sus quehaceres.

Otras veces habíamos visto ovejas muertas y destripadas, de las cuales se habían extraído los fetos, algunos aban-

donados por inmaduros; otros, ya próximos al parto, arrebatados para ser asados y devorados con deleite.

Se había corrido la voz sobre la salvajería de los «moros» entre las tropas nacionalistas, y ante la proximidad de éstas en algún avance u ofensiva, los habitantes huían con lo puesto y se escondían donde podían entre escondrijos o lugares ocultos que ellos conocían.

Si la dirección de la marcha de una de esas unidades de regulares les llevaba a cruzar un pueblo, las tropas entraban por un lado y salían por el otro con gallinas, conejos y corderos colgados de la punta de sus fusiles. En esas ocasiones, los oficiales, con sus «fustas», generalmente acompañaban a sus hombres; no les dejaban separarse de la columna, y les propinaban dolorosos golpes con sus flexibles varas para evitar que entraran en las casas a saquearlas. Bastaba cerrar un ojo y dejar que se llevaran a los animales del corral. Por lo menos era algo válido para los moros, y el daño no era mucho para los campesinos.

A medida que nos acercábamos a Barcelona hallábamos menos resistencia y el terreno era cada vez más libre. Nos llegaban noticias de que grandes grupos de personas huían ante nuestro avance, y que ya se formaban tumultos de refugiados en la frontera a los que la policía francesa no dejaba entrar (oficialmente), mientras el gobierno francés determinaba medidas para permitir que esas miles de personas fuesen acogidas, y se les proporcionara alimento y un techo. Mientras tanto, los mismos agentes aduaneros, la policía y los habitantes de la región tomaban como propia la labor humanitaria de repartir alimentos, alojarlos en iglesias, escuelas, hangares, etc.

Cuando Francia promulgó la autorización y se consiguieron los fondos suficientes, llegaron equipos de traba-

jadores, topógrafos, partidas de tablas de madera, tejas de cemento-amianto, vigas de hierro, cantoneras, etc., y en poco tiempo se levantaron una serie de habitáculos (tipo *stalag*, de triste recuerdo de los campos de concentración que se conocerían años después como una innovación de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial), donde iban metiendo a la gente a medida que ésta iba llegando. La gran mayoría de estas gentes huían sin necesidad, sólo por miedo, pues la política del mando militar, y sus diversos sectores encargados de la subsiguiente investigación y «limpieza» en los territorios y ciudades conquistadas, buscaban, básicamente, personas manchadas por «crímenes de sangre». Se procedía a rápidos juicios por tribunales militares *ad hoc* y sin tardanza, tácticas y demoras y «defensores» leguleyos, y aquellos a los que se consideraba culpables eran pasados por las armas. O sea, fusilados.

Sin duda, muchos de los refugiados en Francia tenían crímenes de sangre en la conciencia y, por supuesto, éstos no volvían. Pero la gran mayoría, familias con niños, ancianos, gente normal que huía por el terror que les inspiraba la guerra, al cabo de cierto tiempo, y ante las noticias de que nada terrible estaba pasando y que se habían instalado unas autoridades civiles que parecían poner orden en las cosas, fueron regresando a sus pueblos y volviendo a sus abandonadas casas.

La 13.<sup>a</sup> División llegó, por fin, a las cercanías de Barcelona. Yo iba reconociendo el terreno a medida que avanzábamos. La planicie del Panadés, sus viñedos, el macizo de Montserrat más allá, a lo lejos, resquicios por donde asomaba el mar, a la derecha, cuando el terreno ascendía y permitía vislumbres lejanos de Sitges y de un macizo que me pereció el Tibidabo visto por detrás.

De pronto, tiros. Balazos que cortaban las cañas que bordeaban el camino. Todos nos agachamos a la altura de las paredes de piedra (divisoria de campos) para cubrirnos del fuego, y anduvimos largo tiempo en esta incómoda posición. Entre nosotros nos preguntamos: ¿qué se le habrá ocurrido al enemigo, a esa hora, para organizar una operación de resistencia con el fin de impedirnos la entrada en la ciudad? Eran las tres de la tarde y aún nos quedaban tres o cuatro horas de luz para completarla.

Ahora apareció suelo barroso. Agua. Tierra empapada. Estábamos en el margen del Llobregat. Habría que pasar al otro lado. Yo sabía que este río, límite de la ciudad, era muy raso (como máximo el agua llegaba hasta las rodillas), pero el fondo era pedregoso, resbaladizo, recubierto de cantos rodados donde se torcían los pies.

Lo peor fue que en el lado opuesto, frente al río, un tanque ruso con su torreta giratoria y cañón giraba como indeciso sin saber hacia dónde debía disparar; estaba allí plantado cerrándonos el paso. A cincuenta o cien metros, ya se había metido en el agua una unidad de la Legión, y el tanque decidió dispararlos. Les llovieron piedras y metralla por encima pero, por lo que vimos, la fila india siguió corriendo, agachada, y más hombres siguieron pasando. Nuevos disparos y nueva ducha de cascajo y agua sobre la columna.

Al ver que el tanque iba a disparar un tercer cañonazo sobre aquella fila, que no se detenía ni se interrumpía, Gutiérrez me sopló: «Ahora, mi alférez, ahora. Vamos a aprovechar que el tanque está ocupado con los otros». Nos levantamos casi juntos y reconozco que si Gutiérrez no me hubiera inspirado ese momento quizá me habría quedado ahí acurrucado, a ver qué pasaba y con recelo de levantarme y meterme

en el río teniendo que enfrentarme al tanque. Calculé que por el estrecho campo de visión del visor del operador del tanque, quizá no alcanzaría a vernos al enfocarse los que ya cruzaban el río. Pero no tardó mucho el operador en decidir que sería bueno también echar una mirada en redondo. Nos cogió de lleno en medio del río, Gutiérrez y yo en cabeza, seguidos de todas las demás compañías, en fila india. Media vuelta a la torreta y el cañón, con su ojo negro, mirándonos y moviéndose un poco de lado a lado, ajustando el tiro. El efecto, dada la corta distancia, fue inmediato: al disparo se levantó un géiser de agua y piedras que a algunos les cayó en la cabeza. Me pregunté por qué el tanque apuntaba hacia delante de los hombres y no directamente a ellos. Y entendí la razón: con un disparo directo a la fila se corría el riesgo de que pasara entre dos y se perdiera o tocara sólo a un hombre y, por supuesto, lo matara. Si apuntaba hacia abajo, algo por delante de la columna, podría lanzar la metralla, con piedras y cascajo en «abanico» y tocar a varios hombres de rebote, con un resultado más eficaz.

Mientras tanto, varias columnas habían acabado de cruzar el río y se dispersaban por otra margen del Llobregat desplazándose hacia el tanque, que, ni corto ni perezoso, aceleró su motor con gran ruido, dio media vuelta y se metió por las calles de San Feliu de Llobregat, desapareciendo de nuestra vista.

Una vez al otro lado, cada unidad trató de reunir a su gente, que se recompuso en su debido orden de marcha, sólo que, como medida de precaución, marchó una fila por cada lado de las calles y al ras de las paredes de los edificios, casas o verjas de jardines. Naturalmente, todo cuanto fuese comercio, tiendas, etc., tenía las puertas cerradas y sólo en algunas ventanas se veían, asomados, curiosos

que observaban y se escondían. No hubo un solo tiro, un solo grito, nada. Nos parecía estar recorriendo una ciudad fantasma.

De pronto, me asaltó la sorpresa al reconocer la señorial entrada del palacio de nuestros amigos los Vilallonga: Salvador Maldá, marqués de Castellbell, Carmen Portago, su mujer, y sus hijos, José Luis de Vilallonga (*l'hereu*), nuestro amigo de años, y María Antonia y Alfonso. Sabíamos que habían regresado a España después de vivir un tiempo en San Sebastián. Luego Salvador (capitán) fue asistente de órdenes del general Monasterio, en caballería; José Luis, en una unidad de artillería especializada en pequeños cañones antitanques (suministrados por Italia como novedad técnica), y Carmen, la madre, con María Antonia y Alfonso, los pequeños, se instalaron en Palma de Mallorca *for the duration*. José Luis Vilallonga se convirtió, años más tarde, en un escritor de renombre y, viviendo en París, escribía tanto en francés como en castellano. Fue publicado en ambas lenguas y actuó en algunas películas italianas (Fellini) y francesas y se convirtió en un controvertido personaje de la *international set*.

Al pasar a lo largo de esos muros recordé con la nostalgia de los buenos tiempos los fines de semana que habíamos pasado juntos, mi hermano y yo, la vista sobre el precioso jardín italiano, con sus fuentes y estatuas clásicas, las barbaridades que José Luis urdía, los chistes, las chicas que venían a vernos, las manías de Salvador con su «ritual» de vestirse, en fin, infinidad de recuerdos que la guerra había enterrado.

Continuamos la marcha por barrios que nunca había pisado hasta Sants, zona industrial y vecindario de clase proletaria, donde vivían más familias de cualquier provin-

cia del resto de España que propiamente catalanas. Desde Sants se entraba en el barrio circundante a la plaza de España, de la que partía una ancha avenida que era la vía de acceso de lo que fue la Exposición Universal de 1930, que el rey Alfonso XIII aún estuvo a tiempo de inaugurar, ya que pocos meses después (1931) cayó la monarquía y se instauró la Segunda República (la primera duró sólo un año, 1873, y fue un fracaso; ¿Qué pasaría con ésta?). Fue el año en que volvimos de Francia, donde mis padres habían decidido instalarse (Cannes) desde 1923. Muchas de las cosas que sucedieron entonces en España las supimos mi hermano y yo por oírse las decir a los mayores.

Al llegar al centro de Barcelona, después de haber marchado por toda la Gran Vía, me dirigí a Oñate —seguía de jefe de nuestra plana mayor— para pedirle si me daba permiso para dejar mi puesto uno o dos días e ir a buscar a mis abuelos y otros familiares que, por lo que sabía, no habían podido salir de Barcelona. Sabíamos que nuestra unidad no retomaría la marcha en dos o tres días hasta recibir órdenes superiores, y después de que se instalaran las nuevas autoridades —alcalde, mandos policiales, capitán general para la región, servicios de agua, gas, electricidad, transportes—, así que aseguré a Oñate que no «desertaría» y me las arreglaría para saber el paradero de la 13.<sup>a</sup> División y retomar mi puesto. Me dio el permiso y me lancé a esas calles, reconocidas, sin medir la distancia ni el tiempo, y subí hasta la calle Balmes, esquina con plaza Molina, donde mis abuelos y tíos Jorge, Quito y Silvia vivían. Hacía ya mucho tiempo que se habían mudado, y ahora vivían en la calle Párroco Ubach, una callecita cerca de la calle Muntaner.

Nueva caminata hasta encontrar esa calle, preguntar a la portera por el piso y puerta, subir algunos tramos de esca-

lera y llamar a la puerta con alguna insistencia. Ruido de pasos que se acercan y, por una estrecha abertura, adivino las facciones demacradas de mi abuelo (Alejo Vidal-Quadras), al que debo interpelar para anunciarle quién soy. Expresión de sorpresa y susto, y ya con la puerta abierta del todo, mi abuelo me suelta: «¿Tú?, ¿qué haces por aquí?, ¿de dónde has salido?».

Ya era de noche y las luces de la escalera, igual que las del piso, sólo daban una luz escasa y anaranjada. Se acercó mi abuela (Elvira), también más envejecida, y un tío segundo al que pocas veces había visto: Fernando Vidal-Quadras, el hermano mayor de los varios hijos del clan de tío Carlos (éste, hermano más joven de mi abuelo). Por circunstancias de la guerra, entendí que se había quedado sin trabajo —tampoco yo sabía cuál era— y no sé cómo se había refugiado en casa de mis abuelos, donde no tenía ni siquiera un cuarto propio, pues dormía en una especie de sofá improvisado a modo de cama, con los almohadones encima a guisa de colchón.

Recuerdo que, de las escasas subsistencias encontradas, mi abuela pudo darme un sándwich de jamón. Pasamos largo tiempo en contándonos las mutuas peripecias pasadas, enterándonos de los paraderos de los dispersados miembros de la familia y rememorando las muertes de Guillín y Javier, que, de un modo u otro, habían llegado a sus oídos. Ambos expresaban poca emoción y un sorprendente (para mí) distanciamiento de todo aquello, y su conocimiento sobre hechos de esa guerra que, en realidad, había supuesto el hundimiento final de nuestro núcleo familiar, tan apegado y solidario en otros tiempos, era escaso. Qué pena, qué cambio, qué desastre, esto no tendrá salida, no tendrá vuelta, pensé.

Aquella primera noche dormí en el pequeño piso de mis abuelos y por ellos supe que Quito, el menor de mis tíos

con el que me llevaba apenas siete u ocho años y con el que había jugado con trenes eléctricos y el mecano (era muy infantil en su carácter), se había casado, abandonando finalmente sus interminables correrías tras las faldas y sus amóríos entusiastas por chicas de sociedad con las que acababa cortando por la fuerte oposición de sus familias, dadas las pocas perspectivas que Quito ofrecía: sin estudios, sin una carrera que seguir, sin dinero, y el último vástago de una muy conocida, pero arruinada, familia. Sólo poseía una extraordinaria belleza masculina (como la de algunos actores de cine de la época) y una jovialidad y simpatía contagiosas. Pero, pronto, las «niñas» descubrían su falta de sustancia y lo plantaban. Pero él ya tenía otra esperando.

Tía Silvia, con su marido, Cayo Quiñones de León, y sus hijos, había cambiado de piso y, según mis abuelos, que los veían poco, vivían muy justos de dinero. No tuve tiempo para ir a verlos. Me enteré de que parte de la 13.<sup>a</sup> División, entre las cuales estaba mi unidad, había sido acuartelada en el cuartel de..., no recuerdo el nombre, en espera de nuevas órdenes. Me presenté para retomar mi puesto y supe que algunas unidades seguirían hacia el norte para impedir una eventual reacción y tentativas subversivas.

El tono de la prensa dio una vuelta completa, y comenzaron a aparecer noticias y comentarios críticos con la guerra bajo el régimen republicano, debido a su preponderancia populista-comunista, y extractos del noticiero internacional dando cuenta de la fuga de miembros del gobierno y personajes exaltados (como la propia Pasionaria), que se embarcaban en Valencia, Alicante o Cartagena, en buques soviéticos de auxilio con destino a Rusia. Otros, por otros medios, inclusive aviones, iban a tomar refugio a México, Francia, Argelia, etc. Pero quedaron algunas autoridades,

menos comprometidas, que tomaron así la responsabilidad de seguir manteniendo el orden, los contactos oficiales con Francia en beneficio de los miles de refugiados al otro lado de los Pirineos.

Se publicaba, y el Banco de España lo confirmaba, que el «lastre oro» (eran algunas toneladas de oro en lingotes que constituían el Tesoro Nacional) había sido embarcado rumbo a Rusia en pago de la ayuda militar soviética en aviones, tanques, artillería, munición, camiones, consejeros para el alto mando, hombres (no muchos), pilotos, etc., con lo que, comentaba la prensa, Rusia, además de ayudar al ideario soviético para un aliado, había hecho un buen negocio, ya que no hubo «prestación de cuentas» y nadie sabía cuál era el valor de esa «ayuda» soviética en España, cuyo Tesoro Nacional en oro era entonces uno de los mayores de Europa. En efecto, en la guerra de 1914 casi todos los beligerantes se arruinaron; en cambio, España, como país neutral, se benefició con sus exportaciones a los Aliados de hierro, cueros, calzados, cobre y, cuando podía, también alimentos, granos, tejidos, etc.

Recuerdo las conversaciones entre mis padres, cuando en Cannes (1923-1930) comentaban los asuntos monetarios y analizaban diariamente las cotizaciones publicadas en la página financiera del periódico recibido en casa. Lo que les importaba era seguir la tasa del cambio, y recuerdo como si fuese hoy que una peseta se cotizaba a 6,50 francos, a veces incluso a 7,00 francos, pues Francia sufría una gran devaluación en su posguerra (Alemania ya ni contaba, pues la devaluación del DM (Deutsche Mark) se cifraba en millones; se decía que para comprar una cajita de fósforos había que llevar el dinero en una carretilla). Yo sospechaba que esa ventaja del cambio fue la razón decisiva que llevó a

mis padres a instalarse en Cannes, que, además, era uno de los lugares privilegiados de la Côte d'Azur, donde transitaban o pasaban largas temporadas personajes conocidos de todo el mundo.

A partir del advenimiento de la República (1931), la posición financiera internacional de España sufrió un bache considerable y la devaluación de la peseta. El coste de la vida en Francia perdió interés, al menos para los españoles. Coincidió esa circunstancia con la evidencia de que nosotros dos (mi hermano Alejo y yo) estábamos ya en edad de ponernos a estudiar en serio (basta de *fräuleins*, *madames* Sins, tutores rusos, *kindergartens*..., y así comenzamos nuestro bachillerato en el colegio Bonanova (orden de enseñanza de origen francés fundada por un *frère* de Saint Jean de la Salle). Como se deduce de lo contado en el primer episodio: Ibiza-verano de 1936, habíamos terminado precisamente nuestros respectivos bachilleratos y estábamos iniciando las vacaciones escolares.

Tras esta digresión —un simple *trait d'union* entre el inicio de estas memorias y su fin—, retomo, ahora a paso rápido, algunos hechos que aún tienen interés para comprender mejor cómo languideció hasta fenecer esa Segunda República y cómo acabó instaurándose un régimen que, descontados los primeros meses de represalias y afirmación de fuerza, fue progresivamente institucionalizándose y creándose un ambiente de «día a día» que acabó conformando un periodo de treinta y seis años de tranquilidad, trabajo, ausencia de huelgas operarias, bajo nivel de salarios pero sin pobreza excesiva, pocos casos de corrupción, «autocensura» en las noticias y, en fin, una calma resignación de la que cada ciudadano se sentía partícipe, ya que todos, sin excepción,

sintieron la mordedura del dolor de aquellos tres años de terrible lucha fratricida y consideraron que «no había valido la pena, la sangre y los sacrificios sufridos», ¿para qué?, que hubiera sido mejor habernos entendido «antes». Esa guerra llevó el rebelde, soberbio y vengativo carácter de los españoles (en general) a una consciente mansedumbre y a nuevo espíritu de colaboración social.

El fin de la guerra consistió sólo en la eliminación de la ocupación «material» con hombres y tropas del resto de la Península, tomada de depósitos de municiones distribuidos un poco por todas partes, en la entrada en Madrid y la reorganización de sus autoridades, así como en acompañar y direccionar columnas de prisioneros en un lamentable estado de decadencia física, andrajosos, famélicos, algunos agonizando en la cunetas, y todo eso sin que nadie (ni los ex rojos ni nosotros) tuviésemos medios de transporte, ni ambulancias, nada... Íbamos en camiones, en fila, pasando esa lastimosa columna, que se estrechaba por el lado izquierdo para dejarnos pasar por la derecha. Nos miraban con ojos de corderos asustados y pedían pan...

Nos hallábamos en el centro de Castilla la Nueva; estábamos casi en verano, el aire era seco y caluroso. Mi chófer me comentó que pararíamos en Ciudad Real. Y así fue. Un comité de vecinos —con las autoridades básicas ya constituidas por ellos mismos— nos recibió y entablamos una animada conversación. A los soldados, con sus sargentos, los condujeron por callejuelas hasta las afueras y los instalaron en una gran construcción (¿una fábrica abandonada?), y a los oficiales les fue entregado un papel («requisición de albergue») con dirección y nombre, donde se pedía a los propietarios de determinadas casas que acogiesen al oficial en cuestión, ofreciéndole cuarto, cama y agua por unos días.

Me tocó una casa bastante grande y un cuarto, grande también, con muebles, lavabo con su jarrón de agua (no había agua corriente) y me sentí perfectamente cómodo.

La dueña, con una hija de diecisiete o dieciocho años y otro niño de quince, al principio reacia, fue poco a poco ablandándose y acabó por contarme que su marido había muerto al inicio de la contienda y que tenía un hijo mayor (veinticinco años) que era teniente y de quien no tenía noticias desde hacía ya meses. Quise consolarla diciéndole que ya aparecería, que se había terminado la guerra y que lo normal era que cada uno intentase volver a su casa. Pensé para mis adentros que quizás hubiese muerto o se encontrase entre aquellas filas interminables de prisioneros.

Unos días más tarde (habíamos confraternizado con las gente, que ya había notado que no éramos ogros; incluso me lié un poco con una chica muy mona, hija del jefe de la estación ferroviaria de Ciudad Real), Oñate nos reunió e informó que nuestra unidad había sido designada por el mando superior, para el fusilamiento de un grupo de diecinueve personas —una mujer entre ellos— que acababan de ser juzgados por un tribunal militar y que, habiéndose comprobado que habían cometido «actos de sangre», habían sido condenados a muerte. ¡Vaya tarea que nos había tocado! ¿Y por qué no escogieron otros para eso?

Uno de los oficiales (coronel) del consejo militar dijo a alguien de quien era pariente (y se lo contó confidencialmente), que el tribunal, sin discrepancia, manifestó que esa misión era denigrante para las Fuerzas Armadas y que debería ser ejecutada por otro cuerpo que no tuviese prestigio que preservar. Todos decidieron que esa misión podría desempeñarla mejor la 4.<sup>a</sup> Bandera de Falange Española, pues no eran propiamente «militares» sino un compuesto polí-

tico cuya formación doctrinaria se había iniciado ya como luchadores anticomunistas. Y los condenados eran todos comunistas. Los delitos que les imputaban eran, precisamente, asesinatos de sus empleados o patrones. Uno de ellos era un guardia civil que se había pasado al lado contrario y fue cómplice de denuncia y asesinato de varios de sus compañeros. La mujer (sería una criada resentida de un patrón exigente, marqués de tal y cual), después de acuchillarle, le saltó encima del vientre y de los intestinos que le sobresalían por el corte... Y los demás, todos igual, tenían sobre sus cabezas culpas de sangre que además los habitantes sabían y comentaban.

Yo me preguntaba: ¿cómo esas gentes han podido seguir conviviendo entre ese vecindario y ser aceptados? Creo que la respuesta era clara. Bajo el dominio de las ideas políticas (Ciudad Real había sido roja durante toda la guerra), esas gentes se hallaban a salvo por la complicidad y mérito ganado ante las autoridades de aquel periodo.

La ejecución de esas diecinueve personas fue revestida con todos los ritos del reglamento. Se les encerró en la prisión provincial (pequeña, con un corredor central formado por unas diez o doce celdas en cada lado, cuya parte delantera, del techo al suelo, se cerraba con una reja de barras de hierro (como jaulas para leones en un zoológico), un catre como cama, una puerta en el fondo que debía de esconder un retrete y el lavabo, y al final del corredor un altar donde velaba un cura (con casulla y todos los implementos eclesiásticos necesarios para una misa).

Delante de cada celda colocamos a uno de nuestros hombres, en pie, piernas algo abiertas, un fusil apoyado en el suelo por la culata y sostenido por el cañón con las dos manos. Como nadie aguantaría así, de pie e inmóvil hasta el

amanecer, organizamos turnos de dos horas para cada centinela, que no desempeñaba en realidad esta función sino más bien la de honrar con su presencia a quienes irían a morir dentro de pocas horas por sentencia militar.

El sacerdote alternaba una misa con un descanso. Salía, y a la media hora volvía de la sacristía al altar y... otra misa. Los presos dormitaban y no hubo quejas ni llantos. Ya sabían lo que les esperaba y parecían resignados. En la Comunión, el sacerdote preguntaba en voz alta si alguno de los presos quería comulgar. Silencio: nadie lo pedía. En una de las misas, ante esa petición se oyó una voz: «Qué tonteería. Déjense de cuentos y acaben ya con esta pantomima».

Fuera, en la entrada de la cárcel, los oficiales —yo entre ellos— nos preguntábamos por qué nos habían designado a nosotros —la primera compañía— para llevar a cabo esta ingrata misión, y pensamos que fue por una pura cuestión del destino. El coronel, aliviado por la solución, dijo: «¿Y quién? Son muchos los condenados. Será necesaria casi una compañía si contamos con tres o cuatro hombres para cada uno; para que la cosa salga bien hará falta una compañía entera». Y le salió como si fuese un juego de suerte. «Bueno, pongan la primera compañía» (como podía haber dicho la tercera o cuarta).

Nos pusimos entonces de acuerdo en que el «rito» usual que hubiera sido: «¡Armas al hombro, apunten... fuego!», nos parecía muy cruel y quizás hubiera causado el desmayo o desespere de alguno de los condenados. Así, decidimos colocar cuatro hombres frente a cada uno de ellos (¿quién escaparía de morir sin sufrimiento con cuatro balazos, dos al corazón y dos a la cabeza?) e instruimos a los ejecutantes que en vez de las órdenes consabidas el teniente Asensio tocaría un pito, así, «de repente», con todos los hombres apuntando ya

a los condenados en silencio. Al toque del pito, a todo pulmón, de Asensio, salió la descarga poco sincronizada, pues faltaban las órdenes pausadas y preparatorias para sincronizar los disparos.

Los condenados habían sido colocados frente a un muro que, por detrás, cerraba un campo de fútbol. Todos se desplomaron, y cuando uno de los oficiales comenzó a darles en la cabeza el *coup de grâce*, uno de los «muertos» se incorporó, se sentó en el suelo y gritó: «Oigan, que a mí no me han dado». Nos quedamos fríos... Yo pensé: ¿no tendríamos que soltarle? No existe en el reglamento nada dicho sobre lo que debe hacerse en el caso de que alguien se libre de una ejecución por impericia del ejecutante. Pero no tuve tiempo para completar mi pensamiento: el oficial (no lo vi bien, pues aún no había clareado el día) que daba los *coup de grâce* a los que tenía más cerca, simplemente dio unos pasos hacia el «resucitado» y le disparó, sin titubear, en la cabeza dos veces.

Los camiones esperaban fuera del recinto del campo de juegos y los hombres de nuestra compañía se subieron a ellos, nosotros en las cabinas, y nadie hablaba ni comentaba nada, pues muy grande había sido el trauma causado en el espíritu de todos. Me atreví a preguntar al conductor de mi camión:

—¿Y quién se ocupa de recoger y enterrar a esos muertos? ¿No tendrán familiares que los querrán ver y enterrar?

El chófer respondió un poco sarcástico:

—No creo. A éstos nadie va a reclamarlos. Eran unos exaltados y tuvieron a mucha gente asustada durante mucho tiempo. El ayuntamiento mandará a sus empleados para que los recojan y los lleven al cementerio. Y se acabó..., igual que cuando se fusilaron a gentes y autoridades del otro lado en este mismo campo...

Este comentario del chófer, dicho con tal naturalidad y desapego, me apagó un poco el remordimiento. Por comentarios en conversaciones con vecinos, gente en bares, la propia chica con quien yo flirteaba, toda la ciudad se había despertado con la descarga, y todos, casi todos, ya sabían qué era, quiénes habían sido las víctimas. Nadie comentó ni razonó en pro ni en contra, quedándose en el aire un estado general de reticencia como si fuese un hecho ya previsto que era mejor callar.

Durante esos días me encontré mal, inapetente, el cuerpo dolorido... me vi en el espejo, al afeitarme, el blanco de los ojos completamente amarillo. También mi orina estaba como teñida con café y mis heces eran claras, casi incoloras. Aquello era ictericia. Me presenté en el hospital, por donde circulaban solícitas monjitas de la Caridad con sus grandes cofias almidonadas, y el médico de turno solicitó una cama para mí. Era una sala grande donde cabrían, a ojo, unas cincuenta o sesenta camas, todas ocupadas.

Una de ellas —en ese momento la estaban haciendo— sería la mía. Allí me eché, con el pijama propio del hospital de rayitas blancas y azules y, ya casi de noche, un médico me visitó, me auscultó y me confirmó que había cogido una hepatitis, probablemente de origen alimentario y que tenía que hacer reposo, en la cama, y seguir una dieta que me prepararían, a base de sopas, carnes, legumbres, nada de almidones, y, al despertar, una cucharada aceite puro de oliva... Y paciencia durante quince o veinte días. Era la primera hepatitis que cogía en mi vida.

Pasada la hepatitis, me dieron de alta, recogí mis cuatro cosas y salí fuera. Vi, casi en paralelo a la calle, al otro lado, un gran parque, mal cuidado, pero un parque, rema-

tado por una barandilla de columnas con un pasamanos que lo cubría de punta a punta. La vista era preciosa: abajo, toda una vega dibujada en cuadrículas, cada una de ellas en tonos de verdes variados según la especie de legumbre cultivada. Había bancos de jardín, para el descanso. Me senté a contemplar esa vega y, al fondo, un horizonte de montañas.

Era la sierra que hacía de frontera con Castilla la Vieja, la meseta más baja, donde se situaba la provincia de Ciudad Real; hacia el este se extendía La Mancha, tierra de las andanzas del Quijote.

Caminé hacia la plaza central de Ciudad Real con pocas esperanzas de encontrarme con alguien de la 4.<sup>a</sup> Bandera. Durante mis veinte días de hospital podrían haber pasado muchas cosas. Y como esas unidades eran mandadas de un lado a otro según las necesidades que apareciesen, imaginaba que ya no encontraría a ninguno de mis colegas. Efectivamente, las que encontré, sentadas con «nuevos» oficiales alrededor de mesas con cafés o cervezas, eran las «novias» de alféreces o tenientes de otros cuerpos llegados en sustitución de los anteriores. Entendí, por las informaciones de esas chicas —varias recibían cartas y noticias de sus ex— que toda la 13.<sup>a</sup> División había dejado Ciudad Real, y la 4.<sup>a</sup> Bandera de Castilla había sido destinada a ocupar una extensa zona en Extremadura, con centro geográfico en Medellín.

No recuerdo cómo llegué a Medellín; supongo que aproveché varios camiones militares que, en tres o cuatro tentativas, me acercaron a mi destino. Ese pueblo, compuesto de una placita central que se alcanzaba desde la carretera principal —de la red nacional y, por lo tanto, de anchura estándar y asfaltada—, estaba ocupada por una hilera de casas a

cada lado, con pequeños patios o jardincillos de unos doscientos metros, tras los cuales se abría el campo y la tierra de labranza.

Hacia el medio, unas callejuelas estrechas, típicas de pueblo, subían en pendiente hasta la plazoleta central, donde había edificios fácilmente identificables, estaba el ayuntamiento, el cuartelito de la Guardia Civil, el edificio de Correos y algunas casas antiguas blanqueadas con cal (las más antiguas), que debían de ser de los vecinos más importantes. En el centro, una estatua sobre un pedestal, a la que me acerqué para poder leer las inscripciones en bajorrelieve. Representaba a un hombre barbudo, con casco, botas, pantalones bombachos hasta las rodillas, espada en una mano y con una especie de lanza envuelta en un paño que se adivinaba era una bandera. Me sonó una campanilla en el cerebro y recordé la historia: Se trataba de la estatua de Hernán Cortés, conquistador de México. Medellín era, en efecto, su pueblo de nacimiento en el mil quinientos y tantos. Allí estaba todo escrito, lo que me confirmó mi repentina inspiración. Me lo imaginé a sus veinte años, descalzo, andrajoso, soñando con su viaje a América (Cuba) en busca de aventuras y riquezas, y ahí estaba, en bronce, el recuerdo de ese hijo ilustre, tan audaz, emprendedor como brutal.

Me fue destinada una casa (estaban casi todas vacías) sobre la carretera y allí a reencontré mis antiguos compañeros, con los cuales montamos una «república»: nos reuníamos a la hora de las comidas para debatir las novedades y los chistes del día.

Los hombres de la Bandera se habían acomodado en otras casas y reinaba un tedio general.

La novedad fue el descubrimiento que hizo Mascareñas (que tenía cara de hurón, siempre husmeando algo para

entretenerse), que en un paseo hasta la orilla del río cercano —media hora— afluyente del Guadiana, encontró, soleándose sobre unas grandes piedras de la orilla unos enormes lagartos que, gracias a su buena puntería, mataba de una pedrada. Llegó, a la hora de comer, con tres de esos enormes lagartos (como de medio metro) cogidos por las colas y los presentó triunfalmente ... ¡para comerlos!

Esa idea nos dio a todos casi ganas de vomitar. Mascareñas insistía en que no sabíamos cuán deliciosa era la carne, blanca como la de gallina, y lo fácil que era prepararlos. Él mismo, armado de un poderoso cuchillo de cocina, los limpió, desechando las cabezas, patas, entrañas, y cortó unos preciosos filetes del resto del cuerpo, básicamente las largas colas, de la cintura hasta la punta.

Con ajo, pimienta y hierbas echó los filetes en una gran sartén y los frió hasta el punto exacto que, al parecer, él ya conocía por experiencias anteriores. Comimos la comida de siempre, y con cierta cautela nos atrevimos a servirnos unos pedacitos de prueba. ¡Y sorpresa! Aquello era muy sabroso. Superado el asco inicial, los tres filetes fueron devorados con deleite. Y al día siguiente ya éramos seis en la nueva expedición al río a la caza de más lagartos. Aprovechábamos para bañarnos en las templadas aguas de ese riachuelo. Y lagarto que aparecía..., izas!, pedrada limpia. En pocos días se acabaron todos, o es que ya nos veían venir y se escondían entre las rocas. Se acabó la fiesta de los lagartos.

Otra novedad fue el inesperado regreso de nuestro comandante tras tantos meses. Le habían operado de unos cálculos biliares en la vesícula, que, según explicaba, estaba repleta de ellos, y por eso sufría tantas crisis digestivas y tan dolorosas. Mal pensados como éramos, se nos ocurrió que aquello era una buena coincidencia para evitarse aquel

inicio de ofensiva y las subsiguientes situaciones de peligro que le tocó enfrentar a nuestra Bandera hasta la entrada en Barcelona. Con cierta indulgencia, queríamos reconocer que un hombre de su edad (tendría cincuenta y pico años), oficial de carrera —ya muy «sudada» de joven en la guerra de Marruecos—, ahora padre de familia y próximo a la jubilación, ya no estaba para esos trotes, pero entre la operación y la recuperación, se tomó su tiempo entre permisos y prórrogas para dejar pasar lo peor de aquellos meses, seguramente con su familia y tranquilo.

Seguía con su misma cara de pocas bromas, algo ausente en su mirada, tras unos gruesos lentes, y de fácil consejo cuando se le proponía tomar tal o cual medida y alguno de los oficiales jóvenes se ofrecía a llevarla a cabo, a lo que asentía dando un rodeo como si, a fin de cuentas, hubiese sido una orden suya... A nosotros nos daba la sensación de que ese militar (repito, ni recuerdo su nombre) estaba en esa guerra por pura profesionalidad, sin ningún entusiasmo ni aficción sentimental por el Movimiento, ni por Franco, ni por la cantada Nueva España ni nada ... Me vino al pensamiento que si yo tuviese cincuenta años y no veintiuno vería las cosas como él.

Esos días nos llegaron unas instrucciones, por medio de la plana mayor, para preparar «impecablemente» a la tropa en maniobras de orden cerrada, además de la inspección de uniformes, equipo, etc., para un próximo desfile (Desfile de la Victoria) en una ceremonia presidida por altas autoridades (¿sería ante el mismo Franco?) para conmemorar el fin de la guerra con la victoria nacionalista.

Eso debería celebrarse hacia el mes mayo, lo que daría tiempo para solicitar, de la intendencia, suministro de ropa,

botas, corrajes, etc., para sustituir lo ya inservible por exceso de uso, extravió, etc.

Los oficiales tuvimos que realizar una inspección de todos los hombres, encuadrados en sus posiciones de formación (olvidada por la mayoría), recolocarlos, y revisar que su aspecto fuera presentable.

El resultado de la inspección fue lamentable. Con ayuda de algunos que sabían de «cuentas» y escribían, hicimos, para cada compañía, una lista de lo que faltaba o debería ser renovado. Al presentar las listas a la plana mayor, el «susto» fue general. Había que renovar o completar, en un setenta por ciento, los uniformes y equipos..., pero qué hacer para evitar un desfile de andrajosos vestidos, cada uno a su gusto, y hasta con fusiles variados (desde checos, alemanes de la Primera Guerra Mundial, otros con inscripciones de México, municiones propias de cada marca; descubrimos incluso unos de Paraguay, otros italianos, rusos también de la Gran Guerra —éstos eran desechados por ser de mala calidad—... Es decir, la variedad era enorme y todos eran fusiles de otras épocas, que la República había comprado en lotes a los países (o mejor dicho, *traders* de armas que sabían localizar esos saldos de variados orígenes y ganarse su buen dinero al revenderlos a España).

Al tomar depósitos de armamentos rojos que se encontraban en zonas conquistadas, los inspectores ordenaban separar los más modernos y sus cajas de municiones del resto, que se recogían más tarde..., pero el pillaje era tal que los hombres se los repartían como querían, algunos por curiosidad, otros como trofeos, etc., y había algunos de los nuestros que, además del Mauser reglamentario, cargaban o escondían uno o dos fusiles por diversión. De vez en cuando había que hacer una «limpieza» y devolver todo el botín acu-

mulado, que, a veces, ni siquiera era armamento, sino colchones, mantas, objetos que despertaban codicia y que casi siempre eran cosas sin valor ninguno.

Cada vez que se iniciaba una ofensiva o había en perspectiva una larga marcha, era preciso obligar a esa gente a sacarse de encima todo lo que representaba un peso o volumen inútil y hacer pilas de objetos en los márgenes de las carreteras.

En Medellín no había prensa, y las noticias las sabíamos por el *ABC* u otros diarios de gran tiraje de Sevilla, o provinciales de Badajoz que a veces alguien traía de un viaje y que solían ser de fechas ya pasadas.

Pero aquella noticia —en letras de molde que ocupaba media página— nos cayó como una pedrada en la cabeza: el anuncio del reciente pacto germano-soviético de no agresión y alianza militar firmado personalmente entre Hitler y Stalin. ¿Y cómo quedábamos nosotros? ¿No había sido nuestra guerra justamente para erradicar el comunismo de Europa? ¿Toda esa destrucción y muertos para qué? La ayuda alemana con su Legión Cóndor, aviones, aportes de nuevas técnicas en sus misiones como si todo fuese igual ... ¿Y ahora qué? ¿Había que retirar todo ese material?, ¿los hombres? ¿los técnicos? Las consideraciones eran muchas, principalmente que la Segunda Guerra Mundial estaba siendo confirmada. Toda Europa se rearmaba. El retorno a Londres de Chamberlain, de Múnich, blandiendo triunfalmente el documento con la firma de Hitler que Alemania se conformaba con la incorporación de Bohemia y el Sudetenland, y acabaría con la independencia de Checoslovaquia (el llamado famoso Pacto de Múnich), no engañó a nadie. El pacto con Rusia era necesario a Alemania para asegurarse frente a la posibilidad de un segundo frente oriental que le dejase

las manos libres para un ataque a Francia e Inglaterra por Occidente.

A nosotros, estas noticias y especulaciones nos cayeron como una ducha de agua fría y desinflaron los ánimos, que aún persistían, de que se habían barrido de España todos aquellos símbolos de POUM, FAI, CNT, UGT, comunismo, república fracasada, Brigadas Internacionales, tanques rusos, aviones MIG, etc., y que ya se tomaban disposiciones para la realización de un desfile grandioso (se llamaría «de la Victoria») y una declaración oficial del término de aquella terrible guerra civil, tras la cual el país recuperaría paulatinamente, con el esfuerzo de todos, su normalidad.

Todos aguardaban ese desfile, la declaración de Franco del fin de la guerra y después el «Rompan filas» general que permitiría a cada cual volver a su casa, guardar el uniforme como una reliquia, y ponerse a trabajar para tratar de ganarse la vida en lo que se supiese hacer... Ese fin de la guerra fue hacia mediados o finales de mayo de 1939 y, a primeros de septiembre, los alemanes rompieron las fronteras de Polonia y ... comenzó la Segunda Guerra Mundial... Definitivamente, nuestra generación no estaba destinada a escapar de la guerra.

Terminábamos nuestra guerra civil y a los cinco meses, sin dejar que España empezara a respirar, nos caía otra encima. Esperábamos que Franco, con su astucia gallega, sabría ir toreando las cosas para eludir cualquier compromiso que quizá le exigiesen los países del Eje (Alemania e Italia), como podría esperarse a cambio de la ayuda militar ofrecida a los nacionalistas en nuestra contienda.

Efectivamente, Franco se entrevistó personalmente con Mussolini en Bordighera (frontera franco-italiana), y en otra

ocasión con Hitler, en Hendaya (frontera franco-española). Se supo que los argumentos invocados por Franco fueron de peso: bastaba mostrar los números resultantes de la hecatombe sufrida en España para convencer a ambos aliados de que estarían «comprando» una situación que les agravaría el peso de la aportación española si España tuviese que sumarse al esfuerzo de una prolongación apenas terminada la guerra. Les mostró las cifras: muertos y fuera de combate, incapacidad industrial de reponer un parque militar como sería necesario, estado lastimoso de la red ferroviaria, que, sin acero importado (de la propia Alemania), estaba paralizada por la mitad, reconstrucción de trechos de carreteras inservibles, reconstrucción de cerca de cuatrocientos puentes volados por los aires ante el avance nacionalista como medio de atrasar su avance, el Tesoro Nacional de España, toneladas de oro en lingotes entregado a la Unión Soviética, además de otras enormes facturas en cobro (en libras o más oro) bajo alegación que lo ya cobrado no había sido suficiente para pagar la ayuda en material bélico y aéreo enviado a la República Española, destrucción del sesenta por ciento del material ferroviario y rodante en general, armamento antiguo del tiempo de nuestra última guerra colonial en el norte de Marruecos..., ¿qué más? Bastó que los *experts* de Alemania e Italia confirmasen a sus superiores que aquellos datos y números eran exactos —o muy cercanos de la realidad— para que tanto Mussolini como Hitler llegasen a la conclusión de que España sería más una carga que una ayuda, y que no valdría la pena tenerla como aliada «efectiva».

Bastaría contar con ella para un apoyo de la prensa, una ayuda «moral» y política, una base para el espionaje y las influencias diplomáticas, etc. Mussolini, más próximo a entender nuestra situación, no pidió ni impuso nada, sólo

ayuda en puertos españoles a unidades navales que precisasen refugio, reparaciones, etc.

Hitler sin embargo quería algo. Una prueba de mayor solidaridad de España con Alemania. Se negoció entonces que se formaría una División (de diez a doce mil hombres) que sería equipada en Alemania e incorporada a la Wehrmacht para actuar allí donde el alto mando alemán la necesitase. Fue, como se supo después, destinada al frente ruso, del cual, al final de la guerra, volvieron, por suerte, aún bastantes de aquellos «voluntarios». Otros se quedaron, aprendieron la lengua, formaron una familia y se acostumbraron a su nueva vida y a los intensos fríos de los inviernos. Esa División española fue llamada oficialmente la División Azul o, en alemán, la Blaue División.

De los que regresaron, una vez finalizada la guerra, muchos habían aprendido a hablar alemán y ruso. Fue una sorpresa general que de los que volvieron, muy pocos se quejaron de malos tratos, cuando, en España, se imaginaba que los capturados por los rusos serían sumariamente fusilados. Tras un tiempo como prisioneros de guerra, eran luego repatriados, salvo aquellos que optaban por su nueva ciudadanía y se quedaban en Rusia por haber encontrado trabajo o formado una familia.

Había que tener en cuenta que la Wehrmacht había incorporado gentes de varios países en formaciones militares de sus mismos orígenes (los había húngaros, croatas, austriacos, balcánicos, rumanos, etc.), en fin, procedentes de países conquistados por Alemania, en Europa, donde se habían implantado gobiernos «títeres» y partidos únicos inspirados en la política y en el sistema social alemán.

Ante la próxima y previsible derrota de Alemania fueron tomando cuerpo movimientos de rebelión y guerrillas,

fusilamientos de los que se habían considerado traidores, y la toma de poder por todos cuantos sentían la llegada de la hora de la revancha y el establecimiento de los regímenes comunistas prosoviéticos, una situación que duró, prácticamente, hasta la disolución de la Unión Soviética, la caída del Muro de Berlín y la paulatina instalación de regímenes de tipo democrático-occidental.

Puede uno imaginar que la gran cantidad de presos caídos en manos de las tropas soviéticas constituyeron problemas ingentes de trato con países y gobiernos que ahora pasaban a su campo, y a cuyos nuevos gobiernos (ya «títeres» soviéticos) había que devolver toda esa gente, aparte del hecho de que por su número serían de imposible «eliminación». Hubo reordenamiento de fronteras: la mitad de Polonia pasó a manos soviéticas (Tratado de Brest-Litovsk entre Alemania y Rusia), lo que se compensó dándole la mitad de Alemania y creándose la Alemania Oriental como nuevo país dependiente de Moscú.

En definitiva, hubo cerca de ochenta millones de europeos que cambiaron de país, de casa y hasta de muebles al tener que dejar lo que era suyo para instalarse en otra ciudad o pueblo, en otra casa, con otra lengua y otro sistema de vida. España, por suerte, permaneció íntegra, pero con su pobreza y destrucción a cuestas, y sólo diez años más tarde —de trabajo, reconstrucción, sin huelgas ni problema sociales perturbadores— comenzó a levantar cabeza.

Mientras tanto, lo que teníamos por delante y de inmediato era la preparación para el Desfile de la Victoria, durante el cual marcharían ante la tribuna (montada a una altura conveniente) Franco y con altas autoridades militares y civiles —quizás unas treinta personas— destacamentos represen-

tativos de los varios cuerpos y armas que tomaron parte en el campo nacionalista. Desfilaron, lógicamente, la Legión Extranjera, los regulares, los saharianos de Ifni (Río de Oro), la Infantería, los requetés (carlistas), con sus boinas rojas, unas Banderas de Falange Española (entre las cuales la nuestra), Caballería, Guardia Civil, Artillería (algunas piezas tiradas por caballería, otras motorizadas), tanques de varios tipos y tamaños, motocicletas en formación..., en fin, representaciones de todos los cuerpos que tomaron parte en la contienda.

A la llegada a Medellín del material de reposición recibido en dos camiones de Intendencia, se destinó un día a la «prueba» de tamaños de botas, camisas, pantalones, corrajes, etc., según el físico de cada hombre, su altura, más o menos barriga, pies, etc., y se llegó al punto de una satisfacción casi completa de cada uno con su elección.

Al día siguiente comenzamos el entrenamiento de marcha por grupos de cada compañía. Aquello parecía una película del gordo y el flaco. No conseguían sincronizar el paso ni las distancias entre las filas, ni tampoco mantenerlas en línea recta..., era un desastre. Hombres que nunca habían desfilado en «orden cerrada», con sus rodillas y tobillos endurecidos, los torsos inclinados, unos hacia delante, otros hacia atrás, los brazos desacompasados, y de nada servía marcar los pasos al compás de «Ap, ou, es, aro» pisando el talón del de enfrente.

Se me ocurrió dividirlos en grupos de diez, separarlos, y así, más sueltos, conseguir que se les metiera en la cabeza el compás (1, 2, 3, 4) del ritmo de los ciento catorce pasos por minuto (como nos enseñaron en Dar Riffien). Los otros al-

féreces se dieron cuenta de que el sistema de hacer grupos más pequeños para el entrenamiento y la absorción del compás daba mayores resultados. Y siguieron el ejemplo. Después de horas de machacar ese compás y la sincronización de los pasos intenté colocar dos subgrupos juntos y ¡oh, maravilla!, se mantuvieron en línea, los cuerpos erectos, y consiguieron sincronizar los pasos al compás que les había martilleado hasta la hora del almuerzo.

Después de un descanso para la comida y el café, volví a la carga y ya me atreví a incorporar un grupito más. Vi que ya lo habían captado. Unos días más de ejercicio pareció aligerar aún más la marcha de aquellos hombres, y conseguí que marcasen el paso sincronizado y en formación de un solo bloque compacto con las cuatro compañías, y a corto plazo seguir a la compañía de ametralladoras y morteros al mismo paso, pero más abierto, dado el peso de cada material, que requería mayor amplitud de espacios y de dos o tres hombres por pieza.

Hubo limpieza general de botas, estreno de camisas azules, corrajes embetunados, y quedamos a la espera de la caravana de camiones, que llegó al día siguiente.

Aun que no recuerdo la fecha exacta, sí en cambio recuerdo que la guerra se dio por terminada hacia mediados de mayo de 1939, cuando se produjo el Desfile de la Victoria, conmemoración que no tuvo lugar en Madrid, ciudad no reorganizada todavía como tal (basuras y suciedad por doquier, falta de alimentos, de servicios municipales, etc.), sino en Sevilla, con sus anchas avenidas y jardines, donde se daba el mejor ambiente para ese desfile.

No estábamos lejos de Sevilla y el viaje de los camiones en caravana duró casi todo el día, de manera que llegamos al anochecer. Tuvimos uno o dos días para descansar: los

hombres esparcidos en grupos, durmiendo ante hogueras y a la sombra de preciosos árboles que ornaban los Jardines de María Luisa durante el intenso sol del día.

A fuerza de acatar órdenes, las unidades fueron formándose y preparándose para la marcha. No recuerdo cuál fue nuestro turno, sólo recuerdo que pasamos horas de pie, en formación, hasta que se anunció la 4.<sup>a</sup> Bandera de Castilla de Falange Española y oficiales de la organización nos indicaron el camino. Se abrió la vegetación y entramos en un ancho espacio desde donde se oía una marcha militar que pronto ayudó a los hombres a sincronizar sus pasos con los compases y toques de tambores.

Para mi sorpresa, la gente pilló fácilmente el ritmo, y como si de pronto se sintiesen inspirados por su acercamiento paulatino a la tribuna, desde la cual Franco en persona saludaba a cada unidad (al estilo requerido por quienes marchaban ante las autoridades), los hombres parecieron hinchar sus pechos, irguieron sus torsos y pisaron con fuerza al unísono, dirigiendo la mirada hacia la derecha donde se situaba la tribuna.

Franco y varios generales de su séquito saludaban militarmente (mano a la visera) a la tropa, pero a las formaciones de Falange las saludaba con el brazo y la palma de la mano extendidos. El desfile duró unas tres horas y se desarrolló prácticamente a la perfección. Teniendo en cuenta que todo aquello había sido improvisado con las tropas sin ningún tipo de entrenamiento para dicha función, y a la cual hubo que «domesticar» durante las dos semanas previas, poco había que reprocharles.

Mi ojo estético, sin embargo, sufrió algo al ver pasar esas unidades bien en su postura y paso de marcha, pero

con una total falta de unicidad y paralelismo en el posicionamiento de los fusiles al hombro. Unos fusiles demasiado altos, otros demasiado bajos, algunos inclinados hacia la derecha, otros hacia la izquierda, los ángulos formados por los codos (idealmente a noventa grados) iban unos más abiertos, otros más cerrados, y así, naturalmente, no había modo de obtener paralelismo entre las armas. Recordaba yo con cierta nostalgia los *coldstreams* ingleses o los desfiles de parada alemanes, pero lógicamente eran incomparables, y los agregados extranjeros asistiendo desde la tribuna tampoco podrían sentirse muy críticos sabiendo la procedencia de esas tropas, recién salidas de la campaña y los combates.

La orquesta —toda de instrumentos de viento— acompañó tocando no sólo el himno nacional en el solemne compás adoptado por Lamotte de Grignon cuando en una ceremonia —aún bajo Alfonso XIII— renovó acordes y cambió el compás utilizado hasta entonces (rápido y parecido a un chotis) con un ritmo más «a la inglesa», lento y solemne. La letra del anterior («La Virgen María es nuestra protectora»), al paso corto de un chotis o pasodoble, y la letra que, más parecía una letanía, fue abandonada, y sólo quedaron los acordes y la melodía sin letra alguna.

También se tocó el «Deutschland über alles», la «Giovinetza» y la «Marcia Reale» italiana, que, ésta sí, parecía un movimiento rápido de ballet que los *bersaglieri* aprovechaban para desfilarse casi corriendo, a paso de carga. Hubo marchas militares españolas que, en algunos compases, recordaban las corridas de toros. Y acabó la fiesta con ¡Vivas a España!, ¡Arriba España!, ¡Vivas! a Franco, a otros generales y demás personajes que, uno a uno, bajaban de la tribuna para desaparecer en sus automóviles.

Días después se supo que el nuevo gobierno se instalaba en Madrid y que poco a poco se reorganizaba el ritmo de vida, aunque lejos de lo «normal», pues faltaba de todo.

FIN

Termino este relato como debería terminar para nosotros (mamá, mi hermano y yo), o sea, dejando aquella preciosa isla, Mallorca y volviendo a nuestros orígenes, Barcelona, para reorganizarnos, tomar un camino y decidir sobre el futuro.

Tanto Alejo como yo, después de un mes en un cuartel (ni recuerdo el nombre), presentamos nuestra petición de licenciamiento del Ejército, solicitando la baja y la vuelta a la vida de «paisanos».

Decidimos tomar la carrera de abogacía. ¿Y por qué? Con los tres o cuatro años perdidos en la guerra, yo ya no podría emprender medicina, que era lo que me atraía, pues serían ocho años de estudios, además del tiempo como «interno» en un hospital.

Coco, con su innata facilidad para el dibujo y las matemáticas, se había decidido por arquitectura. Pero también esa carrera requería ocho años que, sumados a los cuatro perdidos, suponían doce años de estudio... Y entonces, ya con treinta años..., era imposible; para entonces, calculamos con mamá, ya se le habría acabado el dinero.

Se publicó un decreto del departamento de enseñanza, según el cual se pretendía «acortar» los tiempos de estu-

dio para todos aquellos jóvenes que, a causa de la guerra, no habían podido seguir sus estudios con normalidad. Se mencionaban cuáles serían las carreras susceptibles de esos «cortes», entre las cuales no se contaban aquellas cuyos estudios no pudiesen ser abreviados, como era el caso de medicina y arquitectura, debido a la propia esencia y método de su aprendizaje, las muchas prácticas y la elevada capacidad para las matemáticas, y el diseño y la inventiva que se requería... En fin, estudios éstos «irreductibles».

La carrera de abogado, en cambio, no sólo era más corta desde su inicio, cinco años, sino que se estimaba que muchas asignaturas eran prescindibles, considerándose que, ya desde sus primeros empleos, esos jóvenes irían aprendiendo *sur la marche* a medida que acompañasen a sus superiores —la mayoría gente del *métier* con años de experiencia— y que, por tanto, la propia vida y sus problemas los llevarían a completar lo que les hubiera faltado en el estudio. Así los cinco años fueron reducidos a tres básicos.

Además, las leyes abrían las puertas al cuerpo diplomático, lo que requería dominio de lenguas y cierto tipo de educación de la que no se aprende sino que se absorbe en el ambiente familiar, conocimientos de sociedades de otros países, y poseer una base de cosmopolitismo. Todo esto, a mi hermano y a mí nos venía ni que pintado. El inconveniente era que como no hay *such thing as any free meal in this world* sólo se entraba en el cuerpo diplomático —además de con las aptitudes básicas citadas— mediante concurso (se llamaban «oposiciones»), lo que desanimaba a muchos. Conocíamos colegas de la Universidad de Barcelona que cursaban estudios con el fin de presentarse a la próxima convocatoria para opositar al cuerpo diplomático, y eran muy pocos

los que aprobaban. Otros, dale que te pego, seguían preparándose, año tras año, y volvían con el rabo entre las piernas, y algunos ya llevaban cinco o seis años insistiendo, hasta que en la familia les convencían de que si hubiesen empleado ese mismo tiempo en otra actividad, quizá ya estarían desempeñando altos cargos bien remunerados en cualquier empresa.

Así que Alejo y yo nos conformamos con estudiar la carrera de leyes lo más rápido posible para luego decidir dónde buscábamos nuestro primer trabajo. La situación en España era desalentadora. Al quedar destruida la industria del país, debido a la guerra, hubo un cambio radical.

En la exzona nacional (casi toda agrícola) no habían faltado alimentos, y los precios se mantenían estables. Ahora, con el país unificado, la mitad «hambrienta» se sumó al consumo, con el resultado de que no había suficiente para todos..., y se desencadenó una inflación incontrolable. El gobierno tuvo que organizar un sistema de racionamiento de alimentos mediante unas libretas que duraban una semana. Y el resto debía procurarse en el mercado negro. Quien podía, iba en tren a regiones donde se sabía había provisiones y volvía con cestas y paquetes de carnes, patatas, huevos, legumbres, etc., lo que se encontrase a mano... y que se pudiese pagar, pues los campesinos se aprovechaban de la penuria de las ciudades y se llenaban de dinero, que, dada la inflación, tampoco les servía de tanto.

Recuerdo que el «cambio oficial» de 1 peseta estaba en 12 dólares, mientras que en el mercado negro estaba en 45-50 dólares. ¿Quién aguantaba eso?

A mamá y a nosotros mismos, la situación nos comenzaba a preocupar. Barcelona estaba llena de payeses con cestos, paquetes, sacos que, poco a poco, ya se habían hecho una

clientela, y a cada dos o tres días, alguien llamaba a la puerta: el de la carne o la de los huevos, panes, verduras, garbanzos, patatas, etc., y en las tiendas, nada, casi vacías con lo poco que recibían de las cuotas oficiales (recuerdo unos panecillos hechos de maíz, amarillos y duros), y así la cosa quedaba en que más de medio mes había que comer a través del mercado negro, y mucha gente (la que podía) prefería vender su libreta de racionamiento a quienes no tenían otro medio de comer.

Mamá tuvo que presentarse en el Banco Hispano Americano y reabrir su cuenta, que, durante los años de la guerra había sido bloqueada, tal como sucedió por órdenes del gobierno republicano, que obligó a los bancos a cerrar las cuentas por motivos similares.

El examen de esas cuentas —tan atrasadas— nos llevó un cierto tiempo y nos abrió los ojos. Había títulos, acciones, obligaciones, etc., en monedas como pesos argentinos, chilenos, acciones de minas de estaño de las Patiño Mines, de Bolivia, otras de Salitres de Chile, todo ello recolocado al cambio oficial en pesetas, cuyo resultado era exiguo. Pensábamos en la previsión de nuestro abuelo materno, Manuel Veiga y Gadea (fallecido antes de nuestro nacimiento), y nos sorprendía que esas inversiones en el extranjero hubiesen durado tanto tiempo..., icasi medio siglo! Es verdad que mamá había heredado inversiones también en títulos españoles — de cuyas rentas vivíamos— y que se reducían rápidamente con la inflación galopante que sufría la economía española.

Se me ocurrió que si por el cambio oficial del recién creado Instituto de Moneda Extranjera, 1 dólar daba 12 pesetas con respecto a las 40/50 pesetas por dólar en el cambio libre, aquellas monedas de Sudamérica deberían haber acompañado al dolar. Así, el cambio en pesetas con el que el Banco Hispano Americano liquidaba las rentas de los papeles

sudamericanos (que rendían poquísimo) podría significar que su valor real, en pesetas equivalía proporcionalmente a unas cuatro veces más de lo que el Banco liquidaba.

Como todo ese campo financiero era algo que ni se publicaba ni se sabía mucho, me las arreglé con un corredor de bolsa conocido que me dio la cotización del dólar para el peso argentino y el chileno, y me fue fácil sacar *grosso modo* cuánto nos supondrían esas rentas y sus capitales si no las cobrásemos en aquellas miserables pesetas.

Hablando con mamá, nuestro pensamiento fue más lejos: y por qué no abandonar esa Europa en guerra, esa media Francia ocupada por los alemanes, los ingleses mal armados, los italianos bajo las fanfarronadas de Mussolini habiendo ocupado el sur de Francia, la guerra en el desierto, Polonia repartida entre Rusia y Alemania, Noruega tomada por Alemania.

En España no había comida —por no hablar de café, azúcar o tabaco—, las mismas películas se repetían sin cesar, falseadas (en la tragedia de Mayerling, el archiduque Rodolfo —Charles Boyer— y su amante María Vetsera —Danielle Darrieux— eran hermanos y se morían de no sé qué, pero no había suicidio de Rodolfo ni se hablaba de la «amante», cosa que la censura eclesiástica prohibía mencionar). Había curas y monjas por doquier y no ser visto en la misa de domingo por la familia era acusación de pecado mortal en público.

El tiempo de ese nacionalcatolicismo avasallador me sublevaba, y a veces me preguntaba si esa guerra y tanto sufrimiento habían servido para algo. Ahora se decía que Hitler era un cínico ateo, como Stalin, y muchas opiniones iban cambiando.

Comencé a estudiar una salida para dejar de ver esos cardenales, esa púrpura, esas sotanas que acompañaban toda

ceremonia o conmemoración. Me asaltaba la idea de dejar todo eso atrás, no sólo España, sino todas esas noticias de la guerra, de la UFA y otros noticieros cinematográficos... Hablé francamente con mamá, al principio con rodeos, para terminar mostrándole los números, la posibilidad de irnos a Sudamérica, disponer de ese dinero, dando un corte de manga al Instituto de Moneda Extranjera y pasar unos años hasta ver en qué terminaba la guerra y si Europa volvería a ser habitable o no. Tras repetidas conversaciones y especulaciones sobre este tema, al que Coco se sumó con entusiasmo, fuimos convenciéndonos de que, en efecto, ése era el paso que debíamos dar. Bastaría antes que terminásemos el tercer año de abogados para salir con un diploma (aunque manco), pero aceptado entonces. En los pocos meses que faltaban fuimos preparando la partida con el corazón en un puño de pena pero henchido de esperanza...

Gracias a sus amistades, mamá fue a Madrid, compró en el Instituto de Moneda Extranjera el máximo que pudo conseguir en la época (creo que 1.000 dólares por cabeza) y se ocupó del viaje, que realizamos en el *Monte Albertia*, un viejo navío de sólo 3.500 toneladas que partía de Bilbao, lo que nos permitió pasar una semana con Luis Pérez de Molino y su familia (primo de mamá) en su caserón de veraneo, en Vedreña, y luego ir a Bilbao para embarcarnos.

Por suerte, o gracias a sus amistades, mamá consiguió del propietario de la Compañía naviera, Aznar (Javier), la cabina del armador (*Owners quarters*), con una cortina que separaba los espacios y un cuarto de baño, mientras que el resto del barco (bodegas preparadas con tres pisos de *bunk beds*) se destinaba al alojamiento del centenar de refugiados de varias nacionalidades, entre franceses, polacos, judíos rusos, checos, argentinos, que volvían a su país.

Y así comenzó nuestra «emigración», tomando el sol en la cubierta y charlando en varias lenguas con todas aquellas personas de gran educación y erudición.

La travesía fue calma pero preocupante, pues tuvimos que cruzar el Atlántico, donde pululaban submarinos alemanes. Una batería de reflectores iluminaba a ambos lados de la chimenea una gran bandera española que nos identificaba como barco de pasajeros de país neutral... Y por fin, Río de la Plata, autoridades, inspección sanitaria y amarre a una dársena. Todos a tierra, despedidas generales y, al fondo, los edificios de Buenos Aires, algunos rascacielos; otros, entre jardines bien cuidados. Era ya finales de octubre de 1942. La guerra en Europa terminaría en 1945. *Finis coronat opus*.

Nova Friburgo, Brasil,  
julio de 2006

## **ÍNDICE**

Primer episodio .....	<b>9</b>
Segundo episodio .....	<b>53</b>
Tercer episodio .....	<b>99</b>

*Memorias de vivencias que los años  
no apagan*, de Javier Vidal-Quadras Veiga,  
se terminó de imprimir en Barcelona  
el mes de febrero del  
año 2016.





